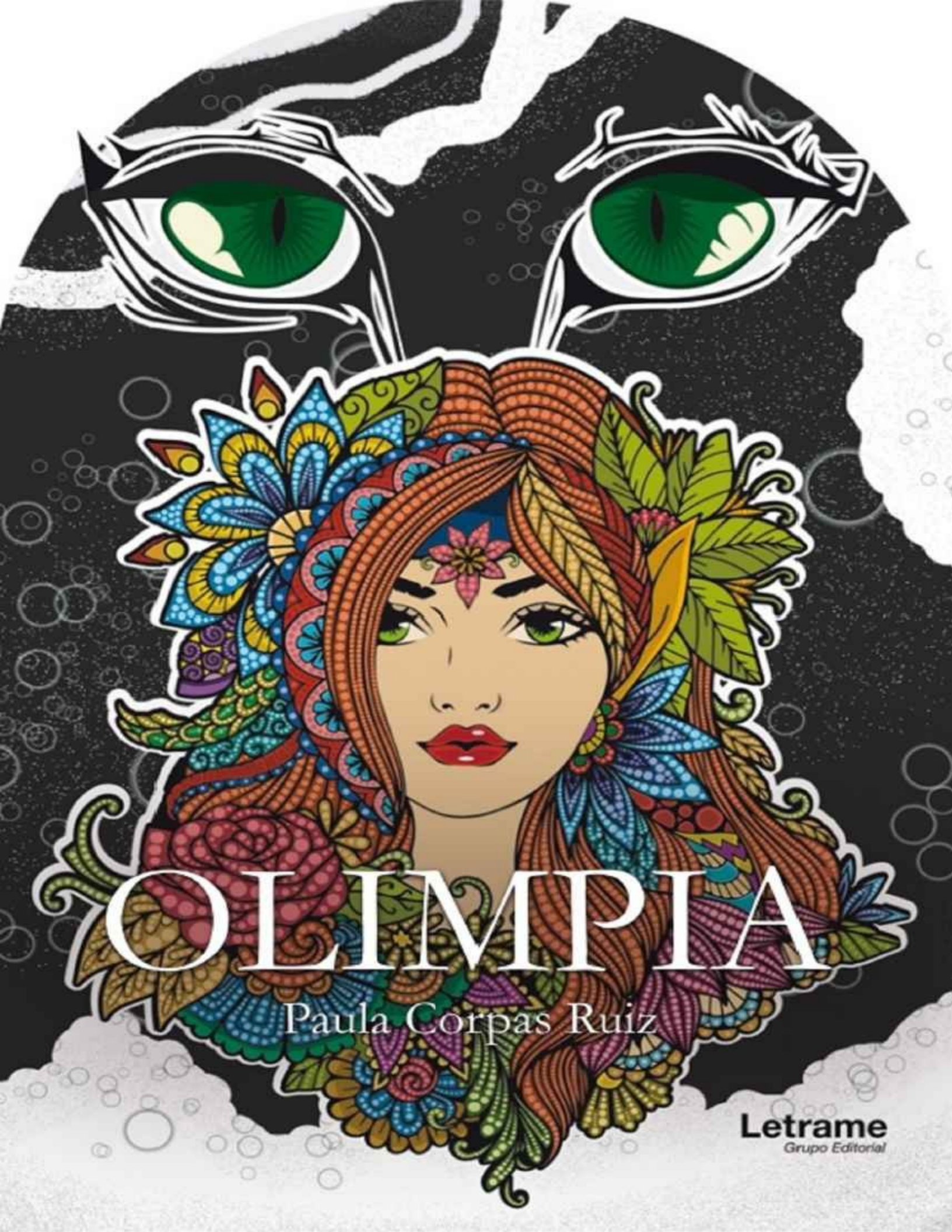




OLIMPIA

Paula Corpas Ruiz

Letrame
Grupo Editorial

Contents

[Capítulo 1: Esto no es un cuento](#)

[Capítulo 2: La dualidad de la mujer](#)

[Capítulo 3: Hombres](#)

[EPÍLOGO](#)

Capítulo 1: Esto no es un cuento

La vida a tu alrededor parece insignificante en comparación con tus sueños. Allí eres todo lo que siempre quisiste ser o incluso aquello que jamás podrás ser. Puedes tener todo lo que quieras sin límite y creerás que siempre te irá mejor salvo por una cuestión... que no existe.

En la más profunda oscuridad, un sonido lejano se cuela por tus pensamientos e inunda aquella paz que has creado con tus más profundos deseos: es la alarma del despertador. Toca levantarse. Poco a poco vas dejando atrás aquel maravilloso sueño en el que te encontrabas y la luz va atravesando tus ojos, cegándote para que la realidad duela cada vez menos. Tu compañero de vida, aquel que te quiere más a ti que a sí mismo, se levanta primero; ya está listo para el día que le espera. Quizás sea comer, hacer sus necesidades o seguir durmiendo, quién sabe, así es su simple vida. Sin embargo, él es feliz. Mientras intentas descubrir quién eres, sales del cálido seno que te mantenía a salvo de la verdad. Te diriges a darte una ducha la cual jamás podrá lavar la vergüenza y te vistes con tu elegante, aunque barata ropa. Intentas mirarte en el espejo, pero no te gusta lo que ves. Por más vueltas que das, la visión no parece cambiar y pruebas a ponerte un poco de pintura, tratando tapar lo que tanto odias, sin éxito.

Ya lista, o así lo crees, sales de casa no sin antes despedirte de tu fiel amigo, al que sabes que no volverás a ver por unas cuantas horas. Un ascensor te dirigirá a lo que podría ser al primer día productivo de la semana. Otro espejo. Me veo, me pinto una sonrisa y me digo: «Yo puedo con lo que venga, yo soy Olimpia».

Así es, Olimpia podría mover el mundo si quisiera, podría echarse a la espalda montañas y mover naciones. Ella es inteligente, maravillosa y brilla con luz propia, pero... eso ella no lo sabe, o más bien, se le ha olvidado: una niebla oscurece su mente y descompone todo lo que es y podría llegar a ser. Olimpia sigue en el ascensor, tratando de tapar sus perfectas imperfecciones; se mira los pies, tiene los zapatos algo sucios, pero le da un poco igual, tiene mejores cosas en las que pensar.

Absorta en sus pensamientos, cuando se quiere dar cuenta, sigue bajando en el ascensor. No sabe cuánto tiempo lleva bajando, un cuarto piso no tarda tanto en llegar al último. De pronto, se para... Las puertas se abren y tras estas, un profundo y oscuro pasillo se descubre frente a ella. Quieta e inmóvil, sin saber qué hacer, sale del ascensor. Tampoco es que tuviera muchas opciones: era salir y adentrarse en la oscuridad o quedarse a esperar a ver si sube, cosa que dudaba. Apenas da dos pasos y al voltearse, una imagen de ella aparece en el espejo del ascensor. Ya no parece ella, aquella ropa que potenciaba su autoestima y transformaba su inseguridad en empoderamiento se había convertido en una fuerte armadura capaz de aguantar cualquier batalla, el maquillaje en pinturas de guerra y aquel bolso barato en el arma más poderosa que jamás había visto. Al final decide emprender su camino. Mentiríamos si dijéramos que estaba segura y tranquila. Al contrario, el miedo y los nervios invadían su cuerpo, pero no dejaba que eso la controlara. En un momento de duda, se gira... el ascensor por el que vino ya no estaba, así que ya no hay vuelta atrás, solo queda ir hacia delante.

El pasillo interminable sigue y sigue, no se termina y ella no se detiene. Azulejos blancos

cubren las paredes e interminables líneas de colores en la parte de arriba de la pared adornan el pasillo. Camina y línea azul oscura, sigue caminando y cambia a naranja. Así sigue sin saber cuántos colores distintos ha visto. No sabe cuánto tiempo ha estado andando, pero las fuerzas le están empezando a flaquear. El miedo empieza a apoderarse de ella y las lágrimas comienzan a brotar de sus ojos. La esperanza de llegar a algún sitio se le están acabando, no le ve fin. Decide parar y, aunque rendirse no es una opción, cae de rodillas al suelo del agotamiento físico y mental. Las lágrimas no cesan y nublan su vista, con una mano en el pecho como si el corazón se le fuera a romper en pedazos, abre los ojos y al alzar la vista, una sala la rodea. No sabía cómo había llegado allí, pero los miedos le desaparecen y se convierten en otros nuevos. Las paredes tenían los mismos azulejos, pero ya no había líneas de colores. En el centro de la habitación, hay una escalera que llega a ninguna parte. No entendía lo que estaba sucediendo, simplemente se dedicaba a seguir su instinto. Se levanta y tras dar una vuelta a la escalera, decide comenzar a subirla. No sabía ni por qué lo hacía, solo sentía que era algo que tenía que hacer. Al fin y al cabo, le había costado mucho llegar hasta allí y no tenía otra salida. Apenas pone un pie en el último escalón, un frío y rígido sillón se aparece frente a ella. Una necesidad implacable de sentarse nace desde sus adentros, así que así hizo. Era cómodo y sentía cierto calor que emanaba de él, era como si tuviera vida propia y le pidiera que estuviera allí. Sin embargo, no sentía que fuera para ella, era de otra persona y eso lo sabía, mas no se levantaba, estaba a gusto, se sentía a salvo. De pronto, una niebla inundó la sala hasta casi llegar al último escalón, era densa y traía consigo un olor similar al azufre. Bajo esta, una sombra de un ser grande y monstruoso vagaba, y una voz grave pero femenina nació de las profundidades.

—¿¡Qué haces en mi sitio!? —ruje la criatura.

Olimpia petrificada, no dice nada, apenas se mueve.

—¿Qué has venido a hacer aquí, querida? —La voz retumba por toda la sala y apenas se reconoce su procedencia.

—Soy...soy Olimpia, no sé cómo he llegado aquí.

De pronto, la sombra sale de debajo de la niebla y una gigante criatura andrógina aparece. Unos ojos verdes se clavan hasta lo más profundo del alma y una sustancia caliente y viscosa cubren su cuerpo y su pelo.

—Así que te has perdido, ¿no? —pregunta la criatura con un tono sarcástico.

—Creo que sí, ¿señora?

—Humm, qué mona. Bueno... ponte cómoda, aquí no nos comemos a nadie. —Mira a Olimpia de arriba abajo con una sonrisa perfecta—. ¿Y qué haces tan lejos de casa?

—En realidad no sé dónde estoy.

—¡Oh pobre! —exclama con cierto aire pretencioso— Nosotros podemos darte un hogar, total, te vas a pasar mucho tiempo aquí.

—¿Cómo? ¿Nosotros? La verdad que preferiría volver a mi casa.

—Lo cierto es que no, no puedes irte, me temo que al sentarte en esta silla dictaste tu sentencia, querida.

—Pero entonces... ¿me quedaré aquí en esta silla para siempre?

—¡Ay no! —Asiente el ser, seguido de una risa burlona—. Como ya he dicho, este es mi sitio, mi trono, es un sillón especial, sabes.

—Vaya, lo siento, no lo sabía. —Olimpia se levanta de un brinco—. ¿Y qué tiene de especial?

—No pasa nada. Verás lo que tiene de especial es su origen, no cualquiera se sienta aquí, solo los más fuertes, inteligentes y habilidosos pueden sentarse y poseerlo, ¿entiendes? Me temo

que a ti te queda un poco grande, pero bueno, hay sitios para seres así... como tú.

—¿Y qué tipo de sitios son esos?

—Pues verás... apártate, corazón. —La criatura gigante se hace más pequeña hasta alcanzar el tamaño de Olimpia y se sienta en el sillón—. Mira, yo soy yo, grande, fuerte, poderosa. En cambio tú, bueno, eres tú, insignificante con pocas expectativas y oportunidades, tú no puedes alcanzar a estar aquí, ¿entiendes? —La criatura va rodeando a Olimpia y su pelo se mueve flotando en el aire, como si tuviera vida propia.

—Sin embargo, aquí estoy —afirma Olimpia con aire de grandeza en un ataque de orgullo.

—Pero de prestado, hija, de prestado. Este no es ni será nunca tu sitio, tienes que entenderlo para ser feliz. No puedes aspirar a más.

Olimpia se queda callada y cabizbaja, jamás había escuchado esas palabras tan directas de nadie. Bueno sí, de sí misma.

—Tampoco hay que poner esa cara tan larga, cielo. Mira, tu sitio está ahí abajo, asómate.

Olimpia se asoma despreocupada y ve desde lo alto un precioso bosque verde y un río azul que lo atraviesa.

—¿Ves? Allí están todos aquellos a los que cuido con cariño, los mimo, les doy un hogar y ellos a cambio pues... trabajan para mí.

Olimpia apenas termina de incorporarse que recibe un empujón y cae.

—Da saludos, querida. Ya nos veremos.

Suspendida en el aire, va dando vueltas sin control hasta que llega al suelo y del golpe se queda inconsciente.

Olimpia va abriendo los ojos poco a poco y los árboles que antes vio pequeños, crecen hasta el cielo cubriéndolo casi por completo. Entre sus dedos, un húmedo y esponjoso césped y, como melodía que la acompaña, un riachuelo y alegres pájaros. Apenas es consciente de dónde se encuentra ni de lo sucedido, está cómoda en aquel lugar. Sacando las fuerzas de lo más profundo de su ser, se incorpora... Un inmenso bosque se extiende por todo lo ancho y alto. La paz es el sumo dueño de todo, el viento te peina el pelo cada vez que te acaricia, un dulce aroma a flores frescas atraca en tus fosas nasales. Pequeños y simpáticos animales vagan por las extensiones de pasto, a lo lejos, una pequeña tortuga. Es curioso que este simpático ser va caminando a dos patas, mientras limpia las hojas con una escoba y un recogedor. Lleva un pañuelo rojo atado al cuello y una cadena atada en una de las patas traseras. Olimpia se incorpora y se dirige hacia ella con decisión, pero con cautela. La tortuga se da cuenta de la existencia de Olimpia, y acto seguido tira la escoba y el recogedor y se pone a cuatro patas simulando ser una tortuga corriente. Olimpia, tras una ligera risa, exclama:

—¡Oye, que te he visto!

Olimpia hace una mueca extrañada, mas no sabía por qué le estaba hablando a una tortuga. La tortuga, con actitud derrotista, agacha la cabeza y se pone a dos patas:

—Qué remedio... Sí, ya sé que me has visto. —Mira a Olimpia de arriba abajo y le pregunta —: ¿Y tú quién eres y qué haces aquí? ¿Eres nueva?

Olimpia no cabe en su asombro y, atónita por la tortuga parlanchina, se queda en silencio. La tortuga ha hablado y le mira esperando una respuesta. En un momento de lucidez, Olimpia responde:

—No lo tengo claro, me caí de ahí arriba. —Olimpia señala al cielo.

—¿De arriba? —pregunta la tortuga con preocupación.

—Sí, había... un ser y parecía muy poderoso.

—Entonces conociste a Adicia.

—No dijo su nombre.

—¿No le conoces?

—No, me montó un discurso y me empujó, no sé dónde estoy ni qué hago aquí.

—Pues es quien manda en todo esto, ¿sabes? ¿Cómo has llegado hasta ahí? Oye... ¿No te habrás sentado en su silla?

Olimpia hace un gesto asintiendo.

—¿¡Te sentaste en su silla!? —grita la tortuga.

—No sabía dónde estaba, me encontraba sola en una habitación tras recorrer un pasillo interminable, no sabía qué hacer.

—Bueno... ya estás aquí, así que ¿ahora qué?

—Como que «ahora qué». No sé, esperaba que tú lo supieras.

—¿Yo? Tú sabrás por lo que has venido.

—Si ni siquiera sé dónde estoy, ¿cómo lo voy a saber?

—Pues simple, niña...aquí no se viene sin un propósito.

—¿Cómo?

—Que no se viene por azar, tienes que querer o tener algo que hacer aquí para poder llegar.

—Pues no sé, la verdad.

—No pasa nada, ya te buscaremos un sitio, pero deberías buscar tu objetivo, no estás aquí por arte de magia, ¿sabes? Vamos, anda. Soy Durga, por cierto.

Coge el recogedor y la escoba.

—Olimpia, un placer.

Olimpia y Durga caminan por el sendero bajo los árboles. A la izquierda, un riachuelo con el agua más limpia que jamás había visto. Animales de todo tipo beben de él. Todos conviven en armonía y un perfecto equilibrio. Demasiada paz, piensa Olimpia. Durga mira a Olimpia con cara de preocupación, mientras se encuentra absorta en sus pensamientos.

—¿Y cómo es que tú hablas y caminas a dos patas? El resto de animales son...normales —pregunta Olimpia tímida y con cierta desconfianza.

—¿Qué quieres decir con normal? Yo soy normal.

—Sí, quiero decir. Los animales no hablan.

—Pues no sabría decir. ¿Sabrías decirme por qué eres como eres?

—Buena respuesta.

—Solo sé que estoy aquí por un propósito y tengo que cumplirlo.

—¿Y cuál es ese propósito?

—Guiar y compartir mi sabiduría.

—Entonces... ¿quieres ser maestra?

—Más o menos, sí.

—Oye, pero te he visto antes barriendo, eso no tiene nada que ver, ¿no?

—Pues no, pero por algún lado habrá que empezar, ¿no crees?

—Sí, pero estás muy desencaminada de tu objetivo.

—Eso crees tú, la realidad es que hay muchos caminos para llegar a la meta. Hay ocasiones que puedes parecer perdido y en realidad es que no ves el final del trayecto.

—¿Y cuánto tiempo llevas barriendo?

—Pues no lo sé... unos 50 años quizás.

—¿¡50 años!? ¿Pero cuántos años tienes?

—¡Oye! Eso no se pregunta, además qué más da la edad, yo no he parado de trabajar en 50 años, sabes. Lo importante es seguir y nunca detenerse, no perder de vista el objetivo y al final llegarás

a él.

—Sí, pero...

—Pero nada —interrumpe Durga—. Venga, andando.

Coge la escoba y le da un escobazo en la espalda.

—Que haces demasiadas preguntas y no das respuestas.

—Bueno... ya que tienes claro tu objetivo podrías ayudarme a encontrar el mío.

—¿¡Estás de broma!? —dice Durga con tono burlesco—. ¿Es que no has oído? Tengo un objetivo que cumplir, no puedo ayudarte con el tuyo.

—¿Por qué no?

—¿Por qué sí? Yo no puedo ayudarte con tu camino, cada uno tiene que hacerse el suyo de forma independiente.

—¿Cómo que de forma independiente? —Durga no deja de recoger palitos y hojas con el recogedor. Se agacha y coge otra ramita. Tiene un trabajo muy claro entre manos.

—Pues solo... las cosas son así, a este mundo vienes solo y vas a estar la mayoría de tu vida solo. Si te encuentras con seres que te ayuden a buscar tu objetivo, da gracias, aunque solo te distraerán y muchos te llevarán a su objetivo. Posiblemente te adaptes y creas que has encontrado tu lugar, pero la realidad es que estás en lugar de otro. A la larga... llegará la infelicidad.

—No lo había visto así.

—Tienes que trabajar por ti, al final del día solo te tienes a ti mismo. Ahora nuestros caminos se han cruzado, pero no sabes si en el futuro nos vamos a separar. ¿Sabrás seguir sola después de que te haya ayudado? No, querida, aquí cada uno tiene que encontrarse a sí mismo, pero tampoco te agobies, no es algo que tú elijas, ya te llegará.

Olimpia oye las sabias palabras de Durga y asiente con inseguridad. Aguarda un breve silencio pensando detenidamente en lo que le va a decir a continuación:

—¿Y a dónde vamos?

—Eres muy impaciente, me parece a mí. No te preocupes, vamos a llevarte a que inicies tu camino.

—¿Ah sí? ¿Y qué vamos a hacer? Ya estoy deseando llegar y...

—¡Quieta! —interrumpe Durga deteniéndose—. Ves, ya estás otra vez con tus prisas.

—No son prisas, es ambición.

—Es impaciencia, no sabes a dónde vas, no sabes si te voy a llevar por un mal camino. Te creas unas expectativas, solo es ficción, una película. Tienes que mantenerte alerta en todo momento y llegado el momento ponerte a trabajar, no imaginarte cómo será porque si no solo te llevarás decepciones.

—Vale, ¿y cómo tengo que actuar?

—Con calma, todo llegará a su debido momento. Disfruta mientras del trayecto... vive el momento.

—De acuerdo, disfruto del trayecto.

Olimpia se queda en silencio por unos instantes mientras siguen caminando. Caminan tranquilas y con desasosiego, cada una absorta en sus pensamientos e inquietudes.

—Oye... —dice Olimpia interrumpiendo el silencio—. ¿Qué es este sitio? ¿Qué país es este?

—Y sigue con las preguntitas —se lamenta Durga—. Pues estás en Yaaru o el campo de ofrendas; un paraíso para los que lo saben aprovechar, aunque no está hecho para todos, ya lo irás viendo. Aquí todos tienen una función, cuyo objetivo es cuidar de que todo esto siga funcionando por siempre. Todo forma parte del todo, por ejemplo. —Durga se pone a buscar por el suelo buscando algo que solo ella sabe—. Mira esta piedra... —dice señalando la piedra—.

Parece que no hace nada, ¿verdad? Pero si la levantas... ves, aquí viven decenas de insectos. Al final sí que sirve, es el hogar de estos pequeños bichillos. Con los árboles ocurre lo mismo, parece que están ahí, inmóviles, pero tienen la mayor tarea posible: cuidarnos a todos del sol y darnos oxígeno. Es lo que te digo, muchas veces parece que no avanzas y que estás quieta sin hacer nada, pero si echas la vista atrás —se gira y señala hacia atrás— habrás caminado un gran tramo sin darte cuenta, ya ni siquiera vemos el inicio de nuestro camino, solo está ahí, en el pasado.

—No ha sido gran cosa, la verdad.

—¿Eso crees? Quizás no sea mucho, pero ¿acaso no has aprendido nada en este trayecto?

—Pues no sé... no mucho.

—Pues es culpa tuya si no has sabido aprovechar este tiempo. Cada minuto puedes aprender muchas cosas si te lo propones y prestas la debida atención.

—¿Y cuáles son esas cosas?

—Pues, por ejemplo: autoestima, autoconocimiento, autocontrol, iniciativa. Cada minuto cuenta.

—Todo eso no se puede aprender en solo un minuto.

—Eso serás tú, pero aprender se puede aprender. Otra cosa es que te salga a la primera, eso hay que perfeccionarlo. No basta solo con que te salga una vez, eso hay que practicarlo hasta que ya no tengas que esforzarte para conseguirlo.

—Eso es muy difícil de conseguir.

—Nada que merezca la pena es fácil. Mira, la cuestión no es saberlo todo en un minuto, es tener consciencia de que lo vas a hacer.

—Me parece que son muchas cosas para aprenderlas en tan poco tiempo.

—Solo necesitas una cosa, querer.

—A ver...yo quiero, claro que quiero, pero no es fácil ponerse a hacerlo. No es algo que digas me pongo y ya está.

—Pues sí, por algo hay que empezar y si no empiezas desde luego que no lo conseguirás. Ponerse es fácil, lo que no es fácil es llegar a un nivel alto en aquello que te propones, por eso te derrotas sin ni siquiera haber empezado, porque tienes unas expectativas altas y quieres el éxito sin lo que hay detrás. Aún me sorprende que estés aquí con la actitud que llevas.

—Oye, que yo llevo buena actitud, me siento motivada para conseguir cualquier cosa.

—Ya, pero no vas con visión.

—¿Pero no me habías dicho que no me crearas expectativas?

—Tener visión y tener expectativas no es lo mismo: tener expectativas es crearte una idea de lo que puede ser o de lo que será, es decirte a ti mismo que llegarás a la meta siendo la mejor, pero con visión, trabajas día a día con tus virtudes y tus defectos, sabiendo que es posible que llegues a ser la mejor o quizás no.

—Eso es derrotista, ¿no crees?

—No, querida, eso es realista. Uno tiene que tener claros sus pros y sus contras, en qué eres bueno y en qué eres malo, y trabajar en base a eso, potenciando lo que se te da mejor y aprendiendo en lo que menos destaca.

—Pero uno tiene que trabajar para ser mejor que los demás.

—Yo no lo veo así, uno tiene que trabajar para ser mejor que sí mismo. Superarte cada día es mucho más difícil que superar a alguien, pero solo se consigue siendo conscientes de lo que somos. No puedes superarte a ti mismo si no sabes quién eres.

—Yo considero que superar a alguien que es muy bueno en algo es muy complicado, además, siempre habrá alguien mejor que tú.

—Pues sí, pero no tienes que ser mejor de todos en una rama específica, a veces solo basta con destacar, tener tu propio color, ¿entiendes? Como por ejemplo esta rosa. —Durga señala la rosa y la acaricia con mimo—. Esta rosa no es la más bonita de las flores. Sin embargo, a que si te imaginas una rosa siempre te la imaginas como esta, además es lo típico que se regalan los enamorados, algo bien habrá hecho. A veces la simplicidad es una virtud y encontrar eso, amiga mía, eso sí que es difícil.

—Ah, ya entiendo, debe ser algo así como la Coca Cola.

—¿La qué? —Durga responde extrañada. Olimpia se queda callada asimilando lo que acaba de decir. Casi olvida que estaba en otro mundo.

—Nada...

—Bueno...te daré una noticia: que sepas que ya estamos llegando. Ves como al final no ha sido para tanto.

Olimpia y Durga siguen por el sendero y divisan a lo lejos una enorme puerta roja seguida de una muralla que llega hasta el final del paisaje. Muros negros de ladrillo que se extienden a lo largo de todo el territorio hasta donde alcanza la vista.

—¿Qué es ese sitio? —pregunta Olimpia señalando la puerta roja.

—Es tu inicio, allí empezarás a crecer.

—No sé... no tiene buena pinta, ¿no?

—No tiene que tenerla, y no te quejes, que por lo menos tienes algo. Hay gente que se ha quedado en las puertas.

—¿Y eso por qué? Yo pensaba que llegando aquí ya tenías un sitio asegurado.

—Ay, dios —se lamenta Durga—. Cuánto te queda por aprender —dice Durga entre risas—. Nunca des nada por sentado. Tienes las mismas posibilidades de entrar que de salir, eso depende de ti, así que no te despistes.

—Pero, bueno, me estás asustando, ¿y qué se hace allí?

—Eso ya lo verás; se hacen muchas cosas, aunque tú lo sabrás cuando estés dentro. Venga, vamos.

Durga coge de la mano a Olimpia tirando de ella apresurada. Parece que tiene prisa por dejarla dentro de la muralla. Durga mira a Olimpia con cara de preocupación, en cierto modo, siente que no debería estar haciendo esto. Ambas siguen su curso acercándose a las puertas cuando de pronto un zorro se les cruza en el camino. Este las ve, parece temeroso y cauteloso por la presencia de las dos. Durga se queda paralizada por haberse cruzado con él. Olimpia se acerca despacio para tranquilizarle, pero al zorro no parece gustarle la idea. Este se pone a dos patas:

—Cuidado donde pones las manos, bonita —dice el zorro mirándola de arriba abajo.

—Cautela con este tipo, niña —le susurra Durga mientras el zorro la mira con cara de desprecio.

—Perdón, no quería molestarle. —El zorro mira a Olimpia de arriba abajo con una expresión pícara.

—¿Dónde vas? No irás a cruzar esas puertas, ¿verdad? —pregunta el zorro con aspereza mientras mira a Durga.

—¿Qué quieres, zorro? —interrumpe Durga.

—Durga... Tan oportuna como siempre. Qué raro verte por estos lares —insinúa el zorro con ánimo de burlarse de Durga—. Llevas aquí más tiempo que las piedras, chica.

—Venga, vámonos —dice Durga dirigiéndose a Olimpia agarrándola del brazo y arrastrándola consigo.

—No la llevarás ahí dentro, ¿verdad? —se interpone el zorro en el camino.

—No te metas, quieres.

—No, si no me meto, yo solo digo que, ya que la llevas a la muerte, deberías tener un poco de piedad y decirle cómo va a morir, ¿no?

—¿Cómo? —pregunta Olimpia con preocupación.

—No le hagas caso, es una rata y por eso está donde se merece.

—No soy una rata... soy Hermes, por cierto.

Para Olimpia, Hermes le parece un animal tierno y peludo, pero en el fondo sabe que siente cierta desconfianza.

—No nos importa, venga, sigue tu camino —contesta Durga con desprecio.

Durga, agarrando a Olimpia del brazo, sigue su camino hacia la puerta arrastrándola consigo. Hermes, desde la distancia, grita:

—No le has dicho a donde va, ¿verdad?

Olimpia se para en seco y de un tirón brusco, se suelta de la mano de Durga.

—¿De qué está hablando?

Durga mira al suelo. Irrumpe Hermes:

—Niña, allí dentro se encuentra tu peor pesadilla.

—¡No tiene elección! —grita Durga con cierta preocupación—. Va al lugar donde le corresponde —añade, justificándose.

—¿A la perdición, al fracaso, a la ruina? —pregunta retóricamente Hermes con retintín.

—No, al inicio. Por algún lado tiene que empezar y si tiene que ser aquí pues... aquí será.

—Durga, ¿qué es este sitio? Creo que no es una buena idea.

—No te queda otra, no hay otro sitio para ti.

—Bueno... siempre tienes el pueblo —interrumpe Hermes.

—Tú cállate, que ya has hecho bastante —le contesta a Hermes.

—¿Qué pueblo?

—Mira Olimpia... es cierto que no será el mejor lugar del mundo, pero hay que aguantar y luchar un poco porque, aunque me cueste reconocerlo, la rata tiene razón, es aquí o el pueblo, o si no que te diga por qué está aquí él.

—¿Pero qué pueblo?

—Lo mío es un error administrativo, algo sin importancia. Cuando os queráis dar cuenta estoy dentro, ya lo veréis.

—No le dejan entrar, bueno... ya estuvo dentro, pero hizo una estupidez tras otra y acabó fuera, ahora no tiene dónde caerse muerto. Mientras, se pasa las horas y los días vagando por los pies de la puerta a ver cómo puede colarse y se ha paseado por todos los sitios en los que puede llorar.

—Yo no lloro, uno tiene que luchar por sus objetivos.

—Sí, seguro, a ti no te quiere ni tu madre —dice Durga bromeando con maldad. Olimpia suelta una pequeña carcajada.

—No me abandonó —dice Hermes frunciendo el ceño y cruzándose de brazos—. Simplemente me dio en adopción porque no me podía mantener.

—Lo criaron una colonia de ratas, así ha salido —dice Durga riéndose.

—Bueno, ya está bien. Ha sido, es y será la mejor familia que he tenido nunca. Me han enseñado valores, educación, respeto y me han dado un hogar.

—Ya veo yo los valores que tú tienes. Venga, que tenemos que seguir nuestro camino y se está haciendo tarde.

—¿Os importa si voy con vosotras? No tengo nada mejor que hacer. Además, así charlo con

alguien, hace mucho que no me cruzo con nadie interesante.

—¿Tú qué dices, Olimpia?

Olimpia sigue ensimismada por la conversación entre Durga y Hermes. Apenas le cuesta asimilar que está hablando con un zorro y una tortuga. Todavía no entiende cómo ha llegado a aquel lugar y ha acabado con tan pintorescos personajes.

—Por mi bien —responde con cierta resignación pues tampoco cree que tenga muchas opciones.

—Y si alguien te despierta royéndote el bajo de los pantalones, ya sabes quién es —dice Durga bromeando.

—¡Que no soy una rata! —grita Hermes enfadado.

Olimpia y Durga sueltan una carcajada y se disponen a seguir su camino con Hermes. Mantienen una buena e interesante conversación en la que comparten risas, anécdotas y experiencias mientras se dirigen a la puerta. Tras seguir caminando por un rato, comienza a anochecer y deciden acampar bajo los árboles. Olimpia busca ramitas y piñas para hacer un fuego mientras que Hermes y Durga se pelean por hacer una tienda de acampada con hojas gigantes que caen de los árboles. Tras un rato discutiendo por el método para hacer la tienda, al final, consiguen llegar a un acuerdo. Olimpia ya ha encendido un fuego y se juntan todos en la hoguera.

—Oye, niña, y ¿cuál es tu objetivo aquí? —le pregunta Hermes a Olimpia rompiendo el silencio.

—Pues no lo sé, creo que voy en la búsqueda de uno.

—Eso ya es un objetivo. Y cuando encuentres uno de verdad, ¿qué harás?

—Tengo miedo de responder porque tengo miedo de la respuesta.

—¿A qué le tienes más miedo, al éxito o al fracaso?

Olimpia se queda muda sin poder dar ninguna respuesta. Se echa para atrás tumbándose en el césped mirando al cielo y con la mente en blanco. Las ramas de los árboles se mueven con fuerza. «Tiene que hacer mucho viento ahí arriba», piensa para sí misma. Entre balanceo y balanceo, un pequeño espacio de cielo se descubre. Cientos de estrellas aparecen y una potente luz de luna bucea entre las hojas de los árboles, dibujando haces de luz. Olimpia sigue pensativa y sin respuesta, parece como si todas las ideas que tenía sobre sí misma y su futuro se hubieran desvanecido en ese mismo instante. Esa pregunta, quizás, cambiaría cualquier pensamiento pasado y la lleva retomar su camino interior en otra dirección distinta. Una hoja gigante la cubre, es Durga arrojándola. Todos se tumban a descansar de un largo día de emociones y demasiados pensamientos que se amontonan en la cabeza.

Después de todo, Hermes no parece tan malo y despiadado. Al fin y al cabo, es el resultado de la crueldad de la vida y de la maldad de la sociedad. Es un ser del que se aprende, pero no por las buenas. Hermes te enseña el lado ácido y duro del autoentendimiento, del autoaprendizaje y del autoconocimiento. ¿Qué no harías por sobrevivir? Hermes se crio con ratas, pero nunca ha perdido su esencia de zorro. ¿Quizás será por miedo a perder sus orígenes?, ¿por miedo a perder su identidad? o ¿es posible que no se pueda cambiar la esencia?

Uno no elige quién es, pero sí elige quien quiere ser. Si te preguntas quién eres, ¿eres como tú te defines o quizás seas como los demás te ven? Al final uno se pierde entre cientos de identidades que ni entendemos, hasta que elegimos una que nos cuadra según nuestros gustos y la gente que nos rodea. Puedes ser, quizás, una proyección de lo que los demás quieren que seas o una proyección de lo la gente espera que seas, después de todo, no sabes si eres y estás siendo para ti o para los demás. Así que de nuevo, ¿quién eres? ¿Existes o sólo estás presente en esta

sociedad que te dice quién puedes y quién no puede ser? ¿Te gusta tu ser, tu esencia, el personaje que habitas? Si la respuesta es negativa, ¿estarías dispuesto a cambiarlo?, ¿qué estarías dispuesto a perder por realizarlo? Son preguntas sin respuesta correcta. Es más, ni siquiera hay respuesta pues entraríamos en pánico si nos despidiéramos de todo aquello que somos, y de lo que podremos ser. Es como si una parte de nosotros se marchase para siempre, es como morir, ¿no? Llegaría un día que las personas que nos rodean ni nos reconocerían. A lo que yo me pregunto: ¿a quién le afectaría más que realizaras tal cambio, a los que te quieren tal y como eres o a los que se aprovechaban de quien eres? En cualquier caso, perderte para encontrarte quizás sea uno de los actos de amor propio más puros que pueden existir, ya que pueden ocurrir dos cosas: o que aprendas de quien eras y vuelvas a ser lo mismo con más fuerza que nunca, o que decidas cambiar lo que eres por algo mejor y crezcas como persona. En ambas, el crecimiento personal está asegurado así que... por qué no, cambiemos si queremos o si es necesario, y vivamos mil vidas distintas, enamórenos de mil personas y de mil almas, tengamos mil platos favoritos y disfrutemos de mil bebidas distintas.

Amanece en Yaaru, los pájaros cantan de fondo inaugurando así un nuevo día. El sol atraviesa los árboles, dejando caer un rayo de luz sobre la cara de Olimpia que le hace despertarse. Se incorpora y ve a Durga cargada con nueces y fruta.

—Buenos días —dice Durga dejando las nueces y la fruta, en el tronco de un árbol cortado.

—Buenos días, Durga —responde Olimpia—. ¿Eso es lo que vamos a desayunar? —pregunta con tono de desprecio.

—¿Y qué quieres desayunar? Perdona, me dejé el picnic en casa, señorona.

—Pues no sé, quizás huevos, tortitas o algún bicho que cacemos, además de lo que has traído. Yo con manzanas, peras y nueces me muero de hambre.

—Yo no como «bichos» —responde Durga molesta por el comentario de Olimpia.

—¿Eres vegana?

—¿Qué es eso?

—Es que no consumes animales ni nada que proceda de ellos.

—Ah pues será... ¿Allí de donde vienen os coméis entre vosotros?

—(Suelta Olimpia una carcajada) Pues no. Qué pregunta más tonta.

—¿Y por qué no?

—Porque sería asesinato y canibalismo, no sé... está mal.

—Pues aquí lo mismo o acaso es más ilegal comerse a un humano que a ese conejo, por ejemplo. No hay ninguna diferencia.

—Hombre...un poco sí que la hay. Bueno, da igual. ¿Has visto al zorro? —pregunta Olimpia con el objetivo de cambiar de tema.

—Qué va, cuando me levanté ya no estaba. ¡Venga, come!

—Sí... no vaya a ser que se enfríe —contesta Olimpia burlándose de lo que ha traído Durga.

—Si es que tienes un puntapié, de verdad te lo digo.

Olimpia coge una piedra y golpea las nueces para sacar el fruto de dentro.

—Oye, ¿y qué te pasa a ti con el zorro? Ayer parecía que os llevabais fatal.

—Por muy simpático que te pareciera al final, no es alguien de quien te puedes fiar.

—¿Por qué? ¿Pasó algo?

—Hace mucho me traicionó y por eso estoy donde estoy.

—Pero lo mismo ha cambiado, ¿no?

—¿Tú crees que los seres cambian, Olimpia?

—Los hay que sí.

—Los que son como él no. Tú haz lo que quieras, pero te aconsejo que no te fíes. Luego no digas que no te lo advertí.

—Vale, te creo, pero prefiero conocerle por mi cuenta. Lo mismo... quién sabe.

—Noble y arriesgado, lo respeto. A mí la experiencia me dice que es difícil que alguien cambie, sobre todo, las personas sin empatía y egoístas.

—Hay que subir un punto de confianza, quizás me lleve el palo, pero yo sé que hice las cosas bien. Me quedo con eso.

—Sabes qué, Olimpia, tienes razón, aun así, yo prefiero darle mi tiempo a quien se lo merezca, al final les estoy ofreciendo lo más valioso que tengo. Bueno, ha llegado el momento de ponernos en marcha, no creo que este aparezca.

Olimpia se levanta y se sacude las migas de las nueces que tenía esparcidas por encima, levanta la cabeza y cuando se quiere dar cuenta ve a Durga enterrando lo que queda de fruta:

—¿Qué haces, Durga? —pregunta Olimpia.

—Enterrando lo que nos ha sobrado de fruta, ¿no ves?

—Sí, ya, pero ¿por qué lo haces?

—Porque lo que para nosotros puede ser residuo, para la naturaleza nunca se sabe, puede ser alimento o convertirse de nuevo en un árbol.

—Pues, vaya, sí que eres ecológica tú.

—¿Eco qué? De verdad que usas unas palabras más raras.

—Es que de donde yo vengo no es muy normal.

—¿No tenéis árboles allí?

—Sí, pero no es costumbre ir plantando los residuos de la fruta, lo tiras y ya está.

—¿Y entonces cómo os crecen los árboles?

—Hay empresas que se dedican a plantar árboles o puedes comprar las semillas.

—O sea, que pagas por las semillas que puedes tener gratis de las plantas. Pues no entiendo nada, si sale del suelo el árbol él solito y luego puedes recoger el fruto o la semilla. ¿Por qué voy a tener que pagar?

—Es que dónde yo vengo no hay suelo de tierra, es como si fuera de piedra y luego hay zonas habilitadas para plantar árboles, pero no crecen solos como aquí.

—Claro, si es todo de piedra no os crecen las plantas. No sé cómo podéis vivir así, la verdad, los recursos aquí son ilimitados y para todo el mundo, que para algo trabajamos.

—¿No os dan dinero a cambio de vuestro trabajo?

—No, nos dan los recursos a cambio de un servicio, en mi caso, cuidar todo lo que ves.

—A mí me dan dinero a cambio de un servicio y luego me dejo el dinero para tener los recursos.

—Vamos, que trabajas a cambio de nada. Es como si a mí me pagaran con hojas de los árboles o piedras.

—A ver, si lo piensas es más o menos así, pero con el dinero puedes comprar cosas, no solo recursos.

—Entonces a ver si lo he entendido yo bien. Tú vas a tu trabajo, estás ahí el tiempo que haga falta y a cambio de ese tiempo te dan unos papelitos, ¿no?

—Sí, más o menos.

—Y luego tú compras el agua y otras cosas, ¿cierto?

—Emm... Sí.

—¿Y por qué no te pagan dándote el agua? La verdad que no entiendo para qué vas a necesitar más cosas.

—No solo es pagar el agua, también hay que pagar tu casa, el teléfono, el coche, ropa, viajes, la

luz y un gran etcétera.

—Entonces trabajas para comprarte cosas, no para vivir.

—Así es. Yo es que creo que eso es vida.

—Si tú lo dices. Para mí la vida es pasear descalzo por el césped, respirar aire puro y la libertad de ir a cualquier parte.

—Yo tengo la libertad de ir a cualquier parte.

—Según me cuentas, si no tienes dinero no tienes esa libertad, por lo que muy libre no eres. De hecho, el ochenta por ciento de tu vida se basa en la búsqueda constante de la libertad, porque si para vosotros la libertad es dinero y vas a estar toda tu vida trabajando. Vas a vivir por y para comprarte cosas que no necesitas y al final del día, habrás pasado la mayor parte de tu tiempo viendo pasar la vida y, con ello, el tiempo.

—¿Y qué propones? Quizás no sea el mejor sistema, pero no se vive tan mal así.

—Pues un sistema que os dé lo necesario y que sea igualitario, del cual todos podáis obtener lo mismo sin diferencia. Un sistema que os permita vagar libremente por el mundo en el que vivís sin ningún tipo de límite y lo más importante, que sea a cambio de algo. Si trabajáis para algo que al final vais a gastar igualmente, no estáis ganando nada, y los que os convertís en productos sois vosotros.

—Yo no soy ningún producto, Durga. De verdad, qué cosas tienes. Tienes una visión un tanto negra de la vida y de las cosas —responde Olimpia molesta por el comentario de Durga.

—En realidad, tengo una visión negra de tu mundo. Yo prefiero mil veces el mío, dónde va a parar.

—Yo prefiero el mío, hay más cosas por hacer. Tú aquí llevas media vida haciendo lo mismo, ¿es que acaso no te cansas? ¿Qué clase de vida es esa en la que haces lo mismo una y otra y otra y otra vez?

—Una que he elegido yo y en la que estoy a gusto. Al menos yo vivo mi vida y no la vida de otros, ni la que otros esperan. Vivo por y para mí sin darle explicaciones a nadie y sin deberle nada a nadie. Sin embargo, tú apareces aquí de la nada sin saber dónde estás ni qué hacer. No tienes ni un propósito de vida y creo que por eso estás aquí exactamente.

—¿Ah sí? ¿Y tú qué propósito de vida tienes? Si te dedicas a recoger la basura de otros. —Olimpia no es consciente de lo que está diciendo ni se da cuenta de que sus palabras pueden ser hirientes para Durga. Durga empieza a molestarse por los comentarios de Olimpia.

—Si me hubieras escuchado desde el principio lo sabrías, pero ni para escuchar te esfuerzas. Mira, ¿sabes qué? No tengo por qué aguantar esto, me voy. No he parado de hacértelo todo desde que has llegado y así me lo agradeces. Solo eres una niña desagradecida a la que le han hecho todo y así pasa, que no sabes hacer nada por ti misma. —Durga se pone de pie preparándose para irse.

—¿Tú qué sabes de mi vida, Durga? ¿Acaso has estado ahí en todos los momentos?

—Pues mira no, pero estoy en este momento y soy la única que está aquí contigo. Lo único que has conseguido hacer es que pierda el tiempo. Me he desviado de mi objetivo para que al final me ningunees y la verdad, no tengo por qué aguantarlo, así que ahí te quedas. —Durga recoge sus cosas y se dispone a continuar su camino sola desapareciendo entre los árboles.

—Espera, Durga, ¿y a dónde voy yo sola? —Una voz sale desde dentro del bosque. —¡Búscate la vida como hemos hecho todos, querida!

—¡Genial! —masculla Olimpia mientras se sienta en un tronco con el ceño fruncido.

Con los codos en las rodillas y apoyada la cara en las manos, Olimpia se plantea todo aquello que le ha dicho Durga. Quizás sí que sea culpa de ella la situación en la que estaba. Al fin y al

cabo, todas las decisiones que ha tomado le han llevado hasta donde está ahora mismo. Hasta la fecha, solo le había echado la culpa a la mala suerte y al destino. Cabizbaja, mira al suelo y tan solo ve un montón de tierra y piedrecitas. De pronto, una diminuta hormiga con una piedra amarilla brillante se cuelga bajo su pierna. Se queda un rato mirándola y decide seguirla hasta lo más profundo del bosque. A su espalda queda aquella puerta por la que se supone que tenía que cruzar y que ha ignorado en su despiste por seguir a aquella hormiguita.

Un largo camino lleva tras de sí y la hormiga no se detiene, cuando se quiere dar cuenta, está inmersa en un bosque lleno de otros animales y gigantescos árboles. Gira sobre sí misma para intentar situarse y recordar por dónde ha venido, pero el camino donde estaba con Durga se perdió entre los árboles. Ya no hay vuelta atrás, solo queda seguir a aquella hormiga de la piedra amarilla que continúa caminando sin descanso. Pasado un tiempo y tras varios kilómetros recorridos, la hormiga se cuelga por el agujero que hay en la pared de un gigantesco muro hecho de hormigón. Tras ella, le siguen cientos de hormigas que se cuelan por el mismo agujero, cada una de ellas con una piedra amarilla. Mientras intenta averiguar cómo entrar, oye dos voces hablando que vienen de las profundidades del bosque. Olimpia se esconde detrás de unos arbustos para que no la vean. Reconoce una de las voces, se trata de Hermes que va acompañado de un precioso ciervo de 17 puntas.

—Sí, te prometo que la he visto —dice Hermes con mucho entusiasmo.

—¿Me estás diciendo que has visto a Durga? Hace décadas que no se la ve. ¿Por qué te tengo que creer?

—Mira, no sé cómo ni por qué me la he cruzado, pero de verdad que era ella. Esta vez ha adoptado la forma de una gorda y vieja tortuga.

—Vale, supongamos que te creo. ¿Por qué se te iba a aparecer Durga? Solo se aparece cuando la necesitas, no porque se lo pidas o porque sienta pena de ti. Aunque la verdad que tú pena das una poca —dice el ciervo burlándose de Hermes.

—Vale, tío, lo que tú digas.

—Venga, te creo. ¿Y qué crees que hará aquí?

—No lo sé. ¿Crees que debemos decírselo a Adicia?

—¿Vas a ir tú a decírselo? Yo no lo haría, no creo que vaya a ser un problema. Habrá venido de paso, como el que mira sus deposiciones para ver si está todo correcto.

—Qué guarro. A veces das un poco de asco, que lo sepas. Por cierto, Durga iba acompañada de una chica.

—¿De una chica?

—Sí, parecía perdida. No creo que sea de aquí.

—Espera, es posible que sea parte de la profecía.

—¿De la profecía? ¿Qué profecía?

—¿No lo sabes? Dice la profecía que cuando Durga se aparece de la nada en forma de tortuga y acompaña a una misteriosa chica, saldremos del yugo de Adicia y viviremos todos en paz.

—¿En serio? No lo había oído, es de locos.

—Tío, es broma. —El ciervo suelta una carcajada riéndose de Hermes—. A veces no puedo contigo.

—Cómo eres, de verdad. No me tomas en serio y ya verás, escucha lo que te digo Polemistís, aquí está pasando algo y no nos estamos dando ni cuenta.

—Vale, perdona, pero si es así yo ya tendría que estar afilando mis astas y aquí me tienes, dando un paseo contigo yendo a recoger setas. Como si no tuviera nada mejor que hacer.

—Precisamente porque no tienes nada que hacer es por lo que has venido, así que venga, que se

van a impacientar en El Jardín.

Hermes y Polemistís continúan hasta el muro y lo cruzan como si de un portal se tratase. Olimpia les sigue y se encuentra con un muro infranqueable. De pronto, una agradable brisa le atusa el pelo. Sigue el ligero viento que parece llamarla y se encuentra con una abertura en el muro el cual no veía, debido a un efecto visual. Al entrar, una ciudad repleta de casas y comercios por todos lados. Bloques de pisos se alzan y se amontonan uno al lado de otro adornados por cuerdas de ropa y toldos. Una nube negra espesa cubre toda la ciudad. Cientos de animales y seres de todo tipo caminan y se apelotonan por las calles comprando, comercializando y realizando actividades de ocio. Atrás queda la estampa de fondo de pantalla y un paisaje más conocido se presenta. Es lo más parecido a estar en casa. Olimpia camina sin saber a dónde va. Se para en un puesto de joyas hechas con rocas de colores. Una pequeña rata regenta el comercio. Continúa caminando y todo le llama la atención. Luces de colores sobre los postes y los cables, ropa colgada sobre su cabeza y muchos oscuros callejones donde se acumulan personajes muy pintorescos. Echando un vistazo, divisa en uno de esos callejones a Hermes y a Polemistís que caminan hacia una puerta custodiada por un perro con cara de malas pulgas. Olimpia va tras ellos y, en un despiste, se choca con un sapo gigante y se cae de culo.

—¡Ay! —se queja Olimpia por el golpe. —Perdone, no le he visto.

El sapo viste un chaleco morado acabado en puntas con un motivo floral, una boina cubre su cabeza y su mano empuña un precioso bastón de madera, con una tortuga en el mango. Con una voz grave que parece atravesar el cuerpo de Olimpia, dice:

—Pues para no verme. —Y suelta una carcajada.

El sapo se queda fijamente mirándola, extrañado de la presencia de tal criatura. Olimpia intenta zafarse de él rodeándole.

—¿Es que tienes prisa? —pregunta el sapo siguiendo la con la cabeza.

—Sí, perdone es que tengo una cosa... muy importante que hacer.

Olimpia consigue irse del sapo dirección al callejón cuando de pronto el sapo dice:

—¿No querrás entrar en El Jardín tú sola por el callejón?

Olimpia se para en seco y se da la vuelta.

—Sí, es que he visto a unos amigos entrar y quería saludarles.

Al sapo le cambia la cara y se acerca lentamente a Olimpia.

—Mira... si algo no hay en ese sitio son amigos.

Olimpia mira al sapo:

—¿Ah no?

—No, ahí solo hay saqueadores, ladrones, sicarios. —El sapo mira de lado a lado para percatarse de que nadie oye lo que dice—. Y las malas lenguas hablan de que también hay asesinos.

—Vaya. Pues he visto entrar a alguien conocido.

—¿Y cómo es que alguien como tú conoce a gente de El Jardín? Te recomiendo que no sepa nadie que te relacionas con ese lugar de mala muerte. No te puedes fiar de nadie.

—Vale, ¿ahora qué?

—Por mí no te preocupes, yo no te haré daño. Se ve que no eres de aquí. ¿Tienes a dónde ir?

—Pues esperaba que mi amigo me ayudara, pero me temo que me he quedado sola.

—¿Y qué amigo es ese si se puede saber?

—Se llama Hermes. No es que sea exactamente mi amigo, es más un conocido.

El sapo, que es astuto, se le queda mirando pensativo tratando de descifrar qué tipo de criatura es. No cree del todo la historia de Olimpia y la mira como si la conociera de algo.

—Anda, así que conoces a Hermes... ¿Y de qué conoces a ese... individuo?

—Pues estaba con Durga y...

—¿Cómo?! —exclama el sapo sorprendido de que pronunciase tal nombre—. Espera... ¿Has dicho Durga?

—Sí, ¿también la conoces?

—Vente. —El sapo agarra a Olimpia del brazo y la arrastra por la calle corriendo—. Puedes llamarme Frouá.

—Un placer —responde Olimpia jadeando.

Frouá le lleva corriendo por varias calles perdiéndose por la ciudad. Olimpia, sin más remedio, corre casi arrastras cogida del brazo por Frouá hasta que se para en frente de una puerta. Llama al timbre y se gira dirigiéndole a Olimpia.

—Ahora escúchame bien, vamos a ver a un amigo, así que no digas nada si no es necesario, si se dirigen a ti respondes solo con sí o no, ¿de acuerdo?

—Sí —responde Olimpia tartamudeando y atemorizada.

—Ah... y ni se te ocurra mencionar a Durga. Es más, haremos como que no me lo has dicho. Sí, será lo mejor —dice Frouá en un estado nervioso.

De pronto, la puerta se abre y una pequeña rana hay tras ella.

—Dichosos los ojos. Contigo quería yo hablar —habla la rana con una voz chillona y aguda—. El otro día teníamos unos negocios pendientes. —La rana mira a Olimpia—. ¿Y esta quién es? A mí no me traigas bichos raros que luego me lo ponen todo perdido, si no acuérdate de la última vez.

—¿Podemos pasar o nos quedamos en la puerta?

—Venga, sí, adelante.

La rana abre la puerta del todo y deja entrar a Frouá que pasa primero, tras ellos, les sigue Olimpia que se fija en la rana. Es una pequeña rana roja con una raya negra que le cruza desde la cabeza hasta el final de su cuerpo. Unas finas ancas sujetan su cuerpecito rodeado por un delantal. Casi que siente ternura por su aspecto a pesar de la imagen de dura y peligrosa que trata de dar. Para Olimpia, otro animal que ande erguido a dos patas y hable ya no es sorpresa. Ya se ha familiarizado con todo el entorno que le rodea y lejos queda aquel piso con su compañero al que casi no recuerda.

Recorren un largo y oscuro pasillo adornado con recortes de diferentes papeles de pared y periódico. No hay fotos ni ningún aplique que lo decore. Llegan a un salón comedor con una cocina estilo americano, muebles viejos y raídos, y apenas hay electrodomésticos. La rana se dirige a la derecha hacia a una antigua cocina de hierro negra donde está cocinando una tortilla, el sapo va hacia la izquierda a sentarse en el sofá, en frente de este, una mesita de café con varios panfletos de publicidad del gobierno. Una alfombra de círculos de colores cubre prácticamente casi toda la sala y el único foco de luz es una lámpara de araña que alumbra toda la habitación. El ambiente es lúgubre y siniestro. Parece como si un gran secreto reptara por las paredes. Olimpia está a la altura de unas escaleras que tiene a mano derecha. Se dirigen hacia la segunda planta de la casa dónde es posible que se encuentran las habitaciones, o así lo cree.

—¿Y esta quién es? Cómo se te ocurre meterla aquí. No sabemos si nos podemos fiar de ella —le susurra la rana a Frouá.

—Creo que ella puede ayudarnos... —le responde Frouá en el oído seguido de otras palabras ya inaudibles.

Olimpia les mira mientras susurran. De pronto, un crujido de madera seguido de una ligera brisa le llama la atención. Proviene de las escaleras.

—Bueno... ¿y tú de quién eres? —se dirige la rana a Olimpia para que deje de prestar

atención al piso de arriba—. Venga, siéntate, no te quedes ahí.

Olimpia se sienta al lado de Frouará. La rana que trae consigo el plato con la tortilla y un vaso de agua que le da a Olimpia.

—Toma, tendrás hambre. —Olimpia se tira al plato. Las nueces y la fruta no la habían llenado demasiado—. ¿A qué has venido?

La rana le pregunta a Olimpia mientras se come la tortilla. Olimpia mira a Frouará que le hace un gesto de negación con la cabeza.

—No te sabría decir, solo sé que tengo que estar aquí.

Frouará agacha la cabeza de resignación sabiendo que no tenía que haber abierto la boca.

—¿Por qué tienes que estar aquí? Es decir, puedes estar en cualquier parte, pero de todos los lugares has elegido estar aquí.

—El caso es que yo no lo he elegido. Ha sido por accidente.

—¿Por accidente? Nada es por accidente. Todo pasa por algo.

—No lo sé, quizás necesite estar aquí.

—Has escuchado algo ahí arriba, ¿verdad?

—Sí, pero no tiene importancia.

—Sí que la tiene, sí. Mira, no soy precisamente una rana de la fortuna, no voy a salvarte de nada ni a fingir que quiero ayudarte. ¿Estamos? La realidad es que estás sola y aunque creas que hay alguien al otro lado que vendrá a salvarte, ese alguien no existe. ¿Estamos? —La rana se queda en silencio mirando fijamente a Olimpia mientras se come la tortilla. Olimpia mira a Frouará encogiéndose de hombros—. Te voy a ser sincera, no me fío de ti. Generalmente no me fío de las personas que no tienen las cosas claras y tú pareces que andas muy perdida, pero te voy a dejar que te ganes mi confianza. Tienes que hacerme un favor y a cambio te contaré lo que hacemos ahí arriba. ¿Estamos?

—Sí —Olimpia responde muy decidida a la petición de la rana. Sin embargo, se queda con cierto temor pues no sabe cuál será el encargo.

—Una cosa te voy a decir, aquí no hacemos galletas. ¿Estamos?

—¿Y qué hacéis?

—Eso lo sabrás a su debido tiempo, primero tienes que hacer lo que yo te diga.

—Vale, ¿qué tengo que hacer?

Frouará y la rana se miran a la vez con una expresión de inseguridad. Parece como si los dos estuvieran hablando con solo mirarse a los ojos.

—¿Estás seguro, Demos? —dice Frouará rompiendo el silencio.

Tras un breve tiempo, los dos miran a Olimpia y por fin se deciden a gesticular palabras.

—Verás, lo que tienes que hacer es muy simple, tienes que cruzar los muros negros y traernos un libro.

Frouará mira a Demos con cara de remilgo.

—Vale, es verdad que no es tan simple.

—¿Con muros negros te refieres a los de la puerta roja?

—Sí. ¿Conoces la puerta roja?

—Sí, me dirigía allí con... —Olimpia se queda callada dándose cuenta por unos instantes que casi menciona a Durga—. Bueno, con un amigo.

Demos mira a Olimpia con cierta inseguridad. Frouará, desesperado, mueve la cabeza de lado a lado.

—A ver, mañana te dejaremos en la frontera cruzando los muros. Te colaremos y a partir de ahí tendrás que estar sola —dice Frouará con el objeto de que Demos ignore el error de Olimpia.

—Vale, ¿cómo me colareis?

—Eso luego lo vemos —dice Demos—. El caso es que tendrás que llegar al edificio principal, ir al despacho de Adicia y coger el libro.

—¿Cómo lo reconoceré?

—Créeme, sabrás cuál es en cuanto lo veas.

—¿Y no creéis que es un poco prematuro entrar ahora en un sitio que no conozco? Creo que deberíamos organizar mejor y con más tiempo el plan.

—¿Con más tiempo?

Demos se levanta violentamente dando un golpe sobre la mesa. Olimpia da un brinco del susto. Demos parece indignada por el comentario de Olimpia.

—¿Acaso no sabes cuánto tiempo llevo organizando todo esto?! Llevo aquí más de 20 años, lo tengo muy bien organizado.

—Yo creo que Olimpia tiene parte de razón, Demos. Ella nunca ha estado ahí y no sabe ni cómo es ni a quién se enfrenta.

—¡CÁLLATE! —grita Demos a Frouirá—. Está preparada y sabe perfectamente lo que tiene que hacer. No tendremos muchas más oportunidades, necesitamos ese libro. ¡Ya!

—Escúchame —dice Demos dirigiéndose a Olimpia en un estado de nervios—. No puedes fallar, ¿entiendes? Si entras, no puedes regresar sin el libro, así que ten claro si quieres hacerlo o no. Todavía estás a tiempo. Eso sí, si decides no hacerlo, te quedarás aquí para siempre, yo me quedaré aquí y todos los que hay a tu alrededor seguirán en sus miserables vidas.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque eres la única que todavía no lo ha intentado. Eres nuestra última oportunidad, ¿entiendes?

Frouirá pone una mano en el hombro de Demos con la intención de calmarla y que se sienta apoyada. Lleva mucho tiempo luchando en esta batalla y solo ha trabajado para acabar con el reinado de Adicia. Demos ha renunciado a muchas cosas por esta lucha y no descansará hasta haber conseguido su objetivo. Sería capaz de hacer cualquier cosa, incluso arriesgar su vida. Demos está cabizbaja y triste porque teme otra derrota. Está cansada de seguir luchando y apenas le quedan fuerzas para seguir.

—¡Déjame! —le contesta Demos a Frouirá empujándole la mano para quitársela de encima.

Demos no entiende del todo ese sentimiento que le recorre por el cuerpo. No es odio ni es miedo. Es como si la fuerza que tenía al inicio de la batalla, poco a poco se le escapara por cada poro de su piel. ¿Frustración? Se pregunta mientras sigue mirándose los pies sin obtener respuesta. Quizás sea derrota, si así es... Ese sentimiento de derrotismo que atraviesa y destruye cualquier visión de éxito y la oportunidad de ganar. Síndrome del impostor lo llaman, pero ¿y si una retirada a tiempo es una victoria? Uno debe saber también cuando es mejor dejar paso a otras hazañas y aventuras, unas que tengan mayor oportunidad de éxito. Porque en eso se basa todo, ¿no? En ganar, ganar y ganar otra vez. La derrota no está visible en el camino del éxito y solo existe una línea recta ascendente al éxito, y si crees otra cosa, eres un fracasado y estás perdido. Perdido, pero ¿alguna vez me he encontrado? ¿Quién soy? ¿Soy la lucha o soy un ser que lucha? Ya me perdí hace tiempo en esta batalla que es la vida, ahora solo me queda esta casa y el sentimiento de seguir. Claro... para eso he nacido y para eso moriré, seguir hasta que no me queden fuerzas ni aliento. Atrás quedó el inicio del camino que emprendí hace ya mucho tiempo, tanto que ni recuerdo los motivos reales por los que empecé. Demos levanta la cabeza, se gira y mira a Frouirá y Olimpia. Se queda mirándoles por unos instantes y las lágrimas le brotan de los ojos recorriendo su cara. Tras ellos dos, hay una ventana tapiada por dos planchas de metacrilato

y, entre estas dos planchas, un abanico de sol se cuele entre la rendija que las separa, dejando a la vista el pueblo. Un pueblo oprimido, preso de sus necesidades y de la sensación de pertenencia a una nación. Un pueblo que se encuentra en un punto de no retorno donde no se puede retroceder, pero tampoco avanzar, y el único destino es el abismo al que está arrastrado y destinado a perecer.

—¡Lo haremos! —exclama Demos segura de sí misma.

—Pero primero hay que prepararte. Ni siquiera sabes quién eres. Va a ser como mandar a la batalla a un ratón con un palillo.

—¿Y qué propones? —pregunta Olimpia decidida a seguir a Demos.

—Vamos a ir a un sitio, allí no puedes hablar con nadie salvo con nosotros. No contarás nada sobre lo que se ha hablado o se hablará aquí. ¿Estamos?

—Sí —afirma Olimpia.

Demos se dirige a un armario donde saca unas botas estilo militar y se las enfunda en sus pequeñas ancas, un chaleco azul marino con cremallera y muchos bolsillos vestirá su cuerpecito, y un casco de obra del mismo color que el chaleco, protegerán su pequeña cabeza. A Olimpia, el aspecto de Demos le hace gracia y suelta una pequeña risa.

—¿De qué te ríes? —le dice Demos a Olimpia.

—Nada, es que vas muy «punkie» vestida.

—¿Punkie? ¿Qué es eso?

—Es un estilo de vestimenta como rockera y antisistema.

—¿Antisistema? Me gusta. Frouará, ahora soy punkie.

Frouará suelta una sonrisa.

—Pues venga, rana punkie, que la revolución no se va a hacer sola.

Demos entra al pasillo hacia la puerta con la cabeza bien alta, orgullosa y decidida a acabar lo que empezó hace más de veinte años. Los tres salen por la puerta y dan a una calle concurrida de gente. Caminan por las calles sin demora y con cierta prisa. Llegan a un edificio con una puerta roja de madera, adornada con un arco de medio punto. Encima del arco hay un cartel con el nombre «El Jardín». Olimpia mira a Frouará con cara de asombro y temor. Frouará pasa su gigante mano por los hombros de Olimpia con el ánimo de tranquilizarla y que no tuviera miedo. Demos llama a la puerta y las puertas se abren. Frouará invita a Olimpia a entrar primero, Demos la sigue y Frouará entra después, dando un último vistazo hacia atrás para percatarse de que nadie importante les haya visto entrar. Olimpia, nada más entrar, se empapa del ambiente clandestino que emana de los cimientos de ese lugar. Si las paredes pudieran hablar, a más de uno les habría cortado la lengua. Mira a su alrededor y un montón de mesas de madera redondas con sillas a juego están esparcidas por toda la planta, pegadas a la derecha, unas escaleras suben a lo que parece el piso superior y, al fondo, una barra de bar (mejor dicho, de taberna de mala muerte) termina por definir el local como lo que es, un antro. Antro que bien había definido Frouará cuando se conocieron. Seres de todas las clases se amontonan en las mesas con bebidas y juegos. Ninguno parece tener muchos amigos y si les miras a los ojos, puedes ver una penosa vida cargada de mucho sufrimiento, decepciones y poca suerte. Olimpia empieza a caminar por el pasillo que hay entre mesas, Frouará y Demos les siguen por detrás. Algunos parecen intentar saludar a Frouará, pero este les hace un gesto de negación para que parezca que no le conocen. Llegan a la barra y el camarero, muy amable, les pregunta qué van a tomar. Demos interviene antes de que nadie diga nada.

—Ponnos tres Bufos.

El camarero asiente con la cabeza y se dirige a por las bebidas.

—¿Bufo? —pregunta Olimpia.

—Sí, es la especialidad de la casa. Ya verás, te va a encantar —asegura Frouará.

Olimpia, sin dudar, se deja llevar por la situación con curiosidad y desconfiada.

En la taberna, decenas de malas caras se van amontonando según va bajando el sol. La noche va dejando a su paso cientos de estrellas y el resplandeciente reflejo de la luna. Olimpia, tras varias jarras de Bufo, se embriaga perdiendo casi por completo la cordura y el sentido del ridículo. Baila, grita y monta un espectáculo en medio del local. Frouará intenta tranquilizarla y Demos se ríe de la situación. Si querían pasar desapercibidos, ya pueden darlo por descartado. Al fondo del local, Hermes y Polemistís beben y hablan. De pronto, Hermes se gira al espectáculo que hay en medio de la taberna y se da cuenta de que es Olimpia. Se acerca impresionado a Polemistís a contárselo.

—Mira, Pol, es ella, la chica que te decía que iba con Durga.

Polemistís mira a través de las cabezas buscando a Olimpia.

—¿En serio es ella? Joder, si decías la verdad.

—Pues claro que decía la verdad. Al final vas a acabar de percherero en mi casa como sigas tan vacilón.

Hermes y Polemistís siguen mirando el espectáculo de Olimpia.

—Voy a hablar con Frouará.

Hermes se levanta de la silla y se acerca sigilosamente a Demos por el extremo del local.

—No, espera.

Polemistís intenta disuadir a Hermes para que no vaya. Hermes chista a Demos el cual no le oye a causa del jaleo de Olimpia. Le vuelve a insistir dándole un pequeño toque con la mano. Demos se sobresalta.

—¿Qué pasa?

Se gira hacia Hermes.

—Joder, Hermes, eres tú. Qué susto me has dado.

Hermes se acerca a la oreja de Demos.

—¿Qué haces con esta? —susurra Hermes.

—¿La conoces? —pregunta Demos sorprendida mientras sostiene una jarra de Bufo.

—No del todo, solo de vista. Me la encontré en el bosque antes de venir.

Frouará sigue intentado tranquilizar a Olimpia y al girarse hacia Demos, se percata de la presencia de Hermes. Queda estupefacto de que esté hablando con Demos e intenta que Olimpia no se dé cuenta de que está Hermes en el local. Al fondo, Polemistís sigue observando la situación. Olimpia se gira y se da cuenta de que Hermes está hablando con Demos.

—¡Hermes, qué alegría volver a verte! —grita Olimpia.

Hermes, al darse cuenta de que Olimpia le ha visto, intenta que nadie le reconozca, pues es una cara conocida y no una grata visita para muchos.

—Con que solo de vista, eh —comenta Demos. Frouará se acerca a Demos.

—Encárgate de Olimpia, ahora vengo.

Frouará coge a Hermes por el brazo y se lo lleva a un lugar apartado debajo de las escaleras que van al segundo piso.

—Ya estás hablando o te corto esa lengua de rata —amenaza Frouará a Hermes.

—Tranquilo, que yo no sé nada —se defiende Hermes.

—Como que no, me dijo que conocía a Durga.

—Mierda... —se queja Hermes.

—Eso digo yo. Así que ya estás cantando todo lo que ha pasado y lo que ha hablado con ella.

—Vi que la chica cayó del cielo y al poco apareció Durga. No estaba seguro de que fuera ella. Va como de tortuga vieja y consumida por el tiempo, además, lleva una escoba y un recogedor.

—¿Entonces Olimpia conoció a Adicia? —se pregunta Frouará mientras se enciende una pipa con tabaco.

—Eso me pareció oír, sí. Luego me incorporé al grupo según iban avanzando en el camino para enterarme de más, pero no hablaron nada determinante. Durga es muy inteligente como para soltar prenda con cualquiera.

—¿Qué crees que hace aquí? ¿Por qué habrá venido?

—No lo sé, pero parecía estar ayudando a Olimpia. La llevaba hacia la puerta roja.

—¿Hacia las puertas? ¿A Olimpia? ¿Y eso por qué? —se asombra Frouará.

—No sé, Frouará. Haces muchas preguntas a las que no tengo respuesta. Solo sé qué hacía mucho que no se veía a Durga y no ha venido por casualidad.

—Yo tampoco lo creo, Hermes.

—¿Demos lo sabe?

—¿Que está Durga? No y que así siga siendo. El plan marcha perfectamente y está muy tranquilo sin que lo sepa.

—¿Qué plan? ¿Vais a intentarlo otra vez?

—A ti te lo voy a contar que lo largas todo.

—Mira, no sé qué tenéis planeado, pero sea lo que sea yo lo iba cancelando. Está todo algo revuelto tras los muros. Creo que a Adicia no le ha gustado la visita de Olimpia y tiene todo muy controlado.

—¿Cancelar el plan? ¡Estás loco! Explícaselo eso a Demos a ver qué gracia le hace. Lleva meses planeando esta incursión y no creo que nadie le quite de la cabeza la idea de volverlo a intentar.

—Esa rana loca...

—Sí, lo está, pero es la única que tiene el valor de hacerlo. Muchos son los que hablan, pero a la hora de la verdad... ¿Alguien más sabe lo de Durga?

—No que yo sepa. Bueno, se lo comenté a Polemistís, pero no me creyó. Está ahí al fondo.

—Hermes señala al fondo de la taberna donde estaban sentados él y Polemistís, pero este ya no está—. ¡Será cabrón! Este ya me ha vuelto a dejar tirado.

—Es importante que no diga nada, Hermes. Nadie, repito, nadie tiene que saber que Durga ha vuelto.

—Sí, sí. No te preocupes que mis hocicos son una tumba. Oye, ¿y tú cómo has conocido a Olimpia?

—Se chocó conmigo y te mencionó. Te vio entrar por el callejón al local con Polemistís.

—Joder... Menos mal que no sabe nada.

—Sí, joder. Anda que vosotros también entrar por el callejón a plena luz del día ya os vale. Que os ve todo el mundo, coño.

—Bueno, pensé que éramos VIPS.

—VIPS e idiotas, eso es lo que sois. Bueno, hasta próximo aviso no os quiero ver por aquí a ninguno de los dos. ¿Entendido?

—¿Y eso?

—¿Entendido?

—Sí —afirma Hermes con resignación.

—Bueno, creo que ya es hora de acostar a esta guerrera. Ya nos veremos, Hermes.

—Venga, nos vemos.

—Oye —detiene a Hermes poniéndole una mano en el hombro—. Encuentra a Polemistís. Ve preparando al resto de Hoplitas, solo por si acaso. —Hermes mira fijamente a Frouará con cara de preocupación.

—Sí. —Hermes sale por la puerta principal del Jardín. Frouará se acerca a Demos.

—¿Qué quería Hermes? —pregunta Demos extrañado.

—Nada, preguntaba por la chica. Oye, me la voy a subir arriba ya, vale. Descansa que mañana es un día importante, Demos.

—Sí, me voy a ir a casa. Que descanséis.

Demos le da un último trago a la jarra y se acerca a la puerta. Aquella taberna que hace unas horas estaba abarrotada de gente se ha quedado desierta. Ya solo queda el olor a Bufo y las almas de los seres que allí van a perderse. Frouará coge a Olimpia a hombros con los brazos y la cabeza colgando hacia su espalda.

—Ten cuidado por las calles, vale. Avísame cuando llegues, las cosas se están torciendo, lo noto —dice Frouará antes de que Demos salga por la puerta.

—Sí, no te preocupes. Ya sabes que sé cuidarme bien. Creo que algo está pasando, yo también lo noto.

—Buenas noches.

Frouará sube las escaleras del local con Olimpia a cuestas para dirigirse a la planta de arriba. Al final de las escaleras hay una ventana desde donde puedes ver los tejados de la ciudad. Nada más entrar, a la derecha, hay una chimenea rodeada de libros, en frente de la chimenea, una cama muy grande con un sofá a los pies. Deja a Olimpia en la cama y enciende la chimenea para calentar la habitación. Frouará empieza a quitarle la armadura y se fija que la espada que tiene Olimpia, tiene la misma empuñadura que su bastón. Se sienta en el sofá en frente de la chimenea para calentarse. Los inviernos no son nada benevolentes en la ciudad. Frouará está pensativo, no es casualidad que una chica aparezca de la nada y se oiga el nombre de Durga en el mismo día. Está inmerso en sus pensamientos hasta que un reflejo que viene de la ventana que está a su derecha le ataca justo en el ojo. Se levanta del sofá y se acerca para ver de dónde procede esa luz. Mira al horizonte y en lo más alto de una casa, en una pequeña construcción que sobresale por todos los tejados, una ventana se ilumina por un pequeño haz de luz. Frouará se da cuenta de que viene de la casa de Demos, que le está haciendo señales con el reflejo de la luna, para que se dé cuenta de que ha llegado bien a casa. Frouará le saluda con la mano a pesar de que no le puede ver. Ya está más tranquilo pues se ha dado cuenta de que su amigo ha llegado sano y salvo a casa. Se da la vuelta con el objeto de volverse al sofá, pero no sin antes echar un último vistazo a Olimpia, que sigue dormida en la cama.

—¿Tú quién eres, niña? —se pregunta Frouará en bajito.

Cambia de dirección y se dirige a la chimenea pensando en el futuro y lo que está por venir. Encima de la chimenea hay muchas fotos de él y Demos cuando eran más jóvenes. Una de las fotografías muestra la apertura de «El Jardín». Un joven Frouará lleno de ambición y sueños acompañado por Demos, y otras tantas caras a las que añora, pues se perdieron en el tiempo. Frouará recuerda aquellos tiempos con cariño y nostalgia. Tiempos pasados siempre serán mejores y nunca volverán. Echa un vistazo a una de las estanterías donde decenas de libros se amontonan. El mismo reflejo que hacia Demos con un espejo da a parar a un libro muy concreto. Tiene un lomo azul eléctrico de terciopelo y las costuras doradas. En el borde inferior tiene una tortuga dorada cosida al lomo, reflejada por el brillo de la luna. Se acuerda que su bastón y la espada de Olimpia tienen el mismo símbolo. «Eso no puede ser una coincidencia», pensó Frouará.

Pero... ¿qué hacía ese libro ahí? En todos los años que lleva viviendo allí, no había visto un libro parecido. Coge el libro muy despacio y lo abre por una página aleatoria. Ilustraciones, letras y más letras uniendo palabras y, a su vez, frases. No hay nada raro o fuera de lo común, parece una novela de ficción como otra cualquiera, pero hay un párrafo en cursiva que destaca sobre el resto del texto: «Cuando el sol camine por la tierra, selecciona bien a tus amigos e identifica a tus enemigos. Planta batallas en la tierra donde antes crecían árboles y cosecha lo que crece de la semilla del odio y el miedo». Para Frouá esas palabras tiene poco significado. Sin embargo, no le dejan indiferente. Cierra el libro y lo deja en el mismo hueco donde estaba. Se acerca sigilosamente al sofá, se tumba y se tapa con una manta. Cierra los ojos. Aquel texto se le había grabado a fuego en la mente. ¿Por qué? ¿Qué significaba para él? ¿Acaso el libro trata de decirle algo? Vuelve a abrir los ojos y se queda mirando el libro de nuevo. La luna se asoma por la ventana con un brillo especial. Un rayo de luz se cuela y de nuevo acaricia el lomo de aquel misterioso libro, que hace que reflejen sobre Frouá las costuras doradas. De un brinco, Frouá se levanta, se acerca a la estantería, coge el libro y lo abre por la primera página. Una fuerza imperiosa se apoderó de él y lo ha dominado para leer el libro hasta el final. *Durga* es el título de la primera página. Pasa a la siguiente y comienza a leer: «Sin origen ni destino. Nadie conoce su forma ni figura. Se aparece y desaparece cuando quiere y si te la encuentras, sabes que una batalla está por venir. Ni amigo ni enemigo, ni bueno ni malo. Solo es la cara opuesta de una moneda». «¿Es un libro sobre Durga?», se pregunta Frouá. Detrás de sí oye cómo se mueve Olimpia. Se gira rápidamente para asegurarse de que sigue dormida y sigue leyendo: «Ni ascendientes ni descendientes. Se la conoce por ser un alma errante nacida con la tierra. Algunos piensan que es quien inventó el tiempo o quien creó la vida, otros, que es dios y, aquellos más osados, aseguran que es el mal personificado». «¿Quién ha escrito sobre Durga?», se pregunta Frouá. Le da la vuelta al libro, abre la portada, mira detrás de la contraportada y nada, no hay autor ni origen de aquel libro. Se vuelve al sofá, se echa nuevamente la manta por encima y sigue leyendo: «Se presenta cuando más la necesitas», «Nuevos inicios comenzarán», «El bien y el mal es uno, personificando la dualidad del ser». Frases, muchas de ellas inconexas, se amontonan en la cabeza de Frouá. No puede dejar de leer aquel libro que no sabe cómo llegó a su casa, pero que de alguna manera allí estaba. Como si tuviera que leerlo. Un libro que lejos de resolver dudas, crea más incógnitas.

Un nuevo día comienza, el sol entra por la ventana y los rayos se posan sobre los ojos de Frouá. Sobre él, está el libro que comenzó a leer anoche y que dejó a medias por el cansancio. Está abierto por una página en concreto. Lo coge y ve una ilustración de una joven pelirroja con un escudo, una espada y una brillante armadura. Detrás de ella, un sol resplandeciente la presenta. Mira hacia su derecha, donde estaba dormida Olimpia y ve que no está en su cama. Se levanta corriendo tirando la manta y el libro, baja rápido las escaleras y se encuentra en la barra a Olimpia sentada en un taburete y a Demos sentado en la barra. Están los dos tomando un vaso de leche con galletas.

—Buenos días, Frouá —saluda Olimpia.

A Frouá le cambia la cara de preocupación a la de alivio al saber que está bien.

—Buenos días. ¿Qué hacéis?

—Estamos... ¿Cómo lo llamas?

—Desayunar —responde Olimpia a la duda de Demos.

—Eso, desayunar. Está bien esto. Me lo apunto como mi nueva rutina. —Y acto seguido bebe un trago del vaso.

—¿Qué tomáis? —pregunta Frouá con curiosidad.

—Un vaso de leche calentita. Entra de miedo —responde Olimpia muy alegre por su desayuno.

—¿Por qué os tomáis la leche?

—Es muy típico tomar un vaso de leche todas las mañanas.

—Bueno, pues dame un vaso de leche a mí también. —Demos coge un vaso y se lo acerca a Olimpia que tiene la botella de leche en la mano.

Olimpia echa la leche en el vaso y se lo da a Frouará.

—¿No soléis desayunar vosotros? —pregunta Olimpia con preocupación.

—No es común. Aquí te levantas y te pones en marcha —responde Demos.

—Así es —corroborra Frouará—. Vas comiendo por el camino, si te sientas a comer pierdes el tiempo y no hay tiempo suficiente para andar perdiéndolo.

—Y eso me recuerda que tenemos que ponernos en marcha.

Demos le da un último trago a su vaso, se baja de la barra de un salto y se acerca a la puerta con iniciativa y seguridad. Frouará le sigue detrás y los dos salen por la puerta.

—¡Esperad!

Olimpia se bebe de un trago lo poco que le queda de leche. Por las prisas, se le cae por la comisura de los labios. Olimpia se acerca corriendo a la puerta y el sol la ciega por completo. Poco a poco va recuperando la vista y una calle abarrotada de gente se le descubre ante sus ojos. Gente que va a la izquierda, otros a la derecha. Todos parecen tener un destino muy claro. Los comercios ya están abiertos y los ciudadanos se amontonan en ellas para hacer la compra. Olimpia mira a un lado y al otro en busca de Frouará y Demos. Entre las cabezas, reconoce a los dos anfibios que se alejan de ella por una calle poco transitada. Corre hacia ellos esquivando a la gente como puede. Nadie la deja pasar, va de lado a lado girando el cuerpo para no chocarse con nadie. Por fin llega a donde están Frouará y Demos.

—Venga, chiquita, que te me pierdes —se queja Demos.

—¿A dónde vamos? —pregunta Olimpia.

—Te vamos a llevar a las murallas, a partir de allí ya te indicaremos.

Frouará, Demos y Olimpia se adentran en las profundidades de la ciudad, yendo por calles cada vez más oscuras. Diferentes seres se encuentran tirados en el suelo. No parecen haber tenido dicha en la vida y están consumidas por esta, sin fuerzas para retomar el camino ni para perecer en él. No se puede ni reconocer la especie que son, parecen entes creadas para sufrir.

—¿Qué le pasa a esta gente? —pregunta Olimpia con temor y preocupación.

—¿Fueron expulsados de allá a donde vamos? —responde Frouará tratando de resolver la duda de Olimpia.

—¿Y me queréis mandar a mi allí? —Olimpia se detiene en medio de la calle enfadada por la respuesta de Frouará.

—No hay otra forma —responde Demos a Olimpia tratando de hacerle entrar en razón.

—Me mandáis a la muerte. ¿Qué me espera allí? —Frouará guarda silencio y se lamenta porque sabe que, en el fondo, no ha sido sincero con Olimpia.

—No lo sabemos. Nunca hemos entrado —responde Frouará—. Generalmente quien entra en los muros no sale y si sale, sale así.

Señala a una persona tirada en la calle.

—¿Queréis que entre allí? Ni loca, vamos.

Olimpia se da la vuelta y se va por donde habían venido.

—No tenemos otra opción. No podemos cambiar el pasado, pero podemos hacer que nadie más acabe como ellos —interviene Demos tratando de motivar a Olimpia—. Un futuro mejor

nos espera a todos, pero hay que arriesgarse.

Olimpia se queda quieta y en silencio recapacitando sobre lo que le ha dicho Demos. Aún no está muy convencida si hacerlo o no, al fin y al cabo, conlleva un riesgo. Olimpia sigue quieta, pensativa, mirando a Frouará y Demos sin tener todavía una respuesta.

—Solo nos queda esta oportunidad, Olimpia —le suplica Demos temiéndose que Olimpia cambie de opinión.

Olimpia mira al suelo, tiene miedo, pero siente que tiene que hacerlo. Se mira la espada que lleva colgada en la cintura sobre el lado derecho y ve en el mango la tortuga. Se acuerda de Durga y del propósito al que la dirigía. Durga la llevaba al mismo sitio, pero ¿por qué al final todo acaba aquí? El destino quiere que cruce los muros como si estuviera escrito, como si fuera por lo que ha nacido. Levanta la cabeza y, sin dudar, adelanta a Frouará y Demos. Ambos se quedan mirando sin entender lo que está sucediendo. Olimpia aún no entiende el motivo por el que lo hace, pero sabe que tiene que hacerlo así que se deja guiar por su instinto.

Siguen caminando, cruzan calles y callejones, los seres se disipan y solo quedan edificios aparentemente vacíos. Según se van acercando a los muros, la soledad y la oscuridad invaden cada centímetro de esa ciudad muerta. Es como si hubieran pasado a otro umbral y solo queden los espíritus de los que algún día allí vivieron. Una agradable conversación les acompaña todo el camino. Casi que se les olvida el motivo por el que están emprendiendo ese camino. De pronto, a lo lejos, una silueta se mueve sigilosamente. Ninguno de los tres se da cuenta de que alguien les está siguiendo. No se sabe desde cuándo aquella misteriosa sombra les sigue, ni cuánto de la conversación ha escuchado. ¿Quién es? ¿Amigo o enemigo? Frouará, Demos y Olimpia llegan al final de la ciudad y al principio de los muros. Frouará rompe el silencio con esa voz tan grave que le caracteriza, retumbando por toda la ciudad muerta.

—Bueno, pues aquí es.

Los tres se quedan mirando al muro pensativos por lo que les espera.

—¿Y cómo se supone que voy a entrar? —pregunta Olimpia.

—Por esa puerta —dice Demos señalando una pequeña puerta.

—Tranquila, que está todo pensado —apunta Demos.

Los tres se acercan a una puerta roja de metal, con un mango dorado en forma de bola. Frouará acerca la mano al pomo con mucha cautela y va girando el pomo muy lentamente. La puerta se abre y se cuela por la puerta una columna de luz. Frouará deja la puerta entre abierta y se dirige a Olimpia.

—Olimpia, ninguno de nosotros ha estado allí ni sabe lo que hay dentro. No podemos asegurarte lo que te espera o si volveremos a vernos, solo te puedo decir que... —Frouará se queda callado por unos momentos mirando a Olimpia a los ojos—. Que confiamos plenamente en ti y estamos seguros de que podrás conseguirlo.

—¿Pero qué tengo que hacer?, todavía no me habéis dicho nada.

—Como ha dicho Frouará, no sabemos lo que hay dentro, pero por lo que nos han contado, hay una torre blanca en medio de los muros. Tienes que entrar sin que nadie te vea y coger el libro que hay en la sala. No sé qué aspecto tiene, pero creo que sabrás reconocerlo.

—Olimpia, allí dentro habrá todos los seres inimaginables. Cuando entres allí no confíes en nadie, no hables con nadie. Ve directa a la torre, coges el libro y sales por la misma puerta. Nosotros te estaremos esperando aquí.

—Hemos calculado que tardarás en torno a una hora o dos, como mucho te daremos tres —apunta Demos.

—¿Y qué pasa si tardo más de tres horas? —Frouará y Demos se miran con cara de

preocupación.

—Tú no tardes más de tres horas. Mejor ni lo pienses —aconseja Demos. Un foco de luz está girando y descubre la figura que llevaba un tiempo siguiéndoles. Se trata de Hermes, siempre metiendo los bigotes donde no le llaman.

—Así que sí había otra puerta —interrumpe Hermes la hazaña de Olimpia. Los tres se giran y ven a sus espaldas al zorro.

—¡Hermes! ¿Qué haces aquí? —pregunta Olimpia.

—Mira, pedazo de rata, como lo estropees todo te las verás conmigo.

De nuevo sale el coraje de Demos para defender su causa.

—Yo no he venido a estropear nada, es más, quiero ayudar.

Frouirá suelta una carcajada sarcástica.

—Mira, tú nunca has ayudado a nadie a menos que saques algo de ello.

—A mí solo me basta con entrar, es lo único que quiero.

—¿Pero por qué, Hermes? ¿Qué hay allí dentro que ansíes tanto?

—Era la mano derecha de Adicia —dice Demos, confesando el mayor secreto de Hermes.

—¿Cómo? —pregunta Olimpia, incrédula.

—Lo que pasa que se reveló cuando se enteró de que fue ella quien mató a toda su familia.

—¡Cállate! Solo eres una rana babeante que te crees que lo sabes todo y no tienes ni idea.

—¿Y por qué quieres volver allí?

—Porque no conoce otra cosa —interrumpe Frouirá—. Él ha vivido toda su vida en las cloacas de la ciudad acompañado de las ratas de las alcantarillas. Según fue creciendo, fue forjándose una carrera de la mano de Adicia. La asesoraba sobre estrategias para gobernar y apoderarse de todo.

—Una de esas estrategias fue matar a todos los ancianos porque ya no servían para trabajar —interrumpe Demos—. Entre esos ancianos estaban mis padres; dieron toda su vida por mantener Yaaru, incluso mucho antes de que llegara Adicia.

—Eso es horrible.

—Entonces, oyó hablar a Adicia con alguien sobre la familia de Hermes; lo que les hizo y lo que estaba haciendo con él. No pudo soportar la verdad ni vivir con la tragedia, así que Adicia le echó de su «reino del terror» y le desterró para siempre.

—Poco después conocí a Polemistís, me contó la historia de cómo mataron a sus padres y sus abuelos, solo quedó él de toda su familia. Convivimos juntos durante mucho tiempo, pero la culpa me reconcomía y le conté la verdad de quién era y de lo que hice. Lejos de querer dejar de hablarme o incluso querer matarme, Pol me miró a los ojos y me dijo: «Te perdono. Castigarte no hará que vuelva mi familia, pero vivirás con la culpa hasta el final de tus días». Efectivamente, me castigué durante mucho tiempo por lo que hice y todavía me pesa. Sé que, aunque no fui yo quien apretó el gatillo, soy responsable de todas esas muertes. Pero de verdad, ya no soy ese, he cambiado.

—Las personas no cambian nunca —añade Demos consumido por el rencor hacia Hermes.

—¿Y qué quieres hacer allí dentro?

—Recuperar la confianza con Adicia, seguro.

—¡No! Yo quiero ver a mi familia, mi otra familia. No los he vuelto a ver desde entonces.

—¿A las ratas? —pregunta Frouirá.

—Sí, son ratas, pero crecí con ellos. Adicia también me quitó mucho y ellos son lo único que me queda.

—Lo siento, no vas a entrar. Es la última oportunidad que nos queda —le increpa Demos a

Hermes—. Si de verdad estás con nosotros, si de verdad has cambiado, tienes que dejar a Olimpia que haga esto.

Hermes se queda cabizbajo y pensativo. Sabe que en el fondo Demos tiene razón. Solo ella puede acabar con todo esto. Olimpia se sitúa en frente de la puerta lista a enfrentarse a todas aquellas pesadillas que le vienen encima. No tiene miedo, pero tampoco está tranquila. Siente como si fuera a vivir una nueva etapa.

—Mucha suerte —le dice Demos a Olimpia con la intención de calmarla.

Frouará empuja la puerta y un blanco infinito se les presenta ante sus ojos. Una luz blanca cegadora impide que vea más allá. Olimpia, con la mano derecha, se agarra la espada, con la izquierda el escudo y sin dudarlo, pone su pie derecho al otro lado de la puerta, a continuación, pasa el pie izquierdo. Da dos pasos y se gira para echar un último vistazo a sus amigos. Un muro blanco se alza hasta donde alcanza la vista y una puerta deja entrever a Frouará, Demos y Hermes. Les saluda con la mano despidiéndose, ellos hacen lo mismo. Frouará lentamente cierra la puerta y se pierde en el más infinito blanco.

Comienza a caminar y la luz parece despejarse. Un barrio de casas bajas se abre paso entre la claridad. Todas las casas se repiten hasta casi el infinito. Una valla blanca rodea el césped verde y un camino lo atraviesa, conduciéndolo hasta un garaje de puerta roja. Otro camino lleva hasta una casa de color amarillo con las puertas y ventanas blancas. Este barrio se asemeja más a lo que está acostumbrada. Parece un barrio normal lleno de buena gente trabajadora. En las calles no hay nadie. No hay coches ni personas. Las casas no parecen ni habitadas. Es como si fuera un pueblo abandonado. De pronto, una sirena suena y las puertas de las casas comienzan a abrirse. Hombres y mujeres salen de sus casas dispuestas a enfrentar un nuevo día de trabajo. Todo el mundo va en la misma dirección y apenas se percatan de la presencia de Olimpia. «Son seres humanos», piensa Olimpia extrañada. Van vestidos con un mono blanco y una línea de color en los laterales. No todos tienen el mismo color de la línea; unos la llevan negra, azul, roja o verde. No se sabe qué los diferencia o por qué la llevan de distinto color, pero todos van al mismo sitio y tienen muy claro que tienen que ir en esa dirección. Olimpia sin dudarlo les sigue. Camina sin saber hasta dónde la van a llevar. Las casas amarillas parecen no terminar y cientos de personas salen de sus casas. Termina el barrio y un edificio blanco colosal se alza hasta llegar a una cúpula de cristal azul totalmente opaca. Para llegar a la puerta principal, hay que cruzar un jardín con el césped más verde y mejor cortado que jamás haya visto, varios caminos lo atraviesan y llevan todos al mismo sitio, la torre blanca. Cada una de las personas atraviesan el jardín por los caminos y se dirigen a la torre. Olimpia sigue la dirección de las masas. Uno a uno van atravesando la única puerta que separa el exterior del interior. Una puerta roja de metal con remaches, muy parecida a la grande que está en la muralla. Olimpia entra y una sala, parecida a una línea de montaje, se alza hasta donde alcanza la vista y, en el centro, una enorme escalera de caracol que parece no tener fin. Olimpia se va fijando cómo los colores van tomando cada vez más sentido. Los de color negro se van posicionando en los primeros puestos mientras que los azules van subiendo cada vez más arriba, los rojos suben casi hasta el final y a los verdes casi que ni se les ve llegar. Olimpia intenta no quedarse atrás y va subiendo por la escalera de caracol. Cada persona tiene asignado un puesto de trabajo, aunque no se sabe muy bien lo que hace cada uno. Lo que sí que se puede diferenciar es que los primeros puestos tienen sillas más desgastadas, parecen mucho más incómodas y los puestos son muchos más oscuros, fríos, llenos de charcos y humedades. En cambio, según va subiendo por la escalera, los puestos se van viendo más limpios, ordenados y con luz natural. De pronto, Olimpia ve como cae un objeto desde arriba del todo. Sin dudarlo, baja el tramo de escalera que ha subido dándose cuenta de que

es una monda de naranja. De un momento a otro, más peladuras de fruta, vasos y desechos se amontonan en las primeras plantas. Por las puertas de los laterales, personas vestidas totalmente de gris, ataviados con una escoba y un cubo de basura, comienzan a barrer toda la basura que poco a poco se va acumulando. Olimpia vuelve a subir y se va dando cuenta de cómo, según avanza por los pisos superiores, la basura va disminuyendo. Pasa a la planta de los azules y la maquinaria ha cambiado, la decoración es sencilla, pero da una sensación de paz y armonía. Sigue subiendo y se encuentra con el piso de los rojos; una preciosa luz natural se cuelga por los tragaluces redondos que hay por las paredes, maquinaria y mobiliario mucho más moderno, todo parece mucho más cómodo. Sin embargo, la gente está más tranquila, hablan unos con otros, incluso algunos se pasean por el piso. Peldaño a peldaño, salas cada vez más desenfadadas se desvelan. Pronto llega a la sala de los verdes, esta vez no parece una sala de montaje, ni oficinas, ni siquiera parece una zona de trabajo. Hay sofás y mesitas de café, en ellas la gente está tranquilamente sentada tomando un almuerzo que tirarán al fondo de la torre cuando ya han terminado o no quieren más. El ambiente es muy distinto a los otros puestos, la gente no parece trabajar y descansan como en sus casas. Es posible que formen parte de este gran eslabón que es la cadena de producción, pero sin duda no parecen tan indispensables como los de abajo, es más, no parecen parte de la cadena, es como si fueran un adorno que solo da peso y desgasta a los eslabones. A la hora de la verdad, no aportan nada útil. Olimpia sigue subiendo y cada vez ve más cómodos a los verdes: juegos, fiestas, grandes banquetes. Va dejando atrás a las otras secciones, siendo ya invisibles los de abajo del todo. Está agotada por la gran cantidad de escalones que ha subido, le ha costado mucho esfuerzo y sacrificio llegar hasta allí arriba, pero lo ha logrado. Una escalera parece casi infinita, pero por fin, llega al final. Una puerta de metal igual que la de abajo se presenta frente a ella, con la única diferencia de que esta es blanca. Se acerca a la puerta y ve que no tiene pomo ni nada que posibilite atravesarla. Olimpia alza su mano, posa suavemente sus dedos en la puerta como si la acariciara y esta se abre muy lentamente. Empuja la puerta para descubrir qué gran misterio la atañe. Se queda frente a ella por unos instantes; una oscuridad eterna la acompaña, ni techo ni suelo parecen divisarse a través de la puerta. Con una inyección de valentía, lenta y cautelosamente posa su pie en el otro lado de la puerta. Un suelo invisible parece construirse bajo ella y decide pasar el otro pie posicionándolo paralelamente al otro. Da otro paso arrastrando el pie por miedo a que se desvanezca el suelo, imperceptible a primera vista. De pronto, un fuerte sonido se escucha, la puerta se ha cerrado de golpe. Una luz sin saber su procedencia, comienza a descubrir toda la sala. Esas paredes... Ya las había visto antes. Baldosas blancas y... sí, ya se acuerda, son las mismas baldosas que había en aquel pasillo interminable nada más bajarse del ascensor. Olimpia recuerda que al final del pasillo había una sala muy parecida como en la que se encuentra ahora. Da varios pasos y un atril aparece frente a ella. Poco a poco se va acercando a ese misterioso atril que parece que nada contiene. Según se va arrimando cada vez más, va viendo como hay un libro muy extraño sobre él. Se para frente al atril, no entiende exactamente qué está viendo... Sí, exactamente es un libro, pero no parece un libro. Es de cristal y en el lomo se puede leer tallado «Panóptico». Olimpia intenta abrir el libro, pero es imposible, está hecho en una sola pieza. ¿Será ese el libro al que se refería Demos? Se queda pensativa, siente como si todo ese esfuerzo hubiera sido para nada. Frustrada, echa la cabeza para atrás con los ojos cerrados, los abre y ve aquel asiento... Ese trono en el que antes ya se había sentado, sin embargo, estaba del revés, boca abajo, como si fuera de otra dimensión. «¿Qué hace aquella silla en el techo?», se pregunta Olimpia. Toda esa situación le parecía un enorme misterio. ¿Qué tendrá que ver ese libro y el trono? ¿Qué es este libro? ¿Tanta batalla y drama por un recuerdo de cristal? Olimpia deja de divagar entre sus

pensamientos y se decide a actuar. No sabe muy bien qué hace ni por qué lo hace, pero muy cuidadosamente estira sus brazos y con sus manos, una a cada lado del libro lo agarra fuerte, pero con delicadeza. Con sumo cuidado, lo levanta del atril temerosa, esperando alguna trampa como en aquellas películas de Indiana Jones. No pasa nada... absolutamente nada. Parece como si ese libro no fuera una pieza tan fundamental del sistema. Parece frágil, pero a la vez, fuerte y resistente, quizás por eso no lo tienen tan custodiado como aquel trono. No les parecerá tan importante de cuidar. Quizás es que no temen a que nadie lo robe o que están muy seguros de que su contenido es fuerte y fiable. Y ahí va Olimpia, abrazando al libro. Se gira para volver tras sus pasos y al acercarse a la puerta blanca, se encuentra con Hermes.

—¡Hermes! ¿Qué haces aquí?, ¿cómo has entrado?

—Me colé antes de que Frouirá cierre la puerta... Al final lo has encontrado, sí que vas a ser la elegida después de todo, pero no puedo dejar que te lo lleves. Es la única forma que tengo de volver aquí, a ser quien era. Tengo que recuperar la confianza de Adicia.

—Demos y Frouirá estaban en lo cierto, no tramabas nada bueno. A ti tu familia no te importa nada, solo te importas tú mismo.

—Dame el libro, Olimpia.

—No puedo. Tengo que ayudar a todos.

—Están condenados, Adicia es muy fuerte, no podrán con ella.

—Vaya, vaya, vaya, la hija pródiga ha vuelto. ¿Y quién te acompaña? La escoria roja y peluda. —Adicia se ha percatado de la presencia de ambos y se mueve alrededor de ellos como si fuera parte de las paredes.

—Adicia, he vuelto para pedirte por favor que me des otra oportunidad. Mira, te he traído a la chica.

—¿Que me la has traído? ¡Sucio mentiroso! La has seguido hasta aquí porque no tienes agallas para hacer nada por ti mismo. Por eso mismo te desterré, porque no eres nada y no vales nada. ¿Acaso crees que no sé todo lo que pasa en mis dominios? Sé que te fuiste con el bicho ese de los cuernos y le prometiste que lucharías contra mí.

—Pero le mentí.

—Así que eres un traidor. Yo no quiero ni mentirosos ni traidores a mi lado, al final me llevarán al agujero de donde salieron. Tenía que haberme deshecho de ti en vez de dejarte vivo; tenía que haberte hecho lo mismo que les hice a tu familia... a ambas.

—¿Qué dices? ¿Qué has hecho?

—Estaban por ahí reproduciéndose como... «ratas».

—No.

Hermes se da cuenta de que Adicia ha matado a toda su familia de ratas y, derrotado, cae de rodillas al suelo. Las lágrimas le brotan de los ojos.

—Oh, por favor, ¿estás llorando? Pero si tú no tienes sentimientos. Eres la criatura más sucia, rastrera, mentirosa y falsa que existe.

—Por lo menos no soy cruel.

—¿Qué has dicho? Mírate... Estás aquí porque ibas a traicionar a todos los que un día te quisieron, eso es de ser muy cruel y... falso.

—Dijiste que habías cambiado —se pronuncia Olimpia, después de presenciar la verdadera maldad de Adicia.

—Vaya, niña, se me había olvidado que estabas ahí ¿De verdad creíste que había cambiado? Los seres como él nunca cambian. Son poseedores de la mayor ambición que uno puede tener. Por cierto, hablando de posesión, me parece que tienes algo ahí que me pertenece. ¡Dámelo!

Adicia sale de la pared y se abalanza sobre Olimpia. Esos ojos amarillos se acercan a toda prisa hacia Olimpia. Hermes agarra de los tobillos a Adicia y esta tropieza.

—¡Hermes! —grita Olimpia por la valentía que está demostrando.

—¡Corre y no te detengas! ¡CORRE!

Olimpia sale corriendo por la puerta blanca sin mirar atrás. Sigue el mismo recorrido que había hecho antes. Las salas de los verdes, la sala de los rojos, sigue bajando por la escalera y la sala de los azules aparece nuevamente, nadie parece inmutarse, como si no pudieran ver más allá de su trabajo. Peldaño a peldaño, se reduce la distancia entre el principio y ella. Nada ni nadie la detiene. Los negros vuelven a verse, cada vez más sucios y llenos de basura según sigue bajando. Ya por fin, llega al final. Aquellos personajes vestidos de gris siguen barriendo la primera planta sin dar abasto de la cantidad de residuos que hay. Olimpia se hace hueco como puede, nadando a través de la basura. Se da cuenta de que los grises sí que la miran y ven que lleva el libro de cristal. Adicia baja a toda prisa por la escalera, reptando por el palo central que sujeta la escalera. Los grises le hacen paso a Olimpia quitándole la basura del medio, mientras, otros le tiran basura a Adicia para ralentizarla. Llega a la puerta y sale al exterior. Una agradable brisa le acaricia la espalda como si la estuviera animando. Sin detenerse, sigue el mismo camino que una vez emprendió. El jardín con aquel césped tan bien cuidado, el barrio con las casas infinitas y por fin, los muros, sin embargo, la puerta por la que entró no está, parece como si la hubieran borrado. Adicia sale del edificio y la sigue a toda prisa; está muy enfadada. Olimpia va tocando la pared hasta que la textura del muro cambia, esta vez es fría como de metal, instintivamente decide empujarla y voila, la puerta se abre. Qué alegría, aquel callejón donde se despidió de Demos y Frouirá. Olimpia, contenta por haber llegado sana y salva, cruza la puerta y la cierra para que Adicia no pueda salir.

—¡Chicos, ya estoy aquí!

Ni un alma, ni siquiera aquellos seres sacados de sus peores pesadillas. Recuerda que Demos y Frouirá le dijeron que le esperaría allí. ¿Qué habrá pasado? Decide buscarlos por alguna calle paralela, pero nada, no hay nadie, ni rastro de ser viviente. Recuerda vagamente el camino de vuelta, sin embargo, sabe con seguridad que podrá volver. Decide emprender el mismo viaje, pero a la inversa. Las mismas calles, las mismas puertas con esas ventanas llenas de macetas secas y plantas muertas. Pronto va viendo esas almas perdidas siendo parte del mobiliario urbano. La muchedumbre se acumula por las calles y el murmullo se hace cada vez más ensordecedor. Decide esconderse el libro debajo de la armadura, pues no se puede decir que sea un libro muy discreto. La ciudad se presenta frente a ella con los mismos comercios. Llega a «El Jardín», se acerca a la puerta y un cartel de cerrado cuelga sobre ella. Le parece muy extraño, sin embargo, no se detiene mucho tiempo y decide emprender el camino hacia la casa de Demos. Sin demorar ni un segundo, se acerca a la puerta y la golpea exactamente tres veces. Una vocecilla se acerca diciendo:

—¡Voy!

La puerta se abre y Demos está al otro lado. Se queda ojiplático por la presencia de Olimpia. Mira a Olimpia de arriba abajo. No cabe en su asombro, está pálido. Del fondo de la casa sale una voz de ultratumba.

—¿Quién es?

Demos vuelve en sí y mira a los lados, coge a Olimpia del brazo y la arrastra hacia adentro de la casa. La arrastra por el pasillo hasta la cocina americana. Frouirá está sentado en la mesa y del asombro de ver a Olimpia se levanta y se da un golpe con el techo.

—¡Olimpia!

Demos está temblando, no se sabe si del miedo o de la emoción de volver a ver a Olimpia; quizás sea de la adrenalina que está segregando. Frouará está impactado por la llegada de Olimpia.

—¿Y el libro? —le pregunta Demos tartamudeando y excitado por el momento.

Olimpia saca de debajo de la armadura el libro. Demos se queda mirando fijamente el libro como si tuviera frente a él, el mayor tesoro jamás encontrado.

—Cuéntamelo todo, Olimpia. ¿Qué ha pasado?

—Al principio parecía todo muy tranquilo y fue sencillo llegar a la torre —responde Olimpia con total tranquilidad.

—¿Cómo que tranquilo y sencillo? —pregunta Frouará con cierto temor a lo que haya podido vivir Olimpia.

—Sí, o sea, básicamente entré, llegué a un barrio lleno de casas y de las casas salieron personas como yo, las seguí hasta la torre que me dijiste, subí y me encontré el libro. Después todo se complicó un poco más. —Olimpia guarda un breve silencio pues no sabe si mencionar lo que ocurrió a posteriori—. Luego... apareció Hermes y Adicia.

—¿¿Hermes?! —reacciona Frouará con intriga y enfado.

—Nos iba a vender. Quería detenerme para así volver a tener la confianza de Adicia.

—¿Esta rata! —exclama Demos lleno de odio hacia Hermes.

Olimpia le cuenta la historia con todo lujo de detalles, incluido lo que hicieron los grises por ella y cómo consiguió escapar gracias a Hermes.

—Así que Adicia estará muy enfadada. Tenemos que ponernos manos a la obra.

Y así termina de contar la aventura que vivió dentro de los muros.

—Sí, después de todo el tiempo que te hemos esperado...

Demos se queda callado y mira a Frouará sabiendo que no debería de haber dicho eso.

—Tampoco he tardado tanto. Habré estado fuera una hora como mucho —responde Olimpia. Frouará y Demos se miran con cara de preocupación, pues no saben si deben darle la información que ambos poseen.

—Olimpia, pensábamos que no volverías. Has estado perdida, no se...

—Un año —interrumpe Demos con los nervios a flor de piel.

—¿Un año! ¿¿Pero cómo es posible?! —

—Te dejamos en las puertas y te esperamos hasta que se hizo de noche. Empezó a llover y Frouará me sugirió que nos volviéramos a casa. Aguantamos todo lo que pudimos, Olimpia.

—Volvimos al día siguiente y esperamos de nuevo. Estuvimos un mes yendo todos los días, luego fue una vez a la semana, una vez al mes y dejamos de ir. Lo dimos todo por perdido. Cerramos «El Jardín» y nos escondimos porque pensábamos que te había pasado algo. Queríamos pasar el mayor tiempo posible desapercibidos.

—Pues a mí solo se me hizo un rato. Además, tampoco fue muy complicado encontrar el libro.

—A ver, enséñame ese libro —le dice Demos a Olimpia extendiendo las manos para que se lo dé.

Olimpia deshace el libro de sus brazos y se lo entrega a Demos. Demos examina el libro con cuidado, lo siente frágil, como si se fuera a romper en mil pedazos. Demos, sin decir palabra, sale de la habitación y sube las escaleras apresuradamente. Frouará y Olimpia no lo dudan y le siguen. Peldaño tras peldaño, recuerda aquellas escaleras de la torre blanca. Dos escaleras tan distintas que llevan a destinos diferentes. Llega al final de las escaleras y se encuentra con una buhardilla y en el medio, una mesa de comedor alargada. Al fondo, un par de pizarras con fotos, nombres, parece un caso de investigación de aquella serie policiaca que veía para echarse la

siesta. Montones de libros se apilan encima de cajas de cartón y el ambiente a clandestinidad se puede masticar. Una ventana tapada con plásticos oscuros atavía el resto de la sala. Demos deja el libro en la mesa, encima de papeles, revistas y notas adhesivas.

—Bueno ¿y ahora qué? —pregunta Olimpia rompiendo así la tensión perceptible en el aire.

—No lo sé —responde Demos sin dejar de mirar el libro.

—¿Cómo que no sabes?

—Es que no es tan sencillo, Olimpia —defiende Frouará a Demos—. Nosotros no sabíamos con lo que nos íbamos a encontrar allí arriba. Sabíamos lo del libro, pero ya no sabemos nada más.

—¿Qué es panóptico? —pregunta Olimpia.

—Un panóptico es una construcción que permite observar desde lo alto a todo lo que está en niveles inferiores, dicho de otra manera, te permite controlar a todo lo que está abajo.

Demos coge el libro de cristal, lo gira en varias direcciones, intenta abrirlo y nada.

—¡No puede ser! —grita Demos muy enfadado dando un golpe en la mesa.

—A ver, vamos a calmarnos y a pensar. Algo así tiene que ser una metáfora.

—¿Cómo una metáfora? —pregunta Frouará.

—Sí, está claro. Es lo típico de las pelis.

—¿De las pelis? —pregunta Demos de fondo.

—Esto no parece un libro sino una llave o algo parecido —continúa Olimpia.

—Sí, tiene sentido. Quizás le tiene que dar la luz en un sitio en concreto o algo.

—Madre mía, yo me he perdido ya —se queja Frouará.

—A ver, es muy posible que...

Olimpia se acerca al libro y lo coge con la intención de llevarlo a la ventana para que le dé la luz del sol, a Demos esto no le hace gracia y lo agarra para que no se lo lleve.

—Déjalo donde estaba, Olimpia. Tenemos que pensar un plan.

—No te preocupes, Demos, lo voy a cuidar.

—Que no, Olimpia.

Demos y Olimpia forcejean tirando cada uno hacia un lado. Frouará observa perplejo la escena sin saber qué hacer.

—Creo que deberíais calmaros los dos.

—¡VALE, COMO QUIERAS! —gritan los dos a la vez soltando ambos el libro dejando así que cayera al suelo.

El libro sufre una pequeña brecha en el centro y el suelo tiembla por un pequeño instante.

—¿Qué ha sido esto? —pregunta Frouará muy asustado por el seísmo. Demos coge el libro con cuidado.

—¡Claro, eso es! ¿No lo veis?

Olimpia está muy contenta y entusiasmada porque parece haber hallado la respuesta.

—Esto no es un libro, es el sistema propiamente dicho. Aquí está toda la sociedad y lo que hay que hacer es... romper el libro, en conclusión, romper el sistema.

—Creo que ahora estoy más perdido.

A Frouará parece que se le van a freír los sesos de tanto pensar. Olimpia le arrebató el libro de las manos a Demos y lo alza por encima de su cabeza con la intención de estamparlo contra el suelo.

—¡ESPERA! —interrumpe Demos poniéndose en medio.

—Es lo que hay que hacer.

—Lo sé, tienes razón, pero no aquí. En cuanto se haga añicos, Adicia sabrá dónde estamos.

¡Vamos!

Demos baja las escaleras a toda prisa, se acerca al armario donde tiene sus botas, su chaleco y su casco y se lo pone. Se dirigen los tres apresuradamente a la puerta, pero Demos se para en seco y se gira para dirigirse a Olimpia.

—Protégelo con tu vida, Olimpia.

Demos abre la puerta, montones de personas corren de un lado a otro sin rumbo fijo. El cielo se está nublando y el ambiente es lúgubre. Parece que el mundo va a llegar a su fin. Demos va primero intentando hacerse paso entre las personas.

—¿A dónde vamos? —pregunta Olimpia con el libro agarrado con los dos brazos.

Demos no responde, solo sigue andando sin detenerse. Olimpia le sigue y Frouará va detrás custodiando a Olimpia y al libro. Consiguen llegar los tres sanos y salvos al principio de la ciudad, justo por donde entró Olimpia. Atraviesan el muro por la rendija secreta volviendo a Yaaru, aquel plácido bosque lleno de fauna y flora. Olimpia echa un vistazo, no hay rastro de Durga por ningún sitio.

—Vamos, no os detengáis. Todavía no hemos llegado.

Frouará y Olimpia escuchan las órdenes de Demos siguiéndole sin dudar. Demos tiene muy claro a dónde tiene que ir. Atraviesan los árboles sin saber qué destino les deparará. De pronto, una gigantesca sombra se alza sobre los cielos, tiñendo de rojo el paisaje como si el mundo entero hubiera bajado a los mismísimos infiernos. Los tres se giran temerosos y observan a lo lejos la enorme figura de Adicia, buscando el libro desesperadamente. El miedo les ha paralizado, no se pueden mover del sitio. Adicia parece que no les ha visto, al menos de momento.

—Venga, seguid —se oye una vocecilla que viene desde abajo.

Es Hermes que parece que les ha estado siguiendo todo este tiempo.

—Hermes, ¿qué haces aquí? —le pregunta Olimpia muy contenta de verle.

—Anda que la habéis liado buena. ¡Vamos!

Hermes echa a andar apresuradamente adelantando a Demos, este le sigue. Olimpia mira a Frouará que la invita a seguirles. Los cuatro siguen el camino que emprendieron. A Demos se le caen las lágrimas recordando todos los años de intentos porque llegara este día, por fin se iba a enfrentar a Adicia y a su dictadura. Todo el esfuerzo y tiempo invertido ha merecido la pena por solo ver cómo su reinado llegará a su fin. Adicia todavía no los ha divisado, pero los busca fervientemente. De las puertas rojas del muro salen las personas de dentro de la ciudad convirtiéndose en lobos negros con los ojos rojos, en cuanto pisan el verde césped de El jardín. Cientos de ellos salen a toda prisa en busca de tal preciado libro o, más bien sistema, un sistema que solo beneficia a unos pocos y a otros los encierra y los separa en ciudades jerarquizadas donde los privilegios no se ganan, se consiguen vendiendo tu alma o a tu propio hermano si es necesario. Objetivo: sobrevivir, pero a algunos no les basta con sobrevivir, quieren hacerse ricos, llenarse los bolsillos de dinero para alimentar el ego para sentirse importantes a costa de los demás.

En Yaaru hay tres ciudades totalmente diferenciadas: El Jardín, la ciudad y Panóptico. Por un lado, está El Jardín, ese apacible paraje verdoso donde las criaturas viven en paz y armonía. Una completa anarquía donde su existencia se limita al puro paso del tiempo; comen, duermen, se reproducen y así, hasta el fin de sus días. Plantas y animales conviven en un sistema armonizado hasta el punto de ser firme y equilibrado. No es fácil su destrucción pues su jerarquía es horizontal, nadie es más que nadie, sin embargo, dependen los unos de los otros para subsistir.

La ciudad, lleno de edificios y comercios habitados por animales con aspecto humanoide.

Los edificios se alzan hasta el cielo, dejando apenas rendijas para que entre la luz del sol. Una jerarquía circular donde nadie gobierna ni hay nadie que lleve el orden, aunque si bien es cierto, hay gente más respetada que otra debido al sistema meritocrático autoimpuesto en la sociedad. A las afueras de esta, seres mutados medio humanos medio animales se amontonan en las calles. Despojos de la sociedad creados por esta, donde no pertenecen a ningún sistema ni ninguna nación pues nadie les ampara, no tienen presente y mucho menos futuro, sin embargo, sí que tuvieron pasado. ¿Quiénes son?, ¿de dónde proceden? Vienen de Panóptico, un mundo autoritario donde la jerarquización vertical hace que los superiores tengan más privilegios y menos obligaciones que los de niveles más inferiores de la sociedad. Todos viven en una urbanización de casas amarillas y cada día salen a la torre blanca para ofrecer un servicio que mantiene el sistema intacto. Seres humanos habitan esta fría ciudad, ellos se sienten superiores a cualquier especie y, a pesar de que este sistema les oprime, estarían dispuestos a matar por defenderlo. ¿Por qué? Quizás sea por miedo a perder lo poco que tienen. Al fin y al cabo, un sistema totalitarista y autoritaria hace eso, te da lo mínimo indispensable para sobrevivir para que tengas miedo de perder lo poco que tienes.

Adicia sigue en los cielos buscando el libro, los lobos corren por el jardín y la ciudad, arrasando todo por donde pasan mientras nuestro equipo sigue caminando hasta los confines del mundo. Llegan al final del bosque y suben la colina que descubre un enorme descampado, lejos de todo para evitar daños mayores. Bajan la colina lo más rápido que pueden y llegan al descampado, corren hasta el centro de este y Demos se para en seco.

—¿Qué pasa? —pregunta Olimpia jadeando por la carrera.

—Es aquí —responde Demos.

—¿Y ahora qué? —anota Frouará.

—¿Qué habéis hecho para despertar la ira de Adicia?

—Se nos cayó el libro al suelo —le responde Olimpia.

—Tú no deberías de estar aquí, rata traidora.

—No es momento para esto, Demos —le responde Hermes tratado de calmarle.

—Tiene razón —responde Frouará—. Los lobos llegarán de un momento a otro.

—Pues rápido, antes de que lleguen —dice Demos atemorizado mirando hacia atrás. Los lobos se oyen a lo lejos, tras sus pasos. No tardarán en llegar, así que Olimpia sin dudarlo alza el libro por encima de su cabeza, hace una pequeña pausa mirando a Frouará a Demos y Hermes y, con la mayor fuerza que sale de sus adentros, tira el libro contra el suelo. El libro se parte en mil pedazos esparcidos por el verde césped, quedando imposible cualquier tipo de reconstrucción de ese preciado libro. Acto seguido, la tierra comienza a temblar haciendo que se descubra la situación del cuarteto. Los lobos se detienen por el temblor y la atención de Adicia recae sobre el equipo de Olimpia. Los lobos retoman la carrera con la potencia máxima que le dan sus cuerpos, Adicia les sigue por los cielos. Demos mira a Frouará con cara de resignación, ya siente el destino que les espera así que decide darle la mano.

—Has sido un gran amigo. Frouará.

Las lágrimas no se sostienen más en los ojos de Demos y se le caen por las mejillas. Frouará le da un abrazo para consolarle. Frouará y Demos vuelven a darse las manos mientras oyen los lobos al otro lado de la colina. Hermes mira la unión de esos buenos amigos con tristeza, pues, en parte, él es el culpable del poder de Adicia. Olimpia los mira, sin embargo, no se rinde tan fácilmente. Mira a su espada y la desenfunda dejando a la luz un precioso acero. En el viento retumba el chirrido de la hoja siendo desenvainada. Los lobos llegan a la colina, se los ve correr hacia ellos. Olimpia se pone en guardia: la espada en una mano, el escudo en otra y se dispone a

librar la batalla más épica librada hasta la fecha, capaz de luchar hasta la muerte. Los lobos se acercan cada vez más y Adicia ve el espectáculo desde los cielos. Están a unos escasos metros, Olimpia pone el escudo entre los lobos y ella, saltan para dar la última estocada y, de pronto, algo golpea al primero de ellos empujándolo y, evitando así, que golpee a Olimpia y al resto del equipo. Es Polemistís, quien le acompaña el resto de hoplitas luchando contra los lobos. Hermes se acerca a Polemistís.

—Polemistís, tío, justo a tiempo. Pensé que ya no vendrías.

—Un guerrero no llega tarde, llega justo a tiempo.

Polemistís se mete en la batalla luchando fervientemente contra los enemigos. Adicia está muy furiosa y se acerca hacia ellos. Olimpia empieza la batalla blandiendo su espada y su escudo. Frouará y Demos se miran con decisión y juntos luchan contra los lobos, Frouará pega un bastonazo a uno, mientras tira con fuerza a Demos contra otro. Demos sale volando por la fuerza de Frouará, estira la pierna en el aire y le pega una patada al lobo dejándolo inconsciente. Adicia se acerca hacia Olimpia con furia; sus ojos inyectados en sangre se fijan sobre ella. Pone su escudo en guardia y se prepara para asestar un golpe con la espada. Instantes antes de que Adicia se acerque a Olimpia, un majestuoso dragón sale de la tierra poniéndose entre las dos y evitando así, una tragedia.

—¿Durga? —se pregunta Olimpia.

Demos la oye y se queda atónito por ver personalmente a Durga. La batalla se para en un instante tras el asombro de los participantes debido a la magnitud de la criatura. El dragón y Adicia luchan ferozmente arrasando todo a su paso. Un lobo se abalanza sobre Olimpia y Frouará interviene con su bastón.

—Olimpia, no te despistes. Esto no acaba más que empezar.

Olimpia asiente con la cabeza y vuelve a la batalla. Demos se queda ensimismado mirando la épica batalla entre Durga y Adicia.

—¿Así que esa es Durga? —se pregunta Demos asombrado por tal majestuosa criatura.

Está ajeno a todo lo que pasa a su alrededor; la guerra ha quedado en segundo plano. No puede creer que aquella aparición de cuando era pequeño al fin podía confirmar que era cierta y no producto de su imaginación, como muchos hablaban.

Demos era muy pequeño cuando llegó al bosque. Nadie llega al bosque si no es por necesidad, necesidad de vivir, de sentirse parte de un lugar. Demos iba caminando por la orilla del río sin saber muy bien cuál era su destino, quedó huérfano muy pronto y desconocía, así, dónde iba a llegar en un futuro. Tuvo que librar mil batallas solo, desde buscar comida hasta refugio y, de pronto, apareció Durga en una apariencia de rata dumbo de color gris, con las orejas y la nariz sonrosadas, y una cola el doble de larga que el tamaño de su cuerpecito. Le guio en su camino para crecer, le habló de Adicia y de cómo había llegado al poder, le comentó todo lo que hizo y a lo que pretendía llegar. Así fue como nació la batalla de Demos contra Adicia y la rana luchadora que todo el mundo conoce. Un día, de buena mañana, Durga desapareció sin dejar rastro, pero no sin antes dejar a Demos cerca de donde tenía que empezar su vida. Encontró cerca de él una nota que decía: «Solo tienes que seguir viviendo». Demos llegó a los muros y los atravesó, adentrándose en la ciudad para hacerse allí una vida. Conoció a Frouará, quien se convirtió en un buen amigo suyo y juntos pasaron buenos momentos, como la apertura de «El Jardín». Pasó mucho tiempo construyendo un plan para acabar con el reinado de Adicia, sin embargo, esos planes se aplazaron pues Demos había encontrado por fin un lugar donde era feliz y querido. Demos no olvidó nunca su lucha, pero la vida para él, en muchas ocasiones, tenía prioridad. Le dio tiempo a enamorarse y decepcionarse del amor, a reír, a la amistad. Si su alma

pudiese salir y contar todo lo que vieron sus ojos, sin duda podría decir que todo lo vivido mereció la pena hasta haber llegado a este momento.

Demos sigue mirando la gran batalla entre Adicia y Durga, a su alrededor, los lobos luchan con sus amigos; Frouará asesta con su bastón, Olimpia con su espada y Polemistís embiste a todo lo que se mueve. Su expresión cambia de asombro a tranquilidad, una tranquilidad que tardó en llegar y que al fin pudo ver cómo todo el esfuerzo y sacrificios merecieron la pena. Es en este momento donde Demos se da cuenta del verdadero significado de lo que le dijo Durga: «Solo tienes que seguir viviendo». Esa era la cuestión, vivir... Enamorarse, las risas y las fiestas con Frouará en el jardín... Fue feliz, tuvo una vida feliz y está agradecido por esta hermosa oportunidad que se le brindó. ¿Qué hubiera sido de él sin la aparición de Durga? Quizás todo esto no hubiera pasado y se habría tirado toda su vida vagando sin rumbo hasta perecer. La vida al fin y al cabo está para eso, vivirla. Demos sigue ensimismado en sus pensamientos y ajeno a la batalla, de pronto un lobo se abalanza contra él y lo arroja. Frouará y Olimpia ven la tragedia desde lejos y corren para socorrerle. Frouará le coge suavemente la cabeza mientras Olimpia le taponaba la herida que tiene en el costado. Polemistís y demás miembros del equipo defienden la zona para que ningún lobo se acerque. Demos está medio consciente y se da cuenta de la presencia de sus amigos. Coge de la mano a Frouará y con la voz entrecortada tratando de no agotar sus últimas fuerzas dice:

—Has sido un gran amigo, Frouará.

Frouará no puede contener la emoción y se le caen las lágrimas por las mejillas.

—No hagas eso, Demos.

—¿El qué?

—Despedirte.

—No me despido porque no me voy a ningún lado. Todo lo que yo he sido vivirá en el nuevo mundo y en ti. No te pares nunca, solo... tienes que seguir viendo.

—Demos, te pondrás bien, ya verás —dice Olimpia mientras le sigue presionando la herida.

—No hace falta ser médico para saber que de esta no salgo. Gracias por darme este momento, Olimpia. Gracias por dejar que vea el inicio de un cambio.

—Esto no hubiera podido ser sin ti, viejo amigo.

—Ni sin ti. Ya sabes que no me voy, mi recuerdo perdurará siempre en el viento.

Demos ya no puede resistir más y echa su último aliento, dejándose las fuerzas en esas últimas palabras que ni Frouará ni Olimpia olvidarán jamás. Apenas tienen fuerzas para seguir la lucha, pero los lobos les recuerdan que de aquí solo puede salir un vencedor. Un lobo se acerca y Olimpia protege el cuerpo de Demos ya inerte. La rabia se apodera de ella y lucha como nunca lo ha hecho. Frouará sigue en el suelo, no quiere dejar marchar a su amigo. A lo lejos, por encima de la colina, una multitud de personas corren para unirse a la batalla. Esta vez no son guerreros, es el pueblo: padres, madres, hijos, hermanos, todos unidos luchando contra un mismo enemigo. Llegan a la batalla y se defienden con lo que pueden: piedras, palos, cuchillos de cocina, todo vale para refrenar a los lobos. Olimpia se queda atónita por la valentía que muestran esos aldeanos.

—¡Olimpia, vete! —grita Frouará—. ¡Acaba con esto de una vez!

Polemistís le hace un gesto para que se suba a su lomo y Olimpia de una carrera se monta sobre él. Olimpia está impresionada a lomos de Polemistís, es toda una guerrera que ha superado sus miedos y lucha con valor. Mientras cabalgan hacia Durga y Adicia, sigue asestando con su espada para quitarse a lobos del medio. Se suben por la cola de Durga y escalan por su cuerpo, cabalgan con fuerza con el objetivo de acabar con esto. Los lobos han visto su jugada y los

siguen con rapidez, pero poco les importa a Olimpia y Polemistís, pues saben que esto se terminará aquí. Apenas llegan a la espalda de Durga y les empieza a costar trepar por ella. Se van apoyando en las escamas, pero la escalada ya se va haciendo imposible. Polemistís da un paso en falso y se caen los dos al vacío. Adicia y Durga se van haciendo cada vez más pequeños. La única oportunidad que tenían de acabar con Adicia se esfuma ante sus ojos. Sin embargo, las oportunidades a veces nacen del esfuerzo y el trabajo duro. Una mano verde con unas garras enormes se posa debajo de Olimpia y Polemistís sembrando esperanza en ellos dos. Polemistís se pone en pie.

—¡Rápido, Olimpia, súbete!

Olimpia hace caso de la orden de Polemistís y se sube a lomos, prepara su espada para asestar el último golpe. La mano se sube cada vez más y más, y cuando está en lo más alto, los lanza por los aires. Por tener una mano ocupada, Durga recibe un fuerte golpe en las costillas haciendo que pierda su propia batalla. Sin embargo, Adicia no ha visto a Olimpia a lomos de Polemistís que, volando por los aires, se acercan cada vez más y más a ella. Olimpia se pone de pie encima de Polemistís, pega un salto para atizar el último golpe con la espada, que sostiene por encima de su cabeza. Adicia la ve, pero ya es tarde, solo puede sentir su final.

Olimpia mira a Adicia, pero es otra, unos ojos verdes manzana con un eyeliner negro perfectamente hecho se marcan sobre los suyos marrones, estos no tan perfectos. Más de una decena de personas se reúnen en una sala de una oficina remota. Una mesa alargada preside la habitación y varias sillas la acompañan. Demás mobiliario y material de oficina se reparte por la sala. Adicia ya no es un ser monstruoso, bueno, según se mire. Su nombre ha tornado a uno más común: Alicia. Alicia es la jefa de planta de treinta y muchos, pelo negro y largo atado a una coleta alta, lleva un uniforme de chaqueta y falda a juego, y unos tacones que dan vértigo; aunque ella sepa ir subida a ellos sin inmutarse. Cada uno de los participantes de la reunión está sentado en una silla, en silencio por las palabras agudas que ha soltado Olimpia. Alicia se queda muda pues el discurso de Olimpia le ha cortado la garganta y le ha dejado sin palabras. Coge los papeles de la mesa, los mete en un maletín de mano, se levanta de la mesa y sale de la reunión. Todos miran el recorrido de Alicia atemorizados por la represalia que les caerán. Al fin y al cabo, si ella cae, todo y todos caen con ella. De pronto, Pablo, un compañero de Olimpia, comienza a aplaudir. El resto le siguen pues Olimpia ha hecho lo que nadie se ha atrevido, enfrentarse a Alicia, pero ya no solo es eso, también la ha derrotado y por fin la tranquilidad se restaurará en la oficina. Olimpia se levanta de la mesa agradecida por la ovación de sus compañeros. Sale de la sala de reuniones y se encuentra con una oficina llena de mesas con ordenadores y un montón de compañeros de trabajo que, a su paso, se quedan mirando. No se puede saber con exactitud lo que piensa cada uno de ellos, pero por su expresión puedes ver un «gracias» escrito en sus ojos. Sigue caminando sin mirar atrás y llega a una puerta entreabierta con un cartel anclado a ella que dice «armario de mantenimiento». Dentro está Diego, el jefe de mantenimiento que está recogiendo sus cosas de la taquilla.

—Diego, siento que te hayan despedido.

Diego se da cuenta de la presencia de Olimpia y se gira a verla. Diego es un señor de unos cincuenta años, apenas llega al metro cincuenta y cinco. Viste unas botas de trabajo y un mono cuyo color original ha sido absorbido por la suciedad acumulada de meses o quizás años. Es uno de los empleados más antiguos de la empresa y se ha dedicado siempre a las tareas de mantenimiento. Lleva en guerra con Alicia desde que ella entró para dinamitar los derechos laborales a los trabajadores. Se puso en huelga, cosa que Olimpia y otros compañeros siempre han apoyado, pero poco puede hacer. Al fin y al cabo, él es el de mantenimiento. Olimpia ha

conseguido que Alicia sea despedida, pero no ha podido evitar que se llevara a Diego por delante.

—No te preocupes, Olimpia. Demasiado he durado aquí. Tenía que haberme ido antes. Gracias por haberme ayudado, esto sin ti no hubiera sido posible.

—No me las des. Ojalá hubiera más gente como tú.

Olimpia se despide por última vez de Diego con la mano y se dirige a su mesa. Se dispone a recoger sus cosas pues es otra afectada por la ira de Alicia y ha sido despedida de su trabajo.

—Vaya batalla, ¿no? —irrumpe Pablo, su fiel compañero. Un chico joven muy trabajador que siempre ha estado al lado de ella desde que entró.

—¿Cómo? —pregunta Olimpia, absorta en sus pensamientos unidos a la rabia por la injusticia de gente malvada como Alicia.

—Sí, o sea, tanto pleito tanto pleito, al final ha servido de algo. Gracias, de verdad, aunque no será lo mismo sin ti.

—Tranquilo, que no te librarás de mí tan fácilmente. Ya me pasaré por aquí a pellizcarte esas patillas.

Olimpia estira el brazo para darle la mano, Pablo le da la mano y se ve en el antebrazo un tatuaje de un ciervo. Olimpia mete en una caja marrón sus últimos objetos personales, agarra la caja y sale por el pasillo que lleva a los ascensores. Recorriendo ese pasillo, parece como si un preso condenado a muerte estuviera caminando por la milla verde, con la diferencia de que Olimpia se dirige hacia su libertad. ¿Cómo es posible que todo tu trabajo quepa en una caja de cartón marrón? Sigues andando por el pasillo, paso a paso vas dejando atrás un camino y comienzas otro sin darte cuenta. No hay razones suficientes para quedarte ahí estancada en ese trabajo, sin embargo, no quieres marcharte. Algo te ancla, quizás sea el «trabajo seguro» o el miedo a la pobreza; espera... ya eres pobre. De pronto, el mundo se le echa encima; apenas ha empezado a mantener el piso, comer, el capricho de una pizza algún que otro domingo y su fiel compañero, que también necesita del dichoso dinero para vivir. Para ser positiva, se alegra de no haber comprado aquel coche que le hacía tanta ilusión. En el fondo ese pensamiento no la termina de consolar del todo, pero está tranquila, sabe que su tenacidad y resiliencia la sacarán de cualquier agujero. Llega al ascensor... otro maldito ascensor que sube, baja y no te lleva a ningún destino. En este caso, baja; minutos que se hacen horas dentro de esa caja metálica. Llega a la planta baja y ahí está, la puerta de entrada, aunque para ella es de salida y ya no la volverá a cruzar en la dirección opuesta. Se dirige a la puerta, pero le llama la atención un cartel sobre otra puerta «Cafetería», así que cambia de rumbo y decide echarse un último café. Entra y se dirige a la barra de la cafetería.

—¡Buenas, Fernando! —saluda Olimpia con énfasis.

Fernando, que en esos momentos se encuentra atendiendo a la máquina de café, se da la vuelta al oír su nombre. Al ver que es Olimpia, su expresión de seriedad cambia por completo y se le pinta una sonrisa de oreja a oreja, sus pequeños ojos se achinan y se quedan en dos pequeñas líneas.

—¡Olimpia, qué alegría!

Fernando es un hombre de mediana edad, orondo y alto. Lleva mucho tiempo regentando la cafetería de aquella empresa. Olimpia siempre recordará la diferencia del café de esta cafetería pensada para el público, que a la de arriba, destinada solo para los trabajadores. En la sala de descanso de los trabajadores había una máquina expendedora en la que metías monedas y por cuarenta céntimos tenías un vasito con un poco de café «aguachirri» con sabor a metal. En cambio, el café de la cafetería, servido en una taza blanca semicircular, con una nube de leche

manchada por el café que, con tan solo posar los labios sobre la cerámica, la leche algonada te mancha el labio superior regalándote un dulce mostacho, mientras un embriagador aroma te acaricia las fosas nasales. Por un momento despegas del sitio y parece que flotas por la nube de leche. Ahí es cuando entiendes el motivo por el que se mima más a un cliente que a un trabajador, para atraparlo. Sin embargo, tus principios te devuelven al inframundo del que vienes y el café se vuelve algo más amargo, no físicamente, claro, el café está riquísimo, pero pronto saborea a hiel al darse cuenta de que se le dan privilegios a unos y se les quitan a otros.

—¿Cómo va todo, Olimpia? ¿Dónde vas con esa caja?

Fernando rescata a Olimpia del submundo en el que estaba sumergida.

—¿Eh? Ah, sí, que me marchó... Bueno, más bien me invitan a que me marche.

—¿En serio, Olimpia? Y cómo has llegado a esto, dios mío. Con lo bien que estábamos todos contigo.

—Sí, pero al parecer una buena trabajadora no es suficiente, también hay que dejarse corromper.

—¡Ay, mi niña! No te preocupes que ya sabes el dicho: cuando una puerta se cierra, una ventana se abre.

—Yo considero que en este caso se abre una puerta para dejarme salir y poder entrar en otra. No se cierra nada, solo finalizan etapas y comienzan otras.

—Me encanta lo positiva que eres. Típico de sagitario.

Fernando se ríe al pensar en lo estúpido que le parece el hecho de que una personalidad pueda depender del mes y la hora en la que nazcas.

—Sí soy, Fernando. —Olimpia le sigue la broma y se ríe con él—. Bueno, Fernando, pues ha sido un placer.

Olimpia va a sacar el monedero para pagar y ve que entra por la puerta de la cafetería Pablo y Diego.

—¡Hombre, Olimpia! Todavía por aquí, qué alegría —grita Diego desde la puerta.

Pablo mira a los lados avergonzado por la voz de Diego, asegurándose de que no mira nadie. Los dos se acercan a Olimpia muy alegres, con una sonrisa en la cara.

—Qué pasa, que ahora no te quieres ir ¿o qué? —le pregunta Pablo con desparpajo.

Olimpia le mira con cara de circunstancia, pero sabiendo que, en el fondo, tiene razón. Se quedan los tres tomando un café en la cafetería, riendo y contando anécdotas alegres de la oficina.

Está atardeciendo, y las anécdotas y el café se esfumaron casi tan rápido como la luz del sol. Olimpia se despide de los compañeros o, más bien, excompañeros de trabajo. Sale por la puerta de la cafetería hacia el *hall* y se encuentra con el vigilante de seguridad que está tras el mostrador de la entrada. Se despide con un saludo como todos los días, a lo que el vigilante, muy amable, responde como de costumbre:

—Que descanses, Olimpia. Hasta mañana.

Olimpia le mira como miras a la inocencia de un niño y, para no dar explicaciones, responde con la misma efusividad:

—Hasta mañana, Gregorio.

Gregorio es un señor mayor de unos 70 años aproximadamente, delgado y corto de altura; más que por ser bajito, es por su encorvada columna que le resta centímetros. Apasionado por su trabajo, ha elegido no jubilarse y seguir trabajando. Quedó viudo muy pronto y se aferró al trabajo como un alcohólico a una botella de whiskey o un drogadicto a la heroína.

Continuando con su camino, Olimpia sale del edificio y los rascacielos crecen a su alrededor,

el asfalto brota del suelo y el agua emana de las fuentes realizadas por el ayuntamiento y las empresas de obras públicas. El sol se arropa con los edificios más altos, el cielo se torna a un color anaranjado con matices morados. El aire fresco acaricia suavemente la cara de Olimpia y se cuela indiscretamente por su abrigo hasta los huesos, anunciando la llegada de un invierno próximo. Se topa con una anciana indigente que, por ir mirando la preciosa puesta de sol, se choca involuntariamente con ella. Asustada por el golpe, al darse cuenta de la anciana, pide disculpas con reiteración.

—Perdóneme, señora, no la he visto.

La amable anciana disipa cualquier resentimiento hacia Olimpia y muy amablemente le responde:

—No te preocupes, niña, yo tampoco te he visto.

A Olimpia esa voz le era muy familiar. Efectivamente se trataba de una señora que anda mucho por la zona pidiendo alguna limosna para llevarse algo a la boca ese día, muchas de las veces, sin éxito alguno. Olimpia recuerda que en varias ocasiones le ha echado algunas monedas en un vaso de cartón.

—Anda, pero si es usted... Dolores ¿verdad? —le pregunta Olimpia.

—Así es —afirma la anciana.

Olimpia quiere llegar cuanto antes a casa por lo que se despide de la anciana:

—Un placer verla. Que le vaya bien. —Y se dispone a continuar su camino.

—Y, dime, ¿ya has encontrado tu camino? —le pregunta Dolores con la intención de iniciar conversación con Olimpia.

—¿Cómo dice?

—Aún me acuerdo de cuando llegaste aquí. Me dijiste que andabas perdida y que estabas buscando tu camino.

—Pues parece que sigo perdida, tendré que seguir buscando.

—¿Tú crees? Los caminos no son senderos en línea recta, ni hay uno solo para llegar a la meta.

—Hombre, sí saco algo positivo de esto, por lo menos me he librado de un trabajo tedioso.

—Ay, Olimpia, no vas a aprender nunca —le responde con tono de resignación.

Una discusión arbitraria interrumpe la conversación de Dolores y Olimpia. Ambas se giran a ver el espectáculo y se trata de Gregorio, el guardia de seguridad del edificio, echando a un chico joven.

—Nos topamos con él al poco de que llegaras, ¿recuerdas? —Olimpia se queda mirando al joven que le resulta conocido.

—Sí... Creo recordarle.

—Este es otro cabezota que se empeña en un camino y no sabe que el camino lo hacen los pies. —Dolores se agarra del brazo a Olimpia. Nada más posar el brazo sobre ella, Olimpia se gira del susto y mirándole a los ojos le dice—: Sigue caminando, Olimpia.

Olimpia mira los preciosos ojos azules de Dolores. Parecen iluminados como en aquellas películas viejas donde resaltaban los ojos de la actriz. El tintineo proveniente de la mano de Dolores le llama la atención y baja la mirada hasta ésta, dándose cuenta de la cantidad de pulseras con abalorios que cuelgan de su muñeca. Se fija en una muy particular que está compuesta por perlas de obsidiana y cuelga de ella una tortuga de jade. Se quedan en silencio, como si no hicieran falta las palabras para decirlo todo. De pronto ese silencio se corrompe por el joven que ha sido expulsado del edificio donde trabajaba Olimpia.

—Hombre, Lola, cuánto tiempo —irrumpe el chico con retintín.

—Héctor, ya te estaba echando de menos —responde Dolores con el mismo desparpajo que él.

Héctor es un joven de veintipocos cuyo objetivo es dedicarse a recuperar el empleo que perdió en aquellas oficinas. Es pelirrojo, enjuto de rostro cuya cara está protagonizada por una nariz huesuda y aguileña y, haciéndole juego, un torso sustentado por dos finas piernas terminadas en dos pies que no acompañan al tamaño de su cuerpo.

—¿No ha habido suerte? —pregunta Dolores, con la intención de hurgar más en la herida.

—¿Es que no te mueres nunca, vieja? —responde Héctor groseramente.

Dolores no se lo toma a mal pues entiende la frustración del chico, además, sabe que, en el fondo, no lo dice en serio.

—¿Y tú a dónde vas con esa caja? —se dirige frívolamente a Olimpia.

—Ya no trabajo aquí —le responde.

—Vaya, unos queriendo trabajar y otros tan alegres de que ya no tengan trabajo. Ahora a cobrar el paro, imagino.

—Lo cierto es que seguiré el consejo de una gran sabia: seguiré caminando. —Olimpia se despide de ambos y sigue andando con una sonrisa en dirección a su siguiente aventura. Quién sabe a dónde la llevará.

Una puerta de madera maciza separa el exterior del interior y, tras ella, está Olimpia. Se oyen unas llaves introducirse por la cerradura, seguido de una persiana de estridentes sonidos de los cerrojos abriéndose. Rasgan el silencio de lo que ella llama hogar. A ese sonido le acompaña el feliz castaño de las patitas de su amado compañero de cuatro patas. Cualquier oscuro, gélido o amargo día queda destruido por esa sonrisa presidida por una lengua larga y rosácea. La peluda colita se agita de lado a lado anunciando la alegría de que, por fin, has llegado a casa. Olimpia mira a su corgi con ternura, alegre de que esté en su vida. Le observa irse hasta el final del pasillo y no puede evitar fijarse en el pomposo trasero de su compañero. Camina hasta el salón y en la mesa alta de comedor deja la caja de cartón. El perro se va a la cocina y le hace señas de que ya es la hora de cenar, sin embargo, Olimpia tiene otros planes. Se quita los zapatos dejándolos por el salón sin ninguna preocupación y se tira al sofá, como si no lo hubiera visto en décadas. Se queda boca arriba mirando una grieta del techo, sin pensar en nada, solo mira y deja el tiempo pasar. «Tic-tac, tic-tac» suena incansablemente el reloj que tiene en el mueble que está encima de la televisión. Ese caro y estridente cachivache que nunca usa debido a que odia los canales de televisión convencionales, y a que ya se ha pasado al cien por cien todas las plataformas de *streaming*. Poco a poco se va haciendo uno con el sofá. En tan solo unos segundos, parece como si la absorbiera hacia adentro, pero eso a ella le da igual. La cabeza le da mil vueltas; piensa en todo y en nada al mismo tiempo. Cientos de intrusos pensamientos ocupan ahora su cabeza. Cierra los ojos, intenta dejar la mente en blanco, pero esa misión está totalmente perdida. Siente que se sale por un momento de sí misma y una parte de ella se exterioriza... se divide. Abre los ojos y un ente oscuro se sobrepone sobre ella; le es familiar pero no termina de reconocer su aspecto. Ella permanece inmóvil en el sofá, no puede gesticular ni un solo músculo, ni siquiera pestañear. Unos ojos rojos parecen apoderarse de todo su ser y una sonrisa siniestra parece querer alimentarse de ella. Abacio solo la observa haciéndose dueño de su cuerpo y de su mente. De pronto, esa boca llena de afilados dientes se abre y se pronuncia con una voz de ultratumba: «Ya vine, ya llegué. Nací y me quedé».

Capítulo 2: La dualidad de la mujer

La propiedad, efímera y ajena al poseedor, subsiste en un mismo espacio que aquel que ansía poseer. La lucha encarnizada por obtener más, más y cada vez más, a muchos, les cuesta la vida, perdiendo incluso la poca humanidad que les queda y convirtiéndose así en el objeto a poseer. Insólita carrera sin meta a la que muchos aspiran, sin vencedores solo vencidos, ya que tanto el que llega al objetivo como el que no, acaba siendo esclavo de lo material y lo banal.

De nuevo, suena la alarma. Esa odiosa musiquita con un tono alegre te saca del plácido sueño en el que te encuentras consiguiendo que odies hasta el último ser del planeta, y amargándote hasta la propia existencia. La luz atraca en tus ojos, invade la desnudez de tu cuerpo y acaricia tu piel; sientes el calor peinando cada pelo desde la raíz hasta la punta. Agradeces cada centímetro de ese pacífico sol de invierno. De pronto, algo en tu mente se activa de golpe. Te levantas de un salto de la cama, miras el reloj del teléfono: «Mierda, llego tarde». Todo en ti se agita, se altera, se estremece; pantalones, camisa, zapatos, prisas, carreras... Llega la pausa... La calma y el alivio entra en ti como una bocanada de aire fresco. Por un instante, se te había olvidado que la pesadilla de ir al «quita vidas» se había acabado. Y allí te hayas, de pie frente a la ventana, en bragas con la camiseta del pijama puesta, un pantalón en una mano, una camisa en la otra, los zapatos a medio desabrochar. Es en ese momento cuando te das cuenta de que la estupidez humana no tiene fin. Bueno... en este caso, tu propia estupidez. La ropa se queda en la cama, ya se recogerá. Los zapatos descolocados en el suelo, ya se colocarán. De vuelta al pantalón del pijama, los calcetines suaves de aquella gigantesca tienda de Gran Vía y una rebeca que ni sabes de dónde salió, cuyo objetivo es abrigarte en las más frías mañanas.

Plantas el culo en la fría taza. Ahí añoras ser un tío para poder sacarte la chorra y mear, sin desnudar apenas un centímetro de tu cuerpo. De nuevo, el espejo... Odias ese maldito instrumento que refleja todas y cada una de tus imperfecciones, aunque hay otras ocasiones donde te desnuda y endiosa todos esos defectos creados por la sociedad. El grifo queda abierto y, de él, brota el agua con el que limpiarás la faz del recipiente en el que habitas. Agachas la cabeza, te alejas del reflejo, te secas la cara y, de nuevo, el reflejo. Te mueves en frente de él y algo se duplica: eres tú... pero no eres tú. Parece como si tú mismo salieras de ti. Un caleidoscopio de individuos, o de entes, hechos a tu imagen y semejanza. Mueves la cabeza a un lado y este lo hace contigo, levantas la mano derecha y este levanta la izquierda. Giras la cabeza hacia esa misma dirección, no hay nada ni nadie. Solo está la ducha, esa misma que mantienes desocupada desde hace ya casi una semana. Vuelves la cabeza hacia el espejo, ahí sigue. ¿Tú? ¿Él? No, es simple y llanamente un producto de tu imaginación otorgada por la maravillosa genética de la familia por parte de madre. El ente se separa de ti, sale por la puerta del baño y se dirige hacia el salón. En tu infinita estupidez, decides seguirle haciendo el mismo recorrido. Llegas al salón, allí no hay nadie, solo tu maravilloso corgi echándose un sueñecito en la alfombra de sol que entra por la ventana. Se despierta del plácido sueño y aquí vienen los estiramientos como si de una clase de yoga se tratase: primero agacha la espalda dejando el

culete en pompa, seguido de una pata y luego la otra. Tras este ritual que realiza varias veces al día, te recibe con la colita de lado a lado y la sonrisa más bonita que hayas visto. A cambio, solo pide una caricia detrás de la oreja. Te hace olvidar cualquier mal que te suceda, incluso hasta lo que acabas de ver en el reflejo del baño. Tu compañero, que ya es parte de tu familia, se dirige a la cocina; toca iniciar el día. Él ya sabe dónde está su desayuno, solo espera paciente a que le pongas la cantidad adecuada de ese alimento de dudosa calidad. Te toca: una taza de café bien cargadito, cucharada y media de azúcar y leche desnatada. A tus inseguridades y miedos se añade el odio a como tu propio cuerpo parece querer autodestruirse con cualquier producto mínimamente procesado. Te acuerdas instantáneamente del café de la cafetería, ese café envuelto en un equilibrio perfecto entre leche y cafeína. El aroma y el sabor te transportaba a una cálida noche de invierno frente a una chimenea, en una cabaña lejos de cualquier resquicio de humanidad. Fuera está nevando, es un día gris cuya ventisca difumina el horizonte. Dentro se pueden sentir los cariñitos del ambiente. El café lo acompaña con unas magdalenas recién horneadas que saben a beso de buenas noches. Ya de vuelta a la realidad, sofá, manta y un libro, el cual tenías abandonado desde hace ya semanas. Apenas recuerdas lo que habías leído, te da igual, te sumerges en las páginas que poco a poco te irán haciendo memoria de la historia transcurrida hasta la fecha. Tu compi de cuatro patas se sube de un salto al sofá, el cual un día juraste que estaría prohibido que se subiera, mas cualquiera se resiste a esos redondos y vidriosos ojos. Abres el libro, ahí está el marcapáginas guardando la aventura que estabas viviendo.

«Tercera parte: Tristezas y dolores. Página 133. Capítulo uno: Día de Navidad. Un día, ya en el último año de la carrera, antes de las Navidades, al volver Andrés del hospital, le dijo Margarita que Luisito escupía sangre».

Poco a poco vas recobrando la memoria de ese maravilloso libro que un día encontraste encima del cubo al tirar la basura. Allí abandonado estaba y sin dudarlo, decidiste adoptarlo convirtiéndose en una biblia filosófica capaz de cuestionarte tus creencias personales, en otras palabras, te hace pensar. Pronto tu mente empieza a divagar, al fin y al cabo, tu ínfima concentración lectora impide que te sumerjas en la historia de Andrés Hurtado. Página a página, párrafo a párrafo, tu mente va coexistiendo con el libro.

Pronto, el sueño comienza a posarse sobre tus párpados haciéndose cada vez más pesados. Tus ojos, cegados por la oscuridad más absoluta, tu cuerpo, ajeno al exterior, solo se sintoniza con el mundo astral. De pronto, una mano te acaricia desde la parte baja de la espalda hasta los hombros. Te saca del universo en el que estabas sumergida y como un escalofrío que recorre tu columna, te despierta del plácido sueño. Miras a los lados... ahí no hay nadie. El corgi sigue plácidamente durmiendo en la misma posición en la que se quedó. Miras el teléfono, son las doce de la mañana. Tu mente no puede evitar pensar qué estará pasando en la oficina y qué estarías haciendo ahora mismo si estuvieras allí. Quizás sentada en la mesa en frente del ordenador, perdiendo poco a poco la vida en esa incómoda silla. Pablo llegaría a saludarte, como si te rescatara de la mazmorra igual que un príncipe a lomos de un caballo blanco, y te diría de tomar un café el cual aceptarías sin dudar. Añoras esos momentos, pero pronto te vienen a la cabeza otros no tan buenos: madrugar, jefes amargados, trabajo, trabajo y más trabajo. En conclusión, una parte de ti se alegra de estar en casa.

Ahí permaneces, sentada sin hacer nada. Los segundos y minutos pasan y no has hecho nada en el día, salvo hacerte un café y plantar tu culo en el sofá. «¿Qué haces? ¿A dónde vas? ¿Quizás debería estudiar, buscar otro trabajo, perseguir mis sueños?». Pensamientos intrusos que anidan

en tu mente y se apoderan de ella para no dejarte vivir. Esa inseguridad que va arrasando poco a poco cada centímetro de lo que eres y dinamita cualquier oportunidad de éxito. La espalda comienza a cargarse, te echas para atrás y por fin descansa todo el peso de esa ansiedad que te agarrota los músculos. Cierras los ojos e imaginas una vida de ensueño: tu coche, una casita, el trabajo de tus sueños. No son lujos lo que ansías, sino una estabilidad económica y emocional; algo que en este siglo parece imposible. Abres los ojos... ahí está, ese ser oscuro que sale de ti. De nuevo, los ojos rojos y esa gigantesca boca llena de dientes. Se pronuncia: «Ya vine, ya llegué. Nací y me quedé». Sientes el miedo y el vacío que trae esa criatura consigo. Estás paralizada, no puedes apenas parpadear. Sacando fuerzas desde tus entrañas, por fin eres capaz de gesticular palabra:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—Emano del miedo, aquí me hospedo. Me creó tu mente, no soy un ente.

—No sé qué dices.

—Soy fuerte si quieres. Soy tan fuerte como me alimentes.

—Lo siento, no entiendo nada.

Te levantas del sofá y al girarte, la criatura negra ya no está. Zarandeas la cabeza de lado a lado en su busca sin éxito alguno. Ni siquiera sabes con seguridad qué es lo que acaba de pasar.

Aprovechas que estás de pie para hacer cosas en casa: pones la lavadora, barres, friegas, riegas las plantas. De esa manera, puedes mantener la mente ocupada y no pensar en esa horrible criatura. Tarea tras tarea, vas entendiendo cómo se sentía Cenicienta con su malvada madrastra. Claro, la madrastra no era una persona sino una metáfora cruel de la vida adulta. ¿Y las hermanastras? Sin duda, son el trabajo y las preocupaciones. Olimpia se ríe para sí misma imaginándose una personificación de la película que se acaba de montar. Terminadas todas las tareas, decides darte esa ducha tan merecida y tan necesitada. Cruzado el baño, de nuevo, ese ser en el espejo. Los mismos rasgos y la misma apariencia, pero con otra personalidad. Eres tú, aunque no pareces tú. Das un paso hacia delante, este lo hace contigo, sale de tu cuerpo hacia la izquierda, te mira. Se despega por completo de tu cuerpo y se va a la ducha, haces lo mismo. Abres la cortina de un golpe, allí no hay nadie. Jurarías que has visto entrar a ese ser hacia la ducha. Decides no darle muchas vueltas, te quitas la ropa y te quedas desnuda por completo. Abres el grifo para que salga el agua calentita. Mientras, te vuelves al espejo para seguir con la autocrítica. Te mira los pechos, son pequeños y caídos. Te sientes terriblemente acomplejada por tus pechos porque no están socialmente aceptados, no tienen la etiqueta de «perfectos». Estrías, celulitis, michelines y otros tantos defectos que hacen menguar el amor propio. El ser, de nuevo, aparece por tu izquierda; viene de la bañera. Esta vez, viene desnuda, así como lo estás tú. Es la misma apariencia, con cada uno de esos defectos calcados. Te le quedas mirando, ya no le tienes miedo. —¿Quién eres? ¿Qué quieres?», preguntas con severidad, pues estás harta del acoso de tan angustiada presencia. La criatura encoge los hombros mostrando que ni ella misma sabe el porqué de su existencia. Hace otro gesto señalándote. De pronto, el espejo comienza a empañarse por el agua caliente y los gestos del ser comienzan a disiparse. Pasas la mano por el espejo para limpiarlo, pero la criatura ya no estaba. Te quedas en shock pensando el motivo por el que se le ha presentado. ¿Qué te querrá decir? Sientes que una parte de ti está en dicha criatura. Sin embargo, la ves como otra persona. Sales del trance en el que estabas sometida y te metes en la ducha. El agua caliente roza tu cara, y despeja todos los miedos y las dudas. Parece que la ducha no solo te limpia el cuerpo, también el alma.

Ya limpia, fresca y renovada, comienzas de nuevo el día, aunque ya sea pasado el mediodía. El día se puede empezar cuando uno quiera, o así te consuelas cuando has empezado mal. Llevas

el mismo pijama y una toalla en la cabeza atada como un turbante, para que se te seque el pelo mojado. Piensas lo ridícula que te sentirías si alguien te viera con la toalla atada así, de pronto, el timbre. «¡Voy!», gritas desde el salón. Mientras caminas por el pasillo, te acuerdas de mala manera en Murphy y todas sus leyes. Abres la puerta y para tu asombro es ese vecino buenorro que tantas veces has soñado encontrarte en el ascensor y tener esa típica escena donde una pareja se besa alocadamente.

—Hola, Sergio. ¿Qué quieres?

Sergio empieza a hablar, pero tu mente comienza a divagar y su voz se queda en segundo plano. Es inevitable que te salga la sonrisa tonta pues miras cada detalle de su cuerpo y su cara... Es perfecto. Sergio es entrenador personal y tiene un gimnasio en el barrio de al lado, pero no solo es el físico, también es simpático y muy amable. Le encantan los niños, los animales y cuando puede, va a visitar a su abuelo a la residencia. Te imaginas una vida a su lado, teniendo una familia y envejeciendo juntos, por supuesto, también te imaginas en la cama con él, cómo te tocaría, te besaría, te agarra del pelo. El vello se te eriza y sientes cada folículo de tu piel abriéndose, no puedes evitar morderte el labio de abajo.

—Y he pensado que quizás querrías venir conmigo.

De pronto vuelves en sí.

—¿Perdona qué?

Claramente no te has enterado ni de una palabra de lo que te ha dicho.

—Qué si quieres venir al cine conmigo —vuelve a repetir Sergio.

Con lo amable que es, no pone ni una cara de desagrado, y sigue con esa preciosa sonrisa que tan enamorada te tiene.

—Ah, sí, claro, me encantaría.

Debido a tu «viaje» intergaláctico por el mundo de la creación de utopías, no te has enterado ni de la obra que vas a ver, pero poco te importa, al fin tienes la deseada cita con el chico de tus sueños.

—Genial, pues el sábado te recojo a las siete, así llegamos con tiempo —añade Sergio.

—Vale, el sábado nos vemos.

—Perfecto. Me tengo que ir ya al gimnasio. Nos vemos.

Sergio te despide con dos besos y se va en el ascensor. Te quedas en trance, no puedes parar de sentir el olor de su perfume. Te quedas embobada con la puerta abierta. Por fin aterrizas del hiperespacio y cierras la puerta. Cruzas el pasillo y te miras en el espejo, no puedes creerlo, no te habías dado cuenta de que llevas la toalla todavía atada a la cabeza. La vergüenza recorre todo tu cuerpo; Sergio te ha visto así. Rápidamente te quitas la toalla y allí está otra vez ese ser, tu «gemela». Se está riendo de ti a carcajada limpia; no hace ni un ruido. Sin embargo, puedes oír su carcajada retumbar en tu cabeza. El pelo, aún húmedo, te gotea por los hombros mojándolos.

—¿De qué te ríes si se puede saber? —gritas al espejo.

Te sientes muy estúpida hablando con un reflejo de ti misma en el espejo. Agachas la cabeza volcándote el pelo hacia adelante y te pones de nuevo la toalla en la cabeza, para que se termine de secar el pelo. Cuando levantas la cabeza, la criatura ya se había ido. Te sientes más segura de ti misma; crees que a Sergio no le ha importado verte con la toalla, así que no le vas a dar más vueltas. Al fin y al cabo, solo es una toalla y ya no tienes quince años para andar avergonzándose por minucias. Miras al corgi que te acompaña a todos lados desde hace ya casi dos años.

—Bueno, Gordi, ¿qué hacemos de comida? —le preguntas al perro como si te fuera a entender. Él te mira tratando de hacerlo.

Lo cierto es que sí, entienden más de lo que parece. De hecho, un perro puede entender

algunas palabras si prestas la debida atención. Se quedan con las palabras que más le interesan como *parque*, *calle* o incluso nombres de personas. Es increíble lo que el mundo animal nos puede brindar cuando se le hace un poco de caso, todo lo que se puede aprender si sales al campo a observar todo aquello que te rodea. Ahí es cuando te das cuenta del equilibrio en el que se sostiene todo, y como tú y tus problemas sois solo una pequeña parte del planeta. Realmente es una nimiedad en comparación con la extensión de todo el mundo y solo somos nosotros mismos quienes hacemos un mundo de ello. Realmente ¿cómo de importantes somos en la existencia? ¿Qué nos hace felices o infelices? Y el eterno debate filosófico: ¿el hombre es malo por naturaleza? Son preguntas difíciles si se piensan con detenimiento, incluso es posible que no se llegue a una respuesta jamás. Es como tratar de definir hombre o mujer; las mentes más planas tendrán las respuestas más claras, pero si pensamos bien, no, son dilemas casi sin solución. A esto me viene otra pregunta a la cabeza: ¿qué es lo que nos diferencia de los animales? Algunos quizás digan que la capacidad de raciocinio, la evolución, yo, desde mi más profunda ignorancia diré que es el conocimiento de la propia existencia. Realmente, el hombre es el único ser vivo que sufre por su propia existencia y quien se la replantea. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? Esas son preguntas que no me imagino hacérselas un pájaro, por ejemplo: ¿quién soy?, ¿por qué vuelo?, ¿cómo vuelo? El pájaro simplemente se digna a volar y a disfrutar de sus capacidades. Entonces, ¿el pájaro es feliz volando?, ¿querría ser o hacer otra cosa? Quizás sea por cómo hemos evolucionado o por el sistema tan complejo que hemos creado lo que nos hace ser infelices. Esto me llega a replantear si realmente somos nosotros los que hemos evolucionado o es el propio sistema el que ha evolucionado. Quizás un sistema más sencillo nos haga más felices, aunque nos llene menos. Al fin y al cabo, tendríamos que prescindir de elementos que ahora parecen llenarnos. La realidad es que son simples y banales objetos del que no se obtiene beneficio salvo alimentar la vanidad: coches, casas, joyas, dinero, belleza. Todo eso nos hace felices por un sistema en el que se ha establecido que eso es lo que nos debe hacer felices, pero ¿y si ahora lo que nos hiciera ser ricos y perfectos fuera tener un kilo de arroz? Es posible que el mundo se dedicara a cultivar arroz y perfeccionaría la técnica hasta explotarla. ¿Dónde nace esa búsqueda incesante de la perfección cuando la perfección no existe, y solo es un conjunto de rasgos que nosotros hemos creado para escalar en la pirámide social? De nuevo, divagamos en la profundidad del ser y es que, al fin y al cabo, esos preciosos ojos redondos inspiran hasta al más estancado escritor y los versos más medidos de un poeta ahogado en sus letras, con una hoja en blanco bajo su puño.

Pasta, nuevamente, pasta. Un puñado y medio de macarrones al agua hirviendo. Simple y deliciosa comida que nunca pasa de moda. Ya cocidos, un poco de tomate frito, orégano, sal, removemos y queso emmenthal, mucho queso por encima de los macarrones con tomate y que nadie te diga que es demasiado queso porque nunca es demasiado queso. Otra vez, sofá, manta y esta vez peli. Gordi se pone a tu lado esperando recibir algo de tu deliciosa comida, pero la estricta dieta que le puso el veterinario no le permite comer ni un macarrón. Menos mal que Gordi no es consciente de su propia existencia, si no se amargaría de pensar que, encima de quitarle sus gónadas masculinas, tampoco podrá recibir bocado salvo ese pienso seco y poco sabroso.

Busca y busca en Netflix la película mientras los macarrones van bajando de nivel. A este paso cuando encuentres la película ya no quedarán macarrones. «A ver, veré esta. *Big Fish* de Tim Burton. Un periodista trata de conocer mejor a su padre moribundo. Buff... tiene pinta de ser una de estas de llorar. Venga, vamos a darle una oportunidad. ¿Tú que dices, Gordi?». Gordi sigue mirando esperando un macarrón. Con esos ojitos cualquiera se resiste, así que coges un

macarrón del plato y se lo das. El perro se pone «más contento que unas castañuelas». Le ha sabido a poco y los mismos ojos que ya tiene ensayadísimos se vuelven a posar sobre los tuyos pretendiendo hipnotizarte, o quizás, mover telepáticamente los macarrones a su boca. Empieza la película y el dramón ya se avecina. Aventura, amor, una vida intensa... Hace que replantees tu propia vida. «¿Estás viviendo realmente, Olimpia?». De pronto, el mundo se te echa encima, sientes como tu vida se te escapa minuto a minuto y los ojos no tardan en desaguar. Te tumbas en el sofá y el turbante mojado se cae al suelo. Quedas paralizada, ya no hay retorno, la criatura negra vuelve a ascender y se posa sobre ti, no hay duda, es tu alma ennegrecida, enfadada, triste. Injustamente brota sin elegirlo y posa sus manos en tu pecho hundiéndolas cada vez más.

El día se vuelve noche sin darte cuenta. Has estado toda la tarde llorando en el sofá. Los pocos macarrones que quedan sobre la mesa ya están fríos y en la tele está el menú con un catálogo de películas y series. Las lágrimas casi te llegan a la altura de la nariz, ya tienes todo el cuerpo dentro de un mar de desesperanza, tomas aire, te sumerges del todo en tus propias lágrimas... En tu propia miseria. Un infinito de oscuridad lleno de agua por todas partes, una nada, un universo rodeándote sin ningún ser que lo habite salvo tú. Tratas de nadar hasta la superficie, pero algo te arrastra al fondo agarrándote de los pies, miras hacia abajo y es esa misma criatura de ojos rojos. Luchas con todas tus fuerzas, pero la criatura es más fuerte... Las pulsaciones se te agitan y sientes que ya no puedes aguantar más la respiración, parece que el corazón te va a estallar en mil pedazos. Vuelves a mirar hacia abajo y, de nuevo, ese ser semejante. Eres tú otra vez. Ya no aguantas más, no te quedan fuerzas en los brazos ni capacidad pulmonar, así que respiras hondo intentando que el oxígeno llegue a tus pulmones, pero solo es agua lo que entra, respiras y más agua... Los pulmones se te encharcan, cada vez pesas más y más te sumerges. Ya no hay ninguna criatura, solo estás tú hundiéndote y perdiéndote en la oscuridad infinita. Sientes un vacío, no estás muerta, pero así lo sientes. La visión se te va poniendo cada vez más borrosa, los párpados se vuelven más pesados y se te cierran los ojos por completo. Ya no hay dolor, ya nada importa, no hay continuación. Vacío... Un vacío infinito que te arroja como no lo hizo ayer la vida. No sabes si estás en el principio o en el final, parece como si te rodeara un líquido amniótico de calma y tranquilidad. No hay pensamientos buenos, pero por lo menos tampoco hay de los malos. Ya, por fin... descanso. Sigues cayendo, aunque esta vez ya no hay agobios, no hay estrés, los problemas se han ido. Se ha ido la vida y se ha ido todo...

Un sonido de fondo se sumerge contigo, te es familiar, pero no lo identificas. Ese mismo ruido parece acercarse cada vez más, te sobrepasa y se posa debajo de ti. Instantes después, algo te impulsa hacia la superficie a toda velocidad. La luz va llegando a tus ojos hasta que te ciega y ya no puedes ver nada más. La luz es tan fuerte que te duele la cabeza. Abres los ojos nuevamente y un vacío se extiende bajo tus pies; observas coches, asfalto, acera y personas que parecen no percatarse de lo que estaba a punto de suceder. Estás subida a la barandilla de la terraza de tu casa, agarrada al toldo para no caerte o, al menos, no caerte sin que lo pudieras controlar. Ese sonido, ahora ya cercano, lo tienes detrás; te giras para ver de dónde procede. Es Gordi que, de nuevo y sin ni siquiera saberlo, te había salvado la vida. Por un momento te habías perdido en ti misma, nada importaba ya, nada tenía solución. Los problemas, las inseguridades, el miedo... Se te echó todo encima y no veías solución salvo acabar con todo. No había nada por lo que vivir hasta que ese ser peludo de cuatro patitas te dio un motivo. Gordi no para de ladrar y no piensa hacerlo hasta que te bajes de la valla... así haces. Con sumo cuidado te agachas, bajas un pie y lo posas en el suelo, después el otro. Te tiemblan las piernas, el corazón va a mil por hora. Te tiras al suelo de los nervios, es quizás la adrenalina recorriendo todo tu cuerpo. Una

posición fetal, segura, donde nada ni nadie puede penetrar. Las lágrimas son imposibles de controlar y nacen de tus ojos cayendo con fuerza sobre el suelo de esa preciosa terraza que, en un pasado, diseñaste con cariño y con toda la ilusión para que, cada vez que fueras a esa terraza, fuera para poder escapar de todo y todos. No pensaste que sería de la manera que lo ibas a hacer, pero las cosas cambian y a veces es a peor. La vida da muchas vueltas, quizás demasiadas, y acabas tan mareada que te pierdes en un torbellino de caminos que se anudan, se lían, se enredan y no sabes ni dónde dar el primer paso.

Gordi se acerca a ti y te chupa la cara. Está preocupado y no sabe qué acaba de pasar con exactitud, pero entiende que no ha sido nada bueno. Sabes que él es tu gran apoyo, el único que está cuando nadie más está. Él que, sin palabras, sin saber qué te acaba de pasar, puede hacer que cada problema, cada preocupación, cada inseguridad y cada miedo se disipen en el viento. Quizás todo eso vuelva, por el momento ahora estás a salvo, pasando los dedos entre el suave pelaje de su compañero. Si te vas, ¿quién se iba a quedar con Gordi? ¿Quién le iba a dar de comer y su paseo todos los días? A él se lo debes todo y no merece que lo abandonen de esa manera.

Suena el timbre, lo oyes, pero haces caso omiso. Ahora no te apetece socializar. Vuelve a sonar, pero esta vez viene seguido de una voz bastante conocida.

—¿Olimpia, estás ahí? Soy mamá.

Mamá, la que siempre está, tu salvación de toda la vida. Mamá es quien eliminó su ser para darte la vida. Mamá es simplemente mamá. Mamá es cuando un lugar a salvo en el escondite y lo llamabas casa, bueno pues ella es casa. Mamá son los tupperes de lentejas y croquetas. Mamá es una duchita con espuma y juguetes que expulsan burbujas y todo huele a fresas, después te coge en brazos tapada con una toalla hasta la cabeza y te seca el pelo con una sacudida de la misma toalla de princesas Disney. Una tortillita francesa con jamón york y queso de cena, y acabar quedándote dormida en el sofá, para mágicamente amanecer en la cama. Mamá es tener esa misma cama hecha con las sábanas y el pijama limpio, recién duchada y un beso en la frente antes de dormir abrazada a tu peluche favorito. Mamá te dio un trozo de su alma y siempre irá contigo.

—¡Voy! —gritas desde la terraza, sin saber nuevamente si te oyen desde fuera o no.

Te levantas del suelo y corres a la puerta para abrir a tu madre. Unos pasos te acompañan. Es tu sombra que te sigue hasta la puerta. Te giras y allí no hay nadie, te vuelves hacia la puerta y ahí está ella, inmóvil con una sonrisa malévola de oreja a oreja.

—¿Olimpia, estás ahí, cariño?

Vuelve a sonar el timbre. Ignoras al ser y abres la puerta.

—Perdona, mami, me habías pillado en el baño. ¿Qué haces aquí?

Tu madre, ajena a todo lo que acaba de pasar, te mira con esos ojos mitad orgullo mitad preocupación, ya que en el fondo sabe que algo malo le pasa a su hija. Sin embargo, ella pone su mejor cara para intentar alegrarle el día.

—Bueno, es que no puedo pasar a ver a mi hija un rato. Además, hace ya una semana que no me llamas.

«¿Una semana hace que no la llamo?», piensas si eso es mucho o poco tiempo. Quizás una semana no sea mucho, pero para una madre es un siglo. Al fin y al cabo, te tuvo nueve meses de su vida dentro de ella.

—Qué mala hija —te acusa el ente sin ningún filtro.

—Mira, te he traído esto.

Tu madre se hace hueco entre tus pensamientos e inunda con su dulce voz para, posteriori,

sacar un par de bolsas llenas de nuevos tupperes con comida para mantenerte con vida otro mes más.

—Lentejas, cocido, croquetas... de todo.

Ay, esa comida casera de mamá cuyas recetas fueron heredadas de la abuela y que, lamentablemente, se saltará una generación.

—¿Bueno, es que no vas a dejar entrar a tu madre en casa?

Le abres paso a tu humilde (y poco limpia) morada.

—Oye, ¿no estarás con un chico, no?

Qué ilusa tu madre, se pensará que tienes ligues cada semana, pero la realidad es que no echas un polvo desde hace dos meses mínimo. Aún recuerdo el aroma de ese becario moreno de la oficina. Creo que según aparecía por la puerta pensaba: «a ese me lo como yo», y así fue. De solo pensarlo me sale una sonrisita pícaro. Creo que el único mérito que tengo en la vida es que allí donde pongo el ojo pongo la bala, pero solo en los hombres, en temas de trabajo y objetivos ya es otra historia. No sé si a eso se le puede llamar virtud o simplemente es la necesidad de alimentar tu autoestima gustando a los hombres.

Mamá sigue hablando; lo cierto es que ya hace tiempo que me he perdido entre pensamientos intrusos. Aún con las bolsas de tupperes en las manos, se dirige a la cocina, abre la nevera y aquí viene, microinfarto.

—¡Ay! hija, pero si no tienes nada en la nevera.

La preocupación de una madre por la alimentación de su hijo o hija viene desde la prehistoria. Me imagino a la típica cavernícola yendo a la cueva de su hija a llevarle patas de bisonce y ya de paso pintaría algún que otro mamut en la pared.

Alimentan mi nevera medio tomate seco, una botella de agua, queso rallado y algo envuelto en papel de aluminio que creo que es mejor no tocar. Ahí está tu madre, llenando la nevera con esa comida de casa, la de toda la vida.

—Gracias, mamá, no hacía falta que trajeras nada.

«Sí hacía falta, mamá, dios, gracias de nuevo por salvarme la vida». Imploras al cielo que tu madre sea eterna con tupperes incluidos.

—Nada, cariño, lo que te haga falta. Bueno... —«No, por favor no, la pregunta que tanto me estaba temiendo no»—. ¿Qué tal el trabajo?

Ahí está. Y yo ahora qué respondo; ¿le miento y le digo que me va genial en ese trabajo explotador o le digo la verdad, que su hija es un desastre y ha llevado consigo a varios compañeros al paro? Un segundo de silencio que se hace eterno.

«¿Cómo le vas a explicar a tu madre que eres un fracaso?», de nuevo, el ente sin un gramo de empatía, se pronuncia frente a tu madre y tú.

—Pues, mami, es que ese trabajo no me convencía y creo que voy a buscar otra cosa para mí.

Tu madre se queda callada y pensativa, no sabe con seguridad si regañarte o animarte, al fin y al cabo, es una madre, todo lo que sea paro, hambre o frío de su hija es un mundo para ella.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Está claro que al final las mejores salidas son las verdades a medias. Ya has empezado, así que tienes que tirar para adelante.

—Pues todavía no lo tengo claro. Es posible que vuelva a la fotografía, no sé.

Mamá ha cambiado la expresión, definitivamente es de preocupación.

—Ay, hija, pensé que ya habías pasado esa fase. Ya tienes una edad.

Y dale con la edad. Es que acaso los treinta se han puesto como tope a la juventud. Los treinta llegan y los hijos, marido, trabajo, coche, estabilidad laboral y económica ya son, o más

bien, tiene que ser parte de tu vida. Pues bienvenidos al siglo veintiuno, eso es posible a no ser que seas *youtuber*, *streamer* o *influencer*. Claro, luego tú dile a un niño que tiene que estudiar una carrera y no jugar a videojuegos o hacer el tonto en Tik Tok.

—Mira, cariño, ya sabes que yo apoyo tus decisiones y me tienes y me tendrás siempre. —Aquí viene el «pero»—. Pero coge algo estable mientras te dedicas a lo que te gusta.

Haces un gesto que creo que con eso ya lo dices todo. Aun así, añades:

—Mamá, si, ya lo sé. Eso intento.

—Que se te pasa el arroz, Olimpia, asúmelo. Búscate un marido que te aguante y ten hijos para que te mantengan cuando ni tú misma puedas moverte de la cama.

De nuevo, el yo malvado ataca sin piedad la poca seguridad que tenías.

—Yo no digo nada, cariño. Sé que es difícil, pero al final podrás. —Esas palabras de mamá que al final consiguen arreglar cualquier estropicio de tu vida, hasta que...—. Anda, hija, que como tienes la cocina. —Abre cajones, puertas, armarios—. Pero si apenas tienes nada, ni tazas ni cubiertos. ¿Dónde están los cuchillos? —Joder, los cuchillos. Llevas dos semanas posponiendo una compra de Ikea en la que se incluye un juego de cuchillos. ¿Dónde han ido los otros? Se han caído a la basura, se han roto y se han perdido en el espacio tiempo, allí donde se encuentran los calcetines que se pierden por la lavadora. Para cuatro que tenía y se han perdido todos—. ¿Y cómo cortas la carne?

Buena pregunta, mamá. La verdad que lo que se dice una dieta equilibrada no llevo. Vamos, lo que es la vida fitness no es lo mío, así que mucha carne no como; no me sacas del típico arroz, pasta, arroz.

—Pues tengo la navaja que me regaló la abuela. Con ella me apaño.

Lo cierto es que la navaja de la abuela va bastante bien. Deben de ser esas cosas viejas que duran mucho, porque no pierde nada de filo. Te acuerdas cuando eras pequeña y veías que la abuela la usaba para todo: abría las nueces, se pelaba una manzana y se la comía, cortaba los filetes. Es posible que esté forjada por los mismísimos elfos porque es la mejor navaja que has visto en tu vida. Para fruta y carne la usas poco, pero la pizza la corta de lujo. Es la típica navaja de Albacete que se hereda de generación en generación; la abuela la heredó de su padre y tú de la abuela.

La cara de asombro de tu madre no se puede describir con palabras. Si pudiera meterme ahora en su mente como en esa película de dibujos animados donde hay cinco muñequitos de colores ahora se estaría desbloqueando uno extra, el de la locura. Sigue manteniendo el silencio. Creo que le está dando un tic en el ojo.

—Pues ahora están muy baratos en el súper.

Uf, qué alivio. Ya podemos cambiar de tema.

—¿Quieres un café o algo para tomar?

—No, cariño, ya me voy a casa que no quiero que se me haga de noche. Si yo venía de paso, y ya que estaba, te he traído los tupperes. —Mentira piadosa de madre para que no te preocupes, la realidad es que vive en la otra punta de la ciudad—. Pues nada, cielo, ya me voy. —Se recoge el bolso con el mismo gesto de siempre. Hay cosas que no deberían cambiar nunca y esta es una de ellas. Sale por la puerta, pero claramente no se va sin despedirse—. Bueno, cariño, dame un beso. Llámame esta semana para ponerme al día con tus fotos.

Nos abrazamos. Ese abrazo de mamá y su perfume, este aroma que solo tú conoces y que siempre os ha acompañado la una a la otra. El olor que con el tiempo se ha ido disipando y que de vez en cuando (parece que cuando más lo necesitas) aparece. De pronto, el ascensor se abre y, *voilà*, el único al que no esperábamos aparece justo en frente de tu madre.

—Hola, Olimpia.

El silencio y la tensión se pueden coger con una cuchara de helado y servirla en un cucurucho de vergüenza y miedos al que podríamos llamar «Tierra, trágame».

—¿Es esta tu hermana?

Ja,ja, qué gracioso. Haciéndose el tonto para caerle bien a tu madre. Qué original.

—Hola, Sergio. ¿Ya vienes del gym?

La cabeza de tu madre se empieza a retorcer como si de la niña del exorcista se tratase y la cara, esa cara que, con la mirada baja, las cejas en lo alto y la sonrisa de medio lado te lo dice todo. Sin duda, es un poema capaz de leerse hasta con los ojos cerrados. Un poema cuyo significado es «Lo quiero como yerno».

—Ya nos vemos, Olimpia.

Y por la puerta de su casa se va una de las pocas oportunidades que has tenido de hablar con el amor de tu vida, el padre de mis hijos.

—Uy, qué chico tan guapo.

Ya saltó con la típica frase con doble filo cuyo objetivo es sacarte información.

—Es solo mi vecino de enfrente.

Claro, solo el vecino, pero qué vecino. Este debe de ser el monte Olimpo porque no veas qué dios me ha tocado como vecino, aunque eso a mí... me convierte también en una diosa, ¿no?

—Pues nada, hija, ya me voy.

Gracias, mamá, por sacarme de mi estupidez de pensamientos y devolverme a la tierra de nuevo.

—Otro beso.

Besas a tu madre y se despide desde el ascensor. Ese ascensor que todavía tiene que oler al «eau de Sergio». Madre mía de solo pensarlo... Hola, cataratas del Niagara bajando por tus piernas.

—No le gustas.

De nuevo tu mini yo dando por saco.

—¿Qué dices?

—¿Te has visto? ¿Le has visto? Seguro que ni se acuerda de que habéis quedado el sábado. Ahora mismo tiene que estar subiendo una chica mucho más guapa que tú y con mucho más éxito que tú a su casa.

—Paso de ti.

—En el fondo sabes que no.

¿Qué hora es? Miras el reloj de la pared de la cocina. ¿¡Las nueve y media!? El tiempo vuela y parece que tú no estás en ese avión. Pues nada, es hora de estrenar los tupperts de mamá.

—A ver... Sí, esta noche caerán las albóndigas con patatas.

Directos al microondas. En lo que tarda en calentarse, de vuelta a Netflix. Mientras deslizas en la pestaña, es inevitable que los pensamientos intrusos se acomoden en tu cabeza. Parece mentira que hace poco más de una hora estabas subida a la barandilla de la terraza a punto de acabar con todo. Entonces me hubiera perdido la comida de mamá, y ella se hubiera encontrado con el escenario más traumático que una madre se podría encontrar: el cuerpo inerte de su hija. Un tema que hace replantearte la vida, la cual no elegimos, y la muerte, la cual no queremos. Parece increíble que, en algún momento de nuestras vidas, la piel con la que hoy tocamos y sentimos, un día, será alimento de invertebrados, y esta mente que hoy lee estas líneas, un día ya no lo hará jamás. Un día, la luz que entra por tus ojos dejará de hacerlo y las personas que te acompañan, allí a donde quiera que vayas, no estarán; bueno, según las creencias populares, es

posible que las personas que quieres te las encuentres en el cielo, pero en términos científicos es como decir, fin del trayecto.

—¿Por qué no vuelves a esa terraza? —pregunta con desparpajo y chulería mientras se come unas palomitas.

—¿Te diviertes?

—¿Cómo?

—¿Que si te divierte verme sufrir?

—No, solo alimento tus más profundos deseos e instintos.

—¿Quién eres si se puede saber? Todavía no sé tu nombre.

—No tengo un nombre específico, al fin y al cabo, soy tú, pero puedes llamarme ansiedad. «La ansi», para los amigos... si los tuviera —puntualiza añadiendo un gesto de pena con ironía—. Es broma, puedes llamarme Elella.

—No entiendo nada. Esto debe de ser un sueño o me estoy volviendo loca, una de dos.

—Ojalá lo fuera, ¿verdad? No, la buena noticia es que no estás loca. En todo caso soy solo la personificación de tu locura.

—¿Por qué solo yo puedo verte?

—Porque solo tú puedes saber qué es lo que piensas. Que yo sepa, hasta la fecha nadie puede leer la mente.

—¿Y por qué comes palomitas?

—Bueno, soy solo un producto de ti, así que en realidad tú quieres que me esté comiendo estas palomitas.

Te quedas viéndote a ti misma en un estado de estupefacción —clinc—. De fondo, la campanita del microondas que anuncia que la cena ya está lista. Vas a la cocina con la esperanza de que, a la vuelta, todo lo ocurrido haya sido una pesadilla. Vuelves de la cocina con las deliciosas albóndigas de tu madre y ahí sigue, con el cubo de palomitas en la mano.

—¿Qué pasa? —contesta con chulería—. ¿Ya has descubierto si es un sueño o no?

Sigues con las albóndigas en la mano. El calor del plato comienza a quemarte la mano y vas corriendo a la mesa para dejarlo sobre ella. El ser te hace hueco en el sofá con el mando de la televisión en la mano.

—Bueno, que... ¿Qué vemos?

Te sientas despacio, todavía no eres capaz de entender qué es lo que está pasando.

—Quiero que te vayas —le ordenas a la criatura.

—No puedo, ya te lo he dicho. Soy una personificación de ti. Siempre he estado contigo y allá donde tu estés, yo iré contigo.

—¿Y cómo hago que te vayas?

—¿Por qué quieres que me vaya?

—No me gustas. Me haces daño con tus palabras.

—Entonces por qué no haces que me vaya.

Estás agotada de lo absurdo de esta situación.

—A ver. Tú eres yo, ¿no?

—Sí, algo así.

—Eso quiere decir que tú eres yo también.

—Sí, claro.

—Por lo que yo soy la única que puedo hacer que te vayas.

—Básicamente, pero de nuevo, ¿por qué quieres que me vaya?

—Ay, dios, qué sé yo. Pues porque me dices cosas horribles.

—Tú te las dices. Yo soy tú, ¿recuerdas?

—Vale, yo me las digo. ¿Y por qué estás aquí?

—Bien. Por fin las preguntas que necesitabas.

Olimpia permanece en silencio, parece que sigue en shock.

—Ha quedado claro quién soy, pero por qué estoy aquí es un misterio incluso para mí.

—¿Entonces qué? —preguntas agobiada por no entender lo que está pasando.

—Tranquila. Paso a paso. Entre las dos averiguaremos qué es lo que nos atañe la una a la otra.

—Joder...

—Chica, es que te agobias por todo.

—No me agobio, solo es que espero que las cosas salgan bien y que algo, aunque sea una vez en la vida, me sea más o menos fácil.

—¿En serio quieres las cosas fáciles?

—No fáciles de regaladas, sino intentar algo y que salga bien sin peros.

—Mira, hasta yo sé que eso no existe —anota mientras sigue comiendo las palomitas—. A ver, recapitulemos. Yo creo que la cuestión no es el cómo ni el por qué, sino el cuándo.

—¿Cuándo qué?

—Cuando llego. Ay, de verdad, es que te lo tengo que decir todo.

—Pues apareces en el momento más inoportuno, vaya. Cuando me está hablando Sergio, ahí estás tú, cuando hablo con mi madre, ahí estás tú también. Cuando más dudas y miedos tengo, ahí estás tú para acentuarlos y meter más el dedo en la herida.

Te empiezas a dar cuenta de que Elella nace de las inseguridades más profundas. Representa esos pensamientos morales adquiridos a lo largo de tu vida. Eres tú en su versión más crítica. Si hay algo malo, Elella lo resaltará más.

—Vale, ya sé quién eres y cuándo apareces, pero me falta por qué estás aquí.

Elella sigue comiendo palomitas sin dar respuesta. Es posible que incluso ella misma no sepa el cometido de su propia existencia y se la replantee.

—¿Es que no se acaban nunca esas palomitas?

Olimpia mira dentro del cubo de las palomitas y no hay nada, ni siquiera hay rastro de que hubiera habido palomitas en él. Se queda con el cubo de las palomitas en la mano pues Elella se ha marchado.

Suena el despertador nuevamente. Son las seis de la mañana. Otra vez se te ha olvidado quitar la alarma del curro. Menudo palo despertarse a estas horas. Estás en el sofá, con una manta echada encima y en la mesa, las albóndigas de mamá frías por haberte quedado dormida. A tus pies está Gordi, encantado con la fiesta de pijama improvisada. Todavía es pronto y el sueño todavía no se ha despegado de tus párpados, así que aprovechas para levantarte del sofá y tirarte en la cama para seguir durmiendo por otras cuatro o cinco horitas más. La vida del parado; sencilla porque no madrugas, no tienes la obligación de ir a ningún lugar ni tampoco la de aguantar a gente que en el fondo sabes que odias. Sin embargo, es dura, sientes el vacío de no ser nada, de no hacer nada. Esa sensación de ser inútil y no servir para nada. Escuchas esa vocecita una y otra vez, lo vaga que eres y ves a la gente juzgarte; sabes que lo hacen. Miras el reloj, son las seis y media. De nuevo, tu mente te ha jugado una mala pasada y te has desvelado. Ahora se entiende a la perfección lo que es «comer techo». Estás bocarriba intentado no pensar en nada, pero, a su vez, todo se hace una pelota en tu mente y te agobias. Te agobias porque no quieres pensar en nada, pero intentándolo te agobias aún más, por lo que se convierte al final en un tira y afloja en el que acabas siendo la vencida. De nuevo vienen las preguntas, los agobios: «¿Qué

haces pensando estas cosas a las seis de la mañana, Olimpia?», pregunta retórica, claro. No hay respuesta que evidencie el porqué del maltrato a tu persona de forma gratuita. Tu mente, tu mayor aliado y tu peor enemigo. ¿Quién eres? ¿A dónde vas? Parece un documental sobre el universo y los astros. Creo que los misterios del cosmos están menos ocultos y son menos complejos que la ardua tarea de comprender tu mente y su tendencia al autoengaño. La infelicidad invade de nuevo tu cuerpo. Es ese mismo sentimiento que hizo que te subieras a la barandilla de la terraza, ese que te dice que eres insuficiente. Abres los ojos y, de nuevo, la criatura humeante con los ojos rojos y la boca llena de dientes. «Ya vine, ya llegué». La parálisis del sueño evita que puedas gesticular cualquier palabra. Parece como si esa criatura te poseyera e hiciera que no pudieras mover ninguna parte de tu cuerpo. «De nuevo aparezco y de ti me alimento. Tus sueños elimino y tus miedos cultivo. Superella soy y en ti crecí. Contigo estoy desde el día en que nací». La criatura abre la boca y la va acercando a la tuya muy despacio, parece como si la criatura quisiera saborearte. Cientos de dientes se amontonan en esa boca que te va a tragar. La desesperanza se disipa y parece que vas aceptando tu destino. En este instante, vas a morir. Casi tienes la cara entera dentro de la criatura y puedes verle la campanilla. En el fondo de la garganta hay una luz muy bonita, parece que te invita a entrar. De pronto, una melodía nace del fondo de la criatura. Una dulce voz muy familiar. Cientos de recuerdos de tu infancia se acoplan en tu mente disipando los pensamientos oscuros. La criatura deja de tragar y se detiene en seco. Tu mente no deja de recordar mientras oyes esa conocida melodía. Te vienen a la memoria aquellos veranos en casa de tu abuela. Recuerdas cuando comías con tu familia en la parcela todos juntos. En la mesa hay muchos tipos de quesos; ahí es donde nace tu pasión por el queso. Las croquetas y los filetes de pollo de la abuela van cayendo como churros, con las típicas peleas por quién se había comido más croquetas. Siempre eras tú la que al final acababas con menos croquetas, pues tus primos mayores, más astutos, se hartaban con este manjar. Así que, enfadada, te ibas a la cocina a chivarte porque no te habían dejado ni una y ahí estaba, esa dulce melodía con la voz más bonita que jamás habías escuchado. Es tu abuela, que mientras fríe filetes y prepara más croquetas, canta una canción muy alegre. ¿Quizás sea ese el ingrediente secreto para que todo lo que prepare sea tan bueno? Nunca lo sabremos, pues tu abuela se fue hace muchos años por el maldito alzhéimer. Y ya no hay croquetas ni filetes. No hay comida con tu familia en la parcela de tu abuela. Ahora echas de menos que tus primos te hicieran de rabiar. Un día fue la última comida con tu familia y nunca lo supiste. Y, por supuesto, ya no hay canción. Esa canción que habías olvidado y que vuelve a ti cuando más la has necesitado. La melodía se convierte en una luz tenue que te envuelve como un manto cálido. Agradable como un sol de invierno, como cubrirte con una manta en las más frías noches. Superella, como así se llama, retrocede cegada por la intensidad con la que se proyecta la luz que incide directamente en los ojos rojizos de la criatura. Consigues salir de la parálisis y te pones de pie en frente de Superella encarándote. Ambos seres se miran uno al otro; comprendes lo que esa criatura quería transmitir, lo que realmente es. De nuevo te enfrentas a Superella, pero esta vez no para pelear, sino para aceptarla. Así que le entregas tu mano y Superella la sostiene como si hicierais las paces la una con la otra, aceptando lo que ambas os podéis ofrecer mutuamente. Por fin entiendes, entonces, que la felicidad no es algo que se busca como si fuera un tesoro o una ambición, es más, si la buscas no la encontrarás jamás. La felicidad es un estado, a veces eres feliz y a veces no, del mismo modo que a veces estás triste o enfadado. De modo que quítate la carga de la ansiada y deseada felicidad, ya lo eres, o más bien, ya lo estás. Y es cierto que la felicidad está en las pequeñas cosas, por ejemplo: en el queso, en las croquetas de la abuela y su canción cuando las preparaba, el chocolate, un paseo por la playa y cómo los pies rozan la arena

húmeda de la orilla, las puestas de sol, los animales y un largo etcétera. Cada persona podrá encontrar la felicidad en cualquier sitio si sabe verla. Se podría decir que la felicidad es un camino a seguir y no a conseguir, lleno de baldosas que se encuentran paralelas a ti. Por cada una de esas baldosas que pisas, disfrutas de un momento único que te hace especial. La infelicidad viene cuando tratas de alcanzar baldosas que se encuentran en un plano superior a ti. Está bien querer conseguir llegar a ellas, pero no se debe exceder de estas baldosas para no perderse en el camino y no olvidar a las otras que estaban en el mismo plano. Al final, el objetivo es disfrutar del trayecto y de lo que nos ofrece... De aprender.

Superella, poco a poco, va perdiendo esa figura negra y tenebrosa y una mano, esta vez más humana, se queda sujeta a la tuya. Un brazo se va descubriendo y, de nuevo, tu imagen viva se personifica en otra cosa. Eres tú, pero sigue siendo Superella.

—Al fin termina esta pesadilla —se pronuncia Superella sosegada porque, por fin, ha salido de la oscuridad que la poseía.

—¿Eres Elella? —preguntas a tu semejante.

—¿Elella? No, yo soy Superella.

—Pero si Elella es como yo y tú eres como ella, o sea como yo. Buff, qué lío.

—Sí, sé de quién hablas, pero no, yo sigo siendo Superella, solo que con un aspecto más amigable.

—Bueno, a mi si me dieran a elegir un aspecto, no elegiría el que tengo ahora.

Tratas de romper el hielo haciendo una broma sobre ti misma. Uno de tus mejores dones es expresar tus sentimientos a través de la autocrítica.

—Quizás por eso esté aquí.

—Solo era una broma, tranqui.

—Bueno, sabes que en el fondo no era una broma. El cincuenta por ciento de las bromas son verdad.

—Si ya, es como el dicho «entre broma y broma, la verdad asoma».

—Algo así, sí. Oye, antes has mencionado a Elella. ¿La has visto?

—¿Alguien me ha llamado?

Elella aparece como por arte de magia en el pasillo. Como en esos libros de J.K Rowling. Haces un gesto de desapego, presentándosela así a Superella. Como si con una expresión de desagrado dijeras «aquí está». Elella se acerca lentamente a Superella con cara de asombro.

—Superella... ¿Qué haces aquí? ¿Y cómo has...?

—Ya ves, aquí me tienes.

—Ya veo, sí. Pues nada, ya estamos todos, ¿y ahora qué?

—Eso digo yo, ¿ahora qué pasa? O sea, ya sé que estáis aquí, pero algo querréis de mí las dos, ¿no?

—Olimpia, eso es algo que ni nosotras sabemos —responde Superella.

—Pues yo menos. Por algo os estoy viendo. —Guardas un breve silencio—. Me estoy viendo.

—Sí, pero ahí coincido con Superella. Solo tú puedes traernos y solo tú puedes hacer que desaparezcamos para siempre.

—¿Yo? Buff, pero si no sé cómo os he traído. Ni siquiera quiero que estéis aquí.

Te sientas en la cama agobiada por ambas presencias. Solo quieres la calma y la tranquilidad que tenías antes, la cual ya echas de menos.

—Bueno, Olimpia, tranquila. Seguro que encuentras la respuesta —se pronuncia Superella intentando calmarte.

—A ver, seamos realistas, no vas por el camino de conseguirlo —irrumpe Elella mientras Superella la mira con enfado.

—Pues anda que ayudas mucho.

—Solo intento ser realista. A veces hay que serlo.

—Elella tiene razón. No estoy ni cerca de saber cómo deshacerme de vosotras.

—Eso —dice Elella mientras se sienta entre Superella y tú—. Así que lo mejor es que te cojas la Nocilla y te apalanques a ella con una cuchara. Ya lo averiguaremos más tarde.

—Y ya está, solucionado —dice Superella con tono irónico.

—No es mala idea.

—No, Olimpia. Ya sabes que luego te culparás por ello, además lo lamentarás luego por esos kilillos de más.

—Pues nada, tú dirás.

—Estoy de acuerdo en una cosa con Elella: ahora no es momento de agobiarse. Descansa la mente un rato, está claro que ahora no lo vas a solucionar.

Las tres, sentadas en la cama, forman un caleidoscopio de emociones. Elella y Superella te tienden la mano sin saber con seguridad si son un lastre o una ayuda. Sigues cabizbaja en la cama sin obtener respuesta. «Tienen razón, la respuesta no la encontraré ahora». Miras a tu alrededor, y Elella y Superella se han marchado. «¿Dónde van cuando no están?».

Son las ocho de la mañana. Has perdido dos horas haciendo nada, hablando con seres imaginarios que parece que solo te quieren hundir más. Has perdido por completo el sueño, así que, aunque te moleste despertarte un sábado tan temprano, te levantas de la cama y te vas a la cocina a prepararte el desayuno.

Gordi se alimenta con su pienso barato y tú le das vueltas al café más negro que tu futuro. Vueltas y vueltas esperando que los problemas se disipen, así como se disipa el azúcar. Son las ocho y ni siquiera puedes ir a comprar, pues el súper más cercano no abre hasta dentro de una hora y media. De pronto, un pensamiento se incrusta en tu cabeza como una flecha entra a una manzana. La cita con Sergio será en unas horas y apenas has pensado en el conjunto que te vas a poner. A pesar de los nervios con los que sueles tratar las cosas, esta vez no entras en pánico. Para tu sorpresa, mantienes la calma y la cabeza fría, y estás segura de ti misma. Sabes que vas a ir guapa te pongas lo que te pongas. Es curiosa esta reacción en ti, tanto que hasta te deja pensativa. Es quizás que estás cambiando, madurando o viendo la vida con otros ojos. Es posible que, al fin, toda la ansiedad se haya quedado en el café. Hoy te sientes distinta, más optimista, más tranquila y a gusto contigo misma. Te tomas el café con una sonrisa. Incluso el café te sabe amargo y decides endulzarlo con un poco más de leche y azúcar. Estás convencida: hoy será un buen día, y no, no por la cita con Sergio, hay días en los que simplemente estás bien y no hay que darle explicación alguna, solo disfrutarlo.

Te vistes con algo cómodo, pero vas guapa, te pintas sencillo, pero estás arreglada. El espejo que antes reflejaba inseguridades, ahora refleja poder. La chica que antes no podía con un pequeño chaparrón, ahora podría abrir los mares y despejar la peor de las tormentas. Achuchas a Gordi y sales por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. En la calle el sol parece que brilla con otra intensidad, no es que brille fuerte, es que brilla distinto, como si te empujase por detrás animándote a sentir un día más. Bajo tus pies, se va haciendo un camino y, tras de ti, dejas una estela de empoderamiento. No miras a nadie por encima del hombro, solo sientes la magia que tienes y que antes no veías. Las plantas crecen, las flores se abren y el aire se limpia a cada paso que das.

—¿Te has puesto un pantalón blanco? Te recuerdo que te va a bajar la regla en nada.

Aminoras el paso y el sol se vuelve algo más oscuro. Es Elella que te sigue por detrás.

—Te odio —le replicas.

—¿Por qué?

—Porque tienes el poder de hacerme más chiquitita cada vez que apareces. Me haces sentir una hormiguita.

—Las hormigas pueden levantar hasta cien veces su peso, ¿lo sabías? —dice Superella intentado animarte.

Tú sonríes agradeciendo su presencia. Vuelves a aligerar el paso, con fuerza y sin detenerte. Elella y Superella te siguen por detrás intentando seguir el paso, pero andas cada vez más deprisa tratando de dejar a ambas atrás.

—Espera, Olimpia, no andes tan deprisa —dice Elella jadeando.

—Elella, déjala, ¿es que no te das cuenta? Ya no nos necesita.

Elella se para en seco y mira a Superella.

—¿Entonces por qué seguimos aquí?

Superella se queda callada pues sabe que, en el fondo, Elella tiene razón.

Sigues andando sin detenerte. Llegas a la puerta del súper donde te esperan Elella y Superella.

—¿Todavía seguís aquí? —dices haziada por la presencia de tus mellizas.

Coges un carro y te paseas por los pasillos del mercado. Primer pasillo, higiene personal.

—Olimpia, te va a bajar la regla, necesitas tampones y compresas —te advierte Elella de nuevo.

—Espera, mejor coge una copa menstrual. Es más higiénica para ti y respetuosa con el planeta —le recomienda Superella.

—¿Copa menstrual? Eso es muy moderno para ella. Mejor usa los tampones de toda la vida o compresas mejor, así te sientes más segura. Bueno, casi mejor que cogemos los dos y listo —sentencia Elella metiendo ambos paquetes en el carro de la compra.

—¡Queréis callaros las dos! Ya tengo en casa, además no me va a bajar la regla todavía —gritas con el objetivo de silenciar a ambas.

Las personas que hay a tu alrededor te miran como si de una loca se tratase. Te das cuenta de que estás sola con tu carro comprando, pero Elella y Superella no se han marchado todavía.

—De verdad que vais a hacer que me encierren por loca.

Sigues por los pasillos y el carro cada vez va creciendo más y más.

—Ten cuidado con la factura —te advierte Superella.

—¿Tú también? Pensaba que tú me animabas siempre.

—Y lo hago, solo trato de ayudar.

—Ahí tiene razón, Olimpia. Te recuerdo que estás en el paro.

—Vale, muchas gracias a las dos. —

Las personas que están a tu alrededor te miran; solo te sale sonreír.

—Estoy hablando por teléfono —indicas señalándote la oreja, tratando de disolver las sospechas sobre la decadencia de tu salud mental. Te diriges hacia la caja.

—¡Olimpia! —grita Elella asustándote—. ¡Ay, dios mío!

—¿Qué pasa?

—No hemos ido al pasillo de los dulces.

—Joder. ¿Y por eso me tienes que dar un susto así?

—Nada de dulces, que se acerca el veranito —te advierte Superella.

—Bueno, ahí tiene razón, pero un dulcecillo a nadie le amarga.

—Que me dejéis ya.

Te quedas pensativa, es cierto que luego te lamentas, pero un chocolatito no le hace daño a nadie. Sales de la cola y te diriges al pasillo de los chocolates. Tantos por elegir que apenas puedes decidirte: con avellanas, con nueces, con fresa, negro, blanco, con leche, caramelo, tofe. Nos decantamos por un chocolate con leche y avellanas en su interior, pero de marca blanca, tampoco vamos a tirar la casa por la ventana para coger un kilo y medio por tableta. Vamos a la caja y avanzamos la cola como cerdos al matadero. El carro está hasta la bola y ya temo el ticket. Somos las siguientes y yo voy dejando los productos en la cinta. Los coloco de forma organizada para meterlos en las bolsas después. Están tan bien colocados que siento cómo los años de tetrís en mi infancia han dado sus frutos. «Mierda, las bolsas. Espero tener suficiente con cuatro». Ya nos toca. Los alimentos pasan uno a uno por el láser. «Bip, bip». Te sumerges en los pitidos mientras vas metiendo la comida en las bolsas. La factura sube y sube: treinta, cuarenta. «Esto va a doler». «Bip, bip, bip». Lo cierto es que el carro no estaba tan lleno aunque se sentía que estaba hasta los topes. Sigues metiendo la comida de forma ordenada: primero las botellas, lo frío todo junto, los productos de limpieza por separado. Intentas ir lo más deprisa posible, como si la cajera y tú estuvierais en una carrera para ver quién termina antes. La cajera termina y para tu sorpresa casi termináis a la vez. Solo se han quedado el pan y los huevos para el final, que es lo más frágil. Temes la cifra y miras a la cajera con ojos de pena como si fuera ella quien te va a quitar el dinero, pidiendo piedad para que quite algunos euros de la factura. Elella y Superella están detrás de ti sudando la gota gorda, esperando con ansias la cifra.

—Bueno, Olimpia, si es mucho no pasa nada, para eso trabajas —intenta animar Elella.

Lo cierto es que tiene razón salvo que la única pega es que ya no trabajo.

—Ya no trabaja, idiota. Se lo recuerdas a diario.

Superella como siempre defendiéndome de los malos, a veces incluso de mi misma.

—Olimpia, a la siguiente compra ya sabes que tienes que tener más cuidado. Ánimo.

Te sientes como un condenado a muerte que tras de ti van dos guardias que dicen «Condenado a muerte recorre la milla verde». Las dos intentan consolarme para que el mazazo sea más liviano.

—Son sesenta y ocho con noventa y nueve.

Te sientes aliviada, pensabas que era más. Aun así, siendo realistas, son casi setenta euros y apenas llevas nada. Las cuatro bolsas han dado de sobra. Un día eres joven y al otro día dices: «Vaya dineral en compra y apenas llevo nada». Salgo de la tienda y con las piernas temblando. No sé si porque voy cargada con las bolsas o es por el bocado que le he dado a la tarjeta en un momento.

—Bueno, Olimpia, podía haber sido peor.

—Estoy de acuerdo con Elella. Sesenta y nueve euros no es mucho al final.

—Además te llevas el chocolate.

—¿Desde cuándo vosotras dos hacéis un buen equipo?

—Lo hacemos por ti, Olimpia. Nos importas.

—Que lo digas tú, Elella, me sorprende. Llevas fastidiándome desde que llegaste.

—Ahí tiene razón Olimpia, Elella. Pero lo importante es cómo estás ahora.

—Eso. Mírate, estás radiante, nena.

—¿Nena?

—Vale, ahí me he pasado. Pero quédate con lo bueno, hoy quedas con Sergio y ya lo que venga después es cosa tuya.

Elella te da un par de codazos mientras pone cara de pilla. No puedes evitar que te salga una

pequeña sonrisa.

—¡Cállate!

—Bueno, pase lo que pase esta noche, sé prudente. Ya sabes que de los tíos te puedes fiar poco.

—Amén, hermana —le dice Elella orgullosa a Superella, mientras levanta el puño con el objetivo de que lo choque con ella. Superella gira la cabeza de lado a lado redimiéndose, pues Elella no tiene remedio—. ¿No? Eres una saboría, que lo sepas.

—Sergio es distinto.

—¿Por qué? ¿Porque te pone cachonda?

Superella y tú miráis a Elella por lo que acaba de decir. Tras un breve silencio, las tres se ríen juntas.

—No... Bueno, sí me pone cachonda, pero me refiero a que no le veo bueno por eso.

—Olimpia, hoy da igual si es bueno o malo, hoy te lo tienes que comer y punto.

—Pero con cautela. Tienes condones en casa, ¿no?

—Anda que vaya conversación que tenemos las tres. Podríais coger bolsas así ayudabais de verdad.

—Olimpia... Sabes que no estamos aquí de verdad, ¿no? —pregunta Superella con condescendencia.

—Sí, lo sé, solo era una broma. Y sí, en casa tengo condones.

—Comprueba que no estén caducados. —Superella mira a Elella—. ¿Qué? —responde Elella si saber qué ha hecho mal.

Ya has llegado a casa cargada de bolsas. Empiezas a colocar las cosas en la nevera.

—Creo que deberías poner las cosas que van a caducar antes delante —le aconseja Superella.

—Qué más da si se lo va a comer igual.

—Yo solo lo digo para...

—Tú solo lo dices para fastidiar —interrumpe Elella.

—Vale, pues yo ya paso. Haced lo que queráis. Me voy.

Superella sale por la puerta de la cocina indignada por la contestación de Elella.

—De verdad que no tiene sentido del humor.

—Hombre, es que te has pasado un poco.

—Bueno, ahora que estamos solas tú y yo, te daré un consejo.

—Tú y tus consejos, Elella. Miedo me das.

—No, tú tranquila y confía en mí. Mira, hoy tienes la cita con Sergio, iréis al cine, posiblemente cenareis y cuando terminéis, considero que te lo traigas a casa y luego... bueno.

—Bueno... ¿qué?

—Sexo, Olimpia, sexo.

—Ya sé por dónde ibas, solo quería que lo dijeras tú.

—Olimpia, yo creo que deberías esperarte a la segunda cita, por lo menos —aparece Superella como si estuviera invocada en un pentagrama.

—Mira quién ha tardado en aparecer.

—Hombre, es que si la dejas contigo a solas en cuanto me descuido tienes dos hijos con él.

—Tranquilizaos las dos. Vamos a ver una película al cine y ya, lo que pase después es solo cosa nuestra.

—Come lo que quieras y cuando quieras, ya sabes, es mejor pedir perdón que pedir permiso. Y yo me voy que me tenéis harta las dos.

Elella se marcha, dejándote en la cocina terminando de colocar la compra con Superella, para

custodiarte de los «consejos» de Elella.

—Eso. Así estamos mejor, Olimpia, hazme caso.

—A veces tiene buenos consejos.

—¿Consejos? Si es una fábrica de ansiedad.

Sacas de la bolsa la tableta de chocolate que es lo último que queda por colocar. La vas a guardar en el armario cuando se te ocurre coger un cachito. Superella te mira con cara de circunstancia.

—Olimpia...

—¿Qué? —respondes esperando ya la queja de Superella.

—Mira, yo no quiero ser como Elella que te quita las ganas de vivir con solo oler su perfume, solo es que quiero recordarte que estabas a dieta y ese chocolate pues, muy de dieta no es.

—Solo es un caprichito.

—Sí, está bien darse uno de vez en cuando, pero ya está terminando abril y querrás estar mona para el verano, ¿no? Que ya lo estás y lo estarás tanto si engordas como si adelgazas, ya sabes, *bodypositive*.

—¿Pero?

—No, no hay, pero... —Tras una breve pausa, Superella añade—: Pero luego te pones mal cuando te salen los michelines o no te vale ese vaquero que tanto te gustaba.

—¿Crees que estoy gorda?

—No, para nada, Olimpia, solo lo digo para prevenir.

Superella sabe muy bien lo que dice y trata de cuidar sus palabras las cuales se te clavan como agujas.

—Podría ir al gimnasio mañana mismo.

—Claro, sí, lo que pasa que te recuerdo que no tienes trabajo y andas regular de dinero.

—Bueno pues salgo a correr, fíjate tú qué dilema. Es más, salgo a correr ahora.

—¿No te vas a preparar para la cita con Sergio?

—Todavía quedan muchas horas, son solo las once de la mañana.

—Vale, como quieras.

Te preparas el «outfit» para salir a correr: camiseta técnica, leggings que hacen culazo y los cascos para aislarte del mundo. Ya lista, sales por el portal preparada para una horita de ejercicio, no sin antes hacer unos estiramientos.

—Bueno, parece que hace buen tiempo para correr.

Se aparece Elella sobresaltándote.

—Elella, qué susto. ¿Qué haces aquí?

—Salir a correr, tú qué crees.

—No, yo salgo a correr, tú te piras de aquí que quiero desconectar.

Empiezas la marcha y Elella te sigue detrás. Pronto llegáis a un parque que está al lado de tu casa y empiezas a cronometrar. Corres a un ritmo ligero, pero asumible.

—Qué bien sienta hacer un poco de ejercicio de vez en cuando, de verdad —añade Superella uniéndose a la carrera.

—¿Tú también? Por si éramos pocos y parió la abuela. Pues nada, ya estamos todas.

—Planta bien los pies, Olimpia.

—¿Ya estás con tus consejitos, Superella? Déjala.

—Es que se va a hacer daño en las rodillas.

—No pasa nada, el objetivo es estar delgada, no sana.

—Queréis callaros las dos.

—Venga, ya nos callamos.

Sigues corriendo dejando que la música invada tu cuerpo. Te imaginas bailando en las mejores discotecas con los mejores DJs o tomando el sol en playas paradisíacas, mientras Sergio te trae un cóctel de ron.

—Tú no tienes ese cuerpo, Olimpia —se intrusa Elella en tus pensamientos.

—¿Qué cuerpo?

—El de la fantasía que acabas de tener.

—¿Puedes leerme el pensamiento?

—En realidad puedo verlo como tú lo haces, ya sabes que las tres somos uno. Nuestros pensamientos son los tuyos y los tuyos, son nuestros.

—Tú no necesitas ese cuerpo, Olimpia.

—Gracias, Superella. Así se anima, Elella.

—Pero puedes tenerlo si lo deseas, solo requiere trabajo, trabajo y más trabajo.

—Y alguna operación que otra, tampoco tenías esas tetas. ¿Y no parecías más alta?

—De verdad, es que no puedo estar cinco minutos tranquila.

—Depende de ti —dicen las dos a la vez. Ambas se miran debido a la coincidencia de sus palabras.

—¿Y qué hay que hacer? Eso no lo sabéis, ¿a que no? Muchos consejitos y ánimos, pero para lo que realmente necesito no tenéis ni idea.

Estás enfadada y triste, aceleras el paso para intentar dejar a ambas atrás, cosa que te resulta imposible. Elella y Superella te siguen el ritmo, el cual aceleras cada vez más.

—¡Marcharos ya! —gritas girándote de golpe. Sin embargo, allí ya no había nadie. Las personas que pasan a tu alrededor te miran asustados. Entrás en pánico y echas a correr hasta casa con un ataque de ansiedad.

Llegas a casa y te encuentra con Elella y Superella en el salón jugando con Gordi.

—¿Todavía seguís aquí? ¡Que os marchéis! —gritas desesperada por la pesadumbre que te producen las dos.

—Olimpia, tendrías que calmarte —aconseja Superella.

—No, ya estoy harta. Estoy cansada de vosotras y de que todo me pase a mí.

—No todo te pasa a ti, hay personas que lo tienen peor que tú —añade Elella intentado sosegar la situación.

—Claro y como otras personas lo tienen peor que yo, me debería de consolar así. De verdad que me estoy volviendo loca; hablo sola, me veo a mí misma, tengo conversaciones imaginarias conmigo misma, sin hablar de que no tengo trabajo ni lo tendré pronto, el chico que me gusta me va plantar, no tengo objetivos ni sueños, no soy nada ni lo voy a ser.

Empiezas a quedarte sin aire, ahogándote con tus propias palabras y lágrimas vacías. Superella empieza a entristecerse contigo y empieza a tornarse en un tono cenizo, volviéndose cada vez más negro. Los pies le empiezan a desaparecer y se convierten en un humo negro que poco a poco se extiende por el resto del cuerpo. Vas a socorrerla, pero es inútil. Los ojos se le inyectan en sangre y los dientes se le afilan uno a uno, volviéndose la sonrisa cada vez más terrorífica. Poco queda ya de Superella, solo media cara y un brazo que sostienes con el objetivo de evitar la catástrofe.

—Superella, por favor, no te vayas —sollozas a lo poco que reconoces de Superella culpándote por tus palabras y esperando, así, la redención.

—No me voy, vuelvo a mi forma primitiva.

—Lo siento, de verdad. Por favor, perdóname.

—Yo no te tengo que perdonar, Olimpia. —La femenina y dulce voz de Superella se está

transformando en sonidos y quejidos guturales—. «Ya vine, ya llegué».

Poco va quedando de lo que era antes y la oscuridad vuelve a reinar. Elella queda como una mera espectadora de lo que está sucediendo. Sin embargo, poco se extraña de esta situación. Elella, que ya tenía claro que el destino de Olimpia no iba a acabar bien, evita la intromisión en esta situación y solo se queda a esperar de lo que le deparará el destino tras la caída de Superella.

—Lo siento mucho, Superella, yo no quería que acabara así. Solo quería vivir tranquila y en paz conmigo misma.

La oscuridad está casi por engullirla del todo y solo asoma por un humeante cuerpo del color del hollín, una pequeña mano y una finísima muñeca. Te sientas en el suelo sin saber qué puedes o qué debes hacer para evitar la transformación de Superella.

—No es que no quisiera tus consejos, es que me costaba aceptarlos. Los de ambas. Claro que necesito vuestros consejos, sin vosotras estaría aún más perdida. Os necesito a las dos, vuestros consejos me protegen de mí y de los demás, me animan a hacer cosas que quiero y que no me atrevo a hacer, me dan autoconocimiento. Aunque a veces me pongáis nerviosa, os acepto tal y como sois porque yo quiero que me acepten tal y como soy.

La oscuridad que envolvía a Superella se va disipando y la imagen que una vez reflejaba vuelve a brillar, pero esta vez incluso con más fuerza. Elella empieza a resplandecer también y las tres os cogéis de la mano. Por tu cara siguen cayendo lágrimas, pero esta vez no son de tristeza, pues al fin entiendes el cometido de la presencia de las dos. Por un lado, Elella, impulsiva e instintiva, que me anima a atreverme. Parece que me odia, pero solo ve aquellas cosas que nos negamos a ver y me ayuda a crecer. Por otro lado, Superella, prudente y racional, me protege incluso algunas ocasiones de la propia Elella. Busca, mediante el sacrificio, mi crecimiento y desarrollo personal.

Vas entendiendo lo que significa convivir contigo misma. Vivir contigo misma es aceptar tus defectos, corregir los errores y resaltar tus virtudes. Es vital vivir en paz con uno mismo porque siendo así, no importan las asperezas de la vida, no importa el porvenir. Es parte del aprendizaje del yo, cuyos maestros son elello, el superyó y el tiempo, y el resultado final es la convivencia pacífica entre los tres individuos. Es así y solo así cuando la vida se hace pacífica con la existencia. Entender esto da lugar a la súpermujer, perdonadme la redundancia, si tratamos de definir lo que es ser mujer. Difícil descripción pues ser mujer no es tener pecho, no es la capacidad reproductiva, no es tener vagina. Sin embargo, sin obviar las características obvias del sexo femenino (descritas anteriormente), que no del género femenino, cuyo significado no es el mismo, ¿cómo podríamos definir el género? Encarnando y sintiéndome como tal, puedo expresar con absoluta certeza que el ser mujer no es ni más ni menos que sinónimo de lucha; Mujer, gran palabra superlativa, desde que nace lucha contra el sistema que la oprime, contra los estereotipos, contra el género opuesto y el mismo, incluso contra sí misma. Ser mujer a lo largo de la historia ha significado ser monedas de cambio, destinadas a unir y destruir reinos, recipientes, fábricas de seres humanos, esclavas, sirvientas, objetos. Nos han tachado de inferiores física y psicológicamente, nos han calificado incapaces de aprender y de comprender. Nos han destinado al cuidado de niños, cuidado de hombres y de ancianos, obviando el cuidarnos a nosotras. No importa el tipo de mujer ni el país de origen, incluso no importa el nivel adquisitivo, aun con privilegios, siempre hemos sido las que estaban detrás. Hemos sido las segundas en discordia esperando nuestro momento, pero sabéis qué, ahora es nuestro momento. Ya no hay seudónimos, aprendemos y trabajamos, seguimos cuidando y dando amor, pero esta vez sin poner por delante a nadie, tampoco detrás, pues no es necesario apagar la luz de nadie para brillar. Ahora vamos de frente, aquí estamos y será difícil movernos. Incluso si eres mujer trans, sabes lo que es luchar

por ser mujer, romper con cánones y estereotipos. Ser mujer es dar un puñetazo a la mesa y decir «aquí estoy yo», presente y de frente.

Olimpia poco a poco se va uniendo a Elella y Superella haciéndose una. Siente el poder de lo que significa estar consigo misma y a su vez con otros dos seres más. Ahora ya no hay distintos individuos sino que todos viven equilibradamente entre sí. Olimpia ya no es que no sienta miedo, sino que no la domina y ha conseguido emitir su propia luz y no ser el reflectante de la luz de otros. El amor propio y el autoconocimiento han conseguido que pueda dominarse a sí misma. Es la era de la dualidad de la mujer.

Capítulo 3: Hombres

Hombres, ni con ellos ni sin ellos. Ya, desde el principio de nuestros tiempos, los necesitamos para existir. No sé si eso me consuela y podría decir que es, en cierto modo, un castigo, pues ellos, en su más profundo ego, decidieron que nosotras, las mujeres, éramos inferiores sin que pensarán que nosotras y solo nosotras podemos parirlos. Si las mujeres nos cerramos de piernas, ningún hombre existiría. Ellos se alimentan de nosotras al nacer y, cuando crecen, deciden que somos insuficientes, que ya no nos necesitan.

Sin embargo, es difícil estar sin ellos porque cuando encuentras a un hombre... un buen hombre, hace que te reconcilies con el género opuesto. Un hombre que te cuida a pesar de no necesitarlo y, por qué no, que te mime en tus días. No, no hablo de cuando tienes la regla (que también), hablo de esos días en los que no te aguantas ni tú, que solo quieres cerrar las redes sociales que solo te hacen sentir lo defectuosa que eres, tirarte en la cama y no salir de ahí, estar en una posición fetal bajo la manta y pausar la vida por un momento. Hablo de esos días en los que el trabajo (si lo tienes), te supera o si esos sueños que luchas por conseguir se difuminan en tu mente. Es en esos momentos donde ves que la aparición de un hombre en tu vida merece la pena. Además, te alegras de que alguien te sostenga en volandas y pienses que, o bien él es muy fuerte o tú has perdido esos kilillos de más de tanto ansías eliminar.

No, los hombres no son los malos. Al fin y al cabo, ellos también han sido víctimas de su propio sistema. Ser el sustento económico de la casa, vestir así, ser así, no llores que eso es de «nenas»... Normas establecidas a las que ellos también se han visto sometidos a voluntad y sin pensar que eso también les perjudicaba. Ahora, y gracias al trabajo de nosotras, pueden respirar libertad porque, al fin y al cabo, de eso va el feminismo, se pretende igualar las fuerzas y no de imponerse a la supremacía del género.

Aún recuerdo quien fue el primer hombre de mi vida, bueno, no lo recuerdo porque apenas estuvo ahí, pero sé que existió en algún momento. Sé que hubo un hombre que estuvo con mi madre cuando yo nací, en mi tercer cumpleaños e incluso en mi comunión. Sé que su presencia estuvo ahí algunas veces, cuando convenía. El último recuerdo que tengo de él es precisamente en la comunión; según salía de la iglesia ataviada toda con un precioso vestido blanco y una corona de flores, una figura masculina se divisaba a lo lejos. Yo que en aquel momento me sentía la protagonista de mi propio cuento, apenas pude acercarme. Sin embargo, de alguna manera podía identificar a mi progenitor masculino, a pesar de los pocos (o ninguno) recuerdos que tengo de él. Alzó la mano y me saludó desde la distancia, me quedé inmóvil pues yo solo quería que se acercara, me cogiera en volandas como su niñita que debía ser y me diera vueltas en cámara lenta como en las pelis melodramáticas que echan por la tarde. Sin embargo, solo pude ver cómo un ser movía la mano de un lado a otro hasta que la abuela, la madre de mi madre, se puso en medio a tirarme de las mejillas y a recordarme lo guapa y lo «princesita» que estaba. Yo solo podía pensar en lo bien que cumplía con mi género femenino yendo con ese vestido blanco que, posteriormente, me impediría jugar con mis primos. Cuando mi abuela se apartó del medio, mi «padre» ya se había ido. Qué efímero el momento y cómo de pesado fue aquel día para él,

que ya no le volví a ver jamás.

Es quizás uno de los indicios de por qué siempre elijo al mismo tipo de hombre narcisista, ese que siempre es cariñoso al principio y poco a poco te vas dando cuenta de quién es. Lo malo es que cuando ya te has dado cuenta de la verdadera cara, ya es tarde. El amor propio abandona la sala y se instaura la dependencia hacia su persona y te olvidas totalmente de quién eres, de tu familia y de tus amigos, todo lo que eras queda ya atrás, no existe nadie más que su persona. ¿Cómo se llega a esto? Quizás juega un papel fundamental el miedo al abandono y la necesidad de que alguien cuide de ti como la niñita que siempre has sido o, más bien, quisiste ser.

Vuelvo a la normalidad y ahí está él, recorriendo con sus labios cada uno de mis húmedos centímetros de ese rincón hecho por los dioses (o diosas) para uso y disfrute, cuyo único cometido es el placer. Y yo solo me castigo por no disfrutar de ese último minuto por haber estado expuesta a un pensamiento intrusivo sobre mi pasado. Abro los ojos y miro hacia abajo, ahí está, una cabeza con pelo (la verdad que siempre me han dado igual los hombres con pelo o sin él) y media cara, la otra mitad está sumergida en mi sexo. A mi cabeza se le mete otro pensamiento intrusivo y es en lo afortunado que debe de sentirse este tío por las preciosas vistas que tiene en este mismo momento. No como yo que, o como techo cambiando por completo el significado de esta expresión, o cierro los ojos imaginándome sus propias vistas, porque si miro hacia abajo, solo puedo ver una coronilla que, sin ir a una clínica capilar, puedo predecir su alopecia de aquí a unos años. De vez en cuando, unos ojos alzan la vista y observan cómo mi placer hace que pierda por completo el control de mi cuerpo retorciéndose sobre sí mismo. En esos ojos puedo sentir cómo ese hombre se apodera de mi placer y lo hace suyo, alimentando el ego masculino que le dice que solo puede clavar su bandera de triunfo, cuando puede hacer sentir placer a una mujer. Esto me hace recapacitar en lo egoísta que es este acto, pues no lo hace por el mero hecho de dar placer a una mujer, sino que lleva consigo una doble intención: sentirse poderoso como hombre y no por un acto altruista.

Una lengua hace que aterrice de nuevo en mi cama de uno treinta y cinco, y que me olvide de cualquier discurso feminista; ahora, estamos a lo que estamos. La húmeda recorre esos labios menores que me recuerdan a cómo los llamaba la abuela de un amigo mío, gritando siempre como una verdulera y diciéndole cuando no hacía caso: «Me vas a comer todas las pingoletas del coño», refiriéndose a esa misma zona del cuerpo. «Céntrate, Olimpia, concéntrate», me digo a mí misma. Así que así los bauticé yo, las pingoletas. Las mías ahora están humedeciéndose entre mis flujos y la saliva de aquel hombre que ahora me hace sentir suya, haciendo que agradezca más aun el hecho de que tenga un coño. Arriba y abajo mueve su lengua por mis pingoletas saboreándolas, mete su lengua por mis agujeros, esos que la madre naturaleza me ha dado y a los que yo bendigo por ello. Vuelve a subir su lengua rozando mi centímetro visible más poderoso. Círculos y zigzagueos que me llevan al éxtasis, siendo ese el mismo instante cuando mis piernas cobran vida propia y comienzan a temblar. De esta misma zona empieza a emanar un calor que pronto poseerá el resto de mi cuerpo, puedo sentir cómo una luz me ilumina desde lo alto y un angelito viene a rescatarme de este avatar que me ha tocado ser. Suspiros sordos brotan de mi garganta, no puedo impedir su salida. Mi cuerpo se estremece, ya no tengo el control, simplemente me dejo llevar hasta que ya no puedo más... Una lagrimilla brota de mi ojo agradeciendo así mi propia existencia.

Sergio sube hasta mi cara y me besa, su boca está invadida por el sabor de mí; me gusta besarle saboreándome. Me acaricia el pelo mientras me mira a los ojos, me hace pensar que quizás sea él el adecuado para mí, para compartir mi vida hasta el final de mis días, con quien me levante cada mañana. Es tierno, es cariñoso, no es como los demás que una vez cumplida con su

jornada se marchan, algunos de ellos para no volver como hizo mi padre en su momento. Sergio se queda, ni siquiera se da la vuelta y se duerme, se centra en mí y en esos instantes de intimidad que nos quedan, aprovechando hasta el último segundo de nuestro tiempo. Nuestro tiempo... ¿Será solo este nuestro tiempo? Ojalá durara toda la vida, quiero esto cada noche hasta mi último aliento. ¿Es posible que me esté enamorando de Sergio? No, me juré y perjuré que después de mi última relación fracasada no me volvería a enamorar. Me niego a enamorarme, solo me gusta este momento que podemos volver a tener cuando queramos con solo salir al descansillo y llamar al timbre. Al fin y al cabo, somos vecinos. Así intento consolarme y negar lo evidente: sí, me estaba enamorando de Sergio a pesar de no querer sentir ese subidón de hormonas, cuyo objetivo es la reproducción, evitando así, nuestra propia extinción. Sergio sigue mirándome y abrazándome con sus musculados brazos esculpidos en el gimnasio. Yo no puedo parar de mirar esos preciosos ojos color miel. Mi boca me posee, no puedo evitar darle un beso, así que me dejo llevar: mis labios tocan los suyos delicadamente, como si una gota de rocío acariciase un pétalo de rosa recién abierta en la mañana. Sus labios, esponjosos y dulces como el algodón de azúcar y más adictivos que la heroína, hacen que no pueda parar de chuparlos, de morderlos, saborearlos. Nuestras salivas se unen en un magnetismo irrefrenable y hacen un cóctel que sucumbiría a los dioses. Hoy y ahora en esta cama gobernamos los dos, y no hay fuerzas suficientes en el universo que alteren la consciencia de nuestra propia existencia y la grandiosidad y la razón de ser humano.

Despierto y él no está, a mi lado me acompaña un espacio vacío en unas sábanas sucias y arrugadas. Sergio se ha ido, pero no sin antes dejarme una nota en la mesilla que decía: «Amor, me he tenido que ir al gimnasio, nos vemos luego. Un beso, guapa». En mi cara se dibujaba una sonrisa tonta, y nacía en mí un sentimiento como cuando tenías quince años y el chico que te gustaba te miraba. Es inevitable que ruede por la cama y patalee de la emoción como una adolescente con las hormonas revueltas. Mis pingaletas se humedecen pidiéndome otro asalto. Sin embargo, ya soy adulta y me tengo que levantar de la cama para hacer cosas de adultos. Independizarte tiene cosas buenas como que puedes invitar a alguien a dormir y no hay nadie que te pregunte, pero también tiene sus cosas malas, como que nadie te pone la lavadora ni te hace de comer. Cuando me vine a vivir sola pensé que mi casa estaba rota; claro, cuando vivía con mi madre yo dejaba los platos en la pila, la ropa en el cesto de la ropa sucia y al día siguiente la ropa estaba limpia en mi cama y los platos impolutos en su sitio correspondiente. Ahí me di cuenta del gran trabajo que hacía mi madre manteniéndonos. Ella dejó de lado su vida y sus intereses propios para trabajar y dedicarse a cuidarme, sin ayuda de nadie.

Voy a la cocina a comer algo, estoy hambrienta después del desgaste físico. Abro la nevera y para alimentarme, quedan los tupperes de mamá y la compra que hice ayer basada en queso y verduras. En qué momento se me ocurriría comprar verduras si en el fondo sé que no me las voy a comer. Dentro de mí hay un yo *healthy* que se apodera de mí para hacer la compra, pero siendo realistas, me metería ahora mismo un colacao con dos sobaos entre pecho y espalda. Gordi me mira y con sus ojitos me dice que su tripita también está rugiendo. Me visto rápido con algo cómodo y bajo al súper, que está al lado de casa. Todo el mundo sabe qué cómodo significa vestirse como vagabundo, con lo primero que aparece por casa y que esté medianamente limpio. Posiblemente se trate de un leggings dado de sí, un top y un jersey ancho. Cuando me miro en el espejo del ascensor veo un ser que se asemeja a mí con el que poco o nada me identifico. En ese momento se entromete un pensamiento comparándome con esas influencers que si se vistieran como yo se verían como diosas, y yo parezco que voy a salir a pedirle al camello unos gramos de crack. Entro al súper y la dependienta me mira sospechando de mí por si robo algo; no le falta

razón. Voy primero a la zona de mascotas y le compro a Gordi pienso del barato, disculpándome desde aquí con mi mejor amigo por no poder permitirme darle esas croquetas de lujo que venden en los veterinarios. Sigo por los pasillos y me compro algo de fruta; de nuevo mi *rialfooder* sale a la luz. Paso por los pasillos de los dulces y las golosinas, claramente no puedo evitar añadir a la cesta unas magdalenas. El resto de la compra irá acompañada por una culpa que se acentuará a posteriori por comerme esos dulces, una culpa por no ser más fitness, por no tener ese cuerpo escultural de las modelos o influencers de moda y, en cambio, tengo un michelín que sirve de flotador cuando voy a la playa (cuando la economía me lo permite, claro).

Llego al ascensor de mi casa y cuando voy a cerrar, una conocida voz se oye detrás de mí:

—¡Espera! No cierres la puerta.

Yo obedezco sin saber siquiera quién es. Al fin y al cabo, vivimos en un país al que, si llamas a la puerta, te preguntan quién eres y respondes: «soy yo», te abren inmediatamente. Yo espero y quien pidió que le sostuviera la puerta aparece. Las pulsaciones se me aceleran, mi corazón va a mil.

—Sergio, qué alegría. ¿Ya vienes del gym?

Él se queda inmóvil, no sé si la alegría de verme o porque no se esperaba que nos cruzáramos.

—Hombre, Olimpia. Qué casualidad.

Sí, una casualidad muy casual. Quizás sea de esos momentos en los que el destino te esté tratando de decir algo y como siempre, lo ignoras. Yo me fijo en su vestuario, sí, es de deporte por lo que no me ha estado mintiendo, parece que viene del gym. El ascensor sube y el silencio hace más ruido que el propio ascensor. Mi mente está en alerta y yo solo pienso en por qué no me dice nada... «¿Se arrepentirá de nuestro encuentro? Quizás tenga novia o varias novias y yo solo sea una más de su agenda. Para, Olimpia, te estás volviendo loca. Además, solo es un tío, qué tanto te importa a ti si tiene otras chicas si no sois nada, no habéis formalizado nada, solo habéis echado un polvo y ya. Es muy fácil pensarlo, ahora aplicarlo ya es otra cosa. Dios mío, cuánto tiempo lleva subiendo el ascensor. ¿Es que no vamos a llegar nunca? Y ahora saca el teléfono el muy imbécil, ¿será alguna chica? ¿El ascensor se ha parado? Buff... por fin hemos llegado. Me estaba sintiendo como Neil Armstrong subiendo al Saturno V.». Sergio abre la puerta y la sujeta para que salga cargada con las bolsas de la compra.

—Pues nada, Olimpia, ya nos vemos pronto.

Sergio se mete en su casa y yo quedo atónita porque no me ha dirigido la palabra después del precioso momento que hemos vivido antes. Abro la puerta de mi casa y mi querido compañero, una vez más, me recibe alegre como si viniera de la guerra. Le doy su pienso y sin más remedio se lo come. Mientras él se alimenta redimido, primero dejo las cosas frías en la nevera y lo que queda en la despensa. Mi cabeza sigue dándole vueltas a ese momento. ¿Qué ha pasado? Parece que no ha pasado nada, pero la verdad es que ha pasado todo. ¿Por qué me agobio de esta manera? «Sergio es un tío más y punto». No sé ni qué hora es, se me ha ido el santo al cielo (literal). Son las dos de la tarde... Muy mala hora porque ya no me apetece cocinar. Y mi madre quiere que le dé nietos, si ni siquiera yo soy capaz de llevar una rutina alimentaria. Improviso y abro la nevera. Comienzo a sacar las cosas que anteriormente ya había dejado. Queso Emmenthal, fuet, queso fresco, membrillo, queso para dipear, palitos de pan, queso Philadelphia y, para terminar, un trozo de tableta de chocolate para el postre. ¿Quizás sea suficiente queso? Nunca es suficiente queso... Lo pongo todo encima de la tabla grande de cortar, cuchillo y para la mesa de café. Gordi viene muy contento a mi lado esperando que convide algo de mi cena, prometiéndome de nuevo que no le dará nada... Seamos realistas, algo le caerá. Abro el queso de

dipear, mojo el palito y, venga, para adentro. Mientras saboreo el queso, corto fuet. A mi mente le vienen pensamientos del momento de antes con Sergio. «¿Por qué me agobio tanto con él? ¿Es que acaso es el mejor hombre del mundo o el único? Además, ni siquiera me cogió las bolsas para que no cargara con peso. Para, Olimpia, estamos en el siglo XXI, no necesitas que un hombre te sujete las bolsas». Dejo de cortar fuet, cojo un trozo y me lo meto en la boca. Creo que va a ser mejor que me ponga algo en Netflix.

—Esta no, está ya la he visto, vista, vista, esta no me interesa... Buff.

De nuevo, los pensamientos con Sergio se vuelven a amontonar. «Dios mío, Olimpia, para. Ya no te aguantas ni tú misma de lo pesada que eres con Sergio. Solo es un tío». De pronto tocan el timbre, alguien está detrás de la puerta. Gordi sale despedido hacia la puerta tratando de advertir a todos los intrusos de su presencia. Él se creará el más intimidante, pero no creo que un perro de poco más de diez kilos asuste a mucha gente, y menos con ese ladrido tan agudo. Me voy acercando a la puerta.

—Gordi, para. No pasa nada.

Intento tranquilizar a Gordi sin éxito. Toco el pomo de la puerta y todos los pensamientos catastrofistas vuelven a mí. «Y si es un grupo de ladrones o, peor aún, un grupo de tíos que entran en casa de las chicas que viven solas y las violan. O peor aún, un vendedor de biblias». Abro la puerta y tras ella, el que ha estado perturbando mi mente en las últimas horas.

—Hola, Olimpia.

Me quedo sin palabras. «¿Qué querrá? Vendrá a por sal o azúcar sin más, no creo que me busque para hablar por lo de antes en el ascensor. Lo mismo viene para decirme que tiene novia y que no nos podemos volver a ver más. Es posible que quiera mudarse y me dé su dirección para que vaya a verle. No, yo creo que quiere cortar conmigo y ya no quiere volver a verme, no le gustó el polvo, fui una sosa, demasiado romántica quizás, a él le gustarán más otras chicas como de película. Pero Olimpia... cortar el qué si no sois nada, no sois pareja».

—Buenas, Sergio. ¿Qué haces aquí? —«Apenas he pensado en ti, Sergio».

—Verás, Olimpia, es que me sentía muy mal por lo de antes en el ascensor y quería hablar de ello.

«¿En serio?». De nuevo me quedo en silencio, ensimismada sin poder creer que de verdad haya venido a mi casa solo para hablar. Mi corazón va a mil. Será el amor o una arritmia que tengo que mirar con mi médico.

—¿Puedo pasar?

Todavía sin poder creer lo que está pasando, abro la puerta y le dejo pasar.

—Claro, pasa. Siéntate si quieres.

Gordi deja de ladrar (cosa que se agradece) y empieza a olfatearle. Parece que le cae bien y lo acepta en la manada, así que lo recibe con educación y le invita a que se una con nosotros en el sofá. Sergio se sienta, yo voy detrás y me siento a su lado. Gordi se tumba en el sofá justo detrás de Sergio.

—Olimpia, siento lo del ascensor de antes. No me he podido quitar de la cabeza el hecho de que no te dijera nada. Espero que no le hayas estado dando mil vueltas.

—No, no te preocupes, Sergio —«No, qué va».

—Es que llevo todo el día pensando en lo que pasó entre nosotros y en ese momento no te pude decir nada. No me salían las palabras. —Sergio guarda silencio. Es posible que sean unos segundos sin palabras, pero a mí me han sabido como una eternidad—. Olimpia... me gustas.

—¿Cómo? «¿En serio el chico que te gusta se te está declarando y a ti solo te sale decir “¿cómo?” Cómele la boca, joder».

—Sí, es que me pareces una chica increíble y casi desde que te vi por esa puerta, siento algo especial por ti.

—Sergio, yo...

—Buff, no me digas que tienes novio.

No me salen las palabras, solo puedo mirarle intentando que lea en mis ojos todo lo que le quiero decir, pues mis labios petrificados solo desean una cosa. Intento gesticular, pero algo en mí se apodera. «A la mierda». Me tiro a sus brazos y él se cae para atrás. Casi aplastamos a Gordi, que se aparta asustado por el momento. Ladra sin parar como si nos regañara por lo que estamos haciendo. Le beso sin parar y sus labios me llevan a aquel momento con él en la cama. Es como surfear en una ola de saliva y menta. Sergio parece que ha pillado el mensaje y me sigue. Nos abrazamos y nos besamos, parece que nuestras piernas, nuestros brazos y nuestras lenguas se enreden y se hagan un nudo imposible de deshacer. Rodamos por el sofá hasta que nos caemos. Conseguimos despegarnos y nos reímos de la situación.

—Entonces, ¿quieres salir conmigo?

Sergio me pone una cara que hace difícil negarse.

—¿En serio hace falta que te responda?

Nos reímos y nos volvemos a besar.

Amanece un nuevo día, pero todo es distinto. Mi mente todavía no es casi consciente de sí misma. Abro los ojos y me encuentro sola en la cama. ¿Habrá sido todo un sueño? Todavía estoy asimilando y corroborando que lo sucedido haya sido real. Poco a poco me despejo, estiro mi cuerpo y así lo preparo para un nuevo día.

—Buenos días, princesa.

Mi corazón vuelve a bullir de emoción. Me giro y veo a Sergio en calzoncillos, dejando a la vista ese torso esculpido por los mismísimos ángeles. Se acerca a mí sosteniendo una bandeja y la posa en la cama. Me ha traído el desayuno a la cama. Mi corazón, que aún no se ha recuperado de ese «buenos días, princesa», late a ritmo de jazz. En la bandeja hay un café con leche, tortitas con sirope de arce, un par de porras y zumo de naranja. Vamos, lo que se dice un desayuno ligero no es. Hay las suficientes calorías como para no volver a tomar un gramo de grasa hasta final de año. Empiezo a desayunar, mi paladar se envuelve en una fiesta de sabores.

—Está todo riquísimo, Sergio. Mil gracias.

—De nada, cielo. Disfruta.

—Coge si quieres, no creo que pueda con todo sola.

—No puedo, corazón, ya sabes que estoy a dieta, además me tengo que ir ya al gimnasio.

—Vale. «Yo me quedaré aquí sola, claro. Al fin y al cabo, no tengo trabajo así que poco puedo hacer».

—A ver si algún día te pasas. Te puedo hacer una tabla para que cojas una rutina.

—Buff, es que yo y los gimnasios... No me veo.

—Bueno, ya sabes dónde está para cuando quieras. Te animo... Se te iba a poner un culo riquísimo. «¿Cómo? ¿Acaba de decir lo que creo que acaba de decir? Es que acaso mi culo no es ya lo suficientemente bueno».

—Pues tendré que probar a ver, sí. Últimamente me he dejado un poquito.

—Pues nada, cielo, luego nos vemos.

Sergio me da un beso y se despide de mí como si fuéramos un matrimonio de veinte años sumido en la costumbre. Me pongo yo también en marcha, así que me levanto de la cama y voy al baño. A veces agradezco la rutina que mi sistema digestivo ha tomado por su cuenta. Es inevitable que, al llegar al baño, pase por el espejo y me mire esos kilillos de más que se van

sumando a mis caderas. La celulitis se amontona en mis piernas.

«Cuánto echo de menos aquel tipín del verano pasado». Mi mente va haciendo un recopilatorio de todas mis fotos en las que salía preciosa en la playa, con esos bikinis que ahora no me entran. Por otro lado, también pienso: «¿bueno, y qué pasa?». Me consuelo porque no pasa nada por haber cogido unos kilos. No hay una norma establecida que dictamine que yo tenga que pesar una cifra en concreto o tener un tanto por ciento de grasa. Superemos el miedo a los cuerpos grandes, a las lorzas, a las estrías y a la celulitis. Superemos el miedo a comer de más o de menos. El miedo a disfrutar de la comida por amoldarse a unos cánones de belleza. «¡Stop gordofobia, Olimpia! Es momento de quererse».

Tras salir del baño y después de una ducha, ya sí, mi día empieza. Miro el reloj y como de costumbre, se me ha hecho tarde. Son las once de la mañana y apenas tengo tiempo para hacer cosas antes de comer. Si me viera mi madre ahora me diría que ella a mi edad se levantaba a las ocho, me llevaba al cole, hacía la compra, la comida y todo eso antes de las doce. Sinceramente lo peor de estar parada es no tener la obligación de hacer nada. Creo que echo de menos hasta madrugar. Aunque sé que es tarde, me preparo un café con leche. Una no es persona si no se toma un café con leche antes de empezar el día. Como siempre, me he vuelto a pasar con el microondas y el café está a mil grados. Nuevamente me viene a la mente mi madre cuando me calentaba los colacaos en casa. Esos colacaos parecían lava volcánica porque nunca le cogía el punto al microondas. Es posible que la taza de cerámica estuviera teniendo una nueva cocción y la cuchara teniendo la segunda forja de su vida. Cuando era pequeña tenía la teoría de que un día ambos elementos se fundirían y se crearía otro nuevo de lo caliente que estaba. Pero daba igual la temperatura del colacao, ahí estaba tu madre que te decía «si está caliente, soplas», como si eso fuese a servir de forma instantánea. Mientras espero a que el café se enfríe, abro el ordenador y me entretengo viendo las redes sociales. En Instagram me salen, como de costumbre, los mismos influencers. En mi cabeza retumba una frase: «no se lo merecen». A veces no sé si es la envidia la que habla o la razón. Me da rabia pensar que una persona, por solo subir un vídeo haciendo nada, tenga mucha fama y gane mucho dinero. Pienso que es intrusismo laboral, ya que está haciendo el trabajo de publicistas, modelos y actrices. Pienso que la publicidad pierde calidad y estas personas se acaban convirtiendo en una herramienta más del capitalismo. Al final, ellos te están metiendo en la cabeza la necesidad de que adquieras dicho producto. Quizá sea la envidia la que hable porque yo quiero esa fama y ese dinero, o más bien, no quiero que esa persona tenga ese nivel de éxito. Yo me lo merezco más. Quizás sea la razón porque pienso que la fama y el dinero deba ganarlo un médico, que se dedica a salvar vidas o, ya puestos, un artista de verdad. Cuando se me pasa un poco el berrinche, comienzo a pensar con más claridad y a darme cuenta de que no debo pagar mis frustraciones con una persona a la que ni conozco. No sirve de nada. También pienso que quizás debería hacer algo de provecho con ese dinero. En vez de tanto viaje y tanto lujo, no sé, quizás dar clases de interpretación. ¿Y yo qué debería hacer? De nuevo, aparece un pensamiento intrusivo que hace mella en mí. «Debería estar buscando trabajo en vez de estar aquí perdiendo el tiempo en las redes sociales». «Debes»... Una palabra muy peligrosa que te autoexige hasta niveles casi inalcanzables. «A tu edad debes tener x dinero. A tu edad debes tener estabilidad. A tu edad debes tener un trabajo. A tu edad debes tener pareja... Casarte... Tener hijos». Y un gran etcétera. Cuántas obligaciones que solo causan estrés y ansiedad. Exigencias impuestas por una sociedad que presionan a las personas y sobre todo a las mujeres. También debo tener paz, me debo amor. Debo ser feliz.

«¡Clinc!». El microondas ha terminado de calentar la taza y ya está listo el café. «Madre mía, cuánto tiempo llevo mirando las redes sociales. En solo un minuto me he visto tropecientos

anuncios, publicaciones de gente con vidas perfectas, mis amigos que se están casando y teniendo hijos. En un minuto de mi vida he visto la vida de treinta personas por lo menos. En qué gasto mi tiempo o, mejor dicho, en qué lo pierdo. Quizás es momento de hacer ese viaje soñado o de buscar el trabajo de tus sueños». Lo cierto es que la fotografía siempre ha sido mi sueño, vivir viajando por el mundo haciendo fotos por todas partes: África, Asia, América. Me voy directa a mi ordenador no sin antes coger mi café con una cucharadita y media de azúcar. Abro el buscador y escribo: «Cámaras de fotos económicas». «Vaya precios, ¿y esto es económico? Ahora que estoy en paro no me puedo permitir esto». Mis sueños acaban de ser minados de nuevo, esta vez la frontera, es la billetera. Me quedo en blanco mientras me tomo mi café negro viendo cómo estoy a un solo paso de cambiar mi futuro y, sin embargo, me lo impide algo tan banal como el dinero. Qué hay de mí que mi destino, tan valioso como volátil, lo selle aquello que lo pierdes para ganar y lo ganas para perder. Solo de ti depende lo que quieras perder. Cuando ganas dinero siempre se pierde algo: familia, amigos, algunos pierden su propia alma, incluso su tiempo.

El móvil vibra, siempre lo tengo en silencio porque odio esa musiquita. No soporto que cada vez que alguien me escriba o me llame suene el teléfono a unos volúmenes que se enteran hasta en Cuenca. Miro el teléfono para ver si de nuevo una tía mía ha puesto en un grupo de familia un osito con purpurina para desearnos un buen día. Sin embargo, esta vez no es de ningún grupo sino de Sergio. Es de las pocas veces que me alegra recibir un mensaje al WhatsApp. «Buenos días, princesa. Qué tal llevas la mañana?». La ansiedad que tenía por el dinero desaparece con ese «Buenos días, princesa». Vuelvo a sentirme como una adolescente atontada por el «niño malo» de la clase, ese que les gusta a todas y que me pongo nerviosa solo porque me ha mirado. Entonces me empiezo a imaginar una vida a su lado, con familia e hijos, todo muy de película. Por otro lado, mi obsesión compulsiva por la ortografía me retumba en la cabeza y me taladra por qué no ha puesto la interrogación al principio. ¿En qué momento ya no se ponen las interrogaciones al principio? ¿Acaso es una moda pasajera o nos creemos que somos de Wisconsin o que vamos al PROM de un instituto de Texas? Sigo leyendo: «He pensado que esta noche podríamos ir a cenar o a tomar algo. Qué te parece?». Obviando los signos de puntuación y la manía que le tiene a las interrogaciones, mi nerviosismo no aguarda por la invitación a la que acepto sin dudarlo ni un segundo. «Buenos días, guapo. Me parece un planazo. ¿A las ocho te parece bien?». Añado las dos interrogaciones para ver si así se da por aludido. En su estado aparece como conectado, pero los dos tics azules no aparecen, es decir, está hablando con alguien, pero esa no soy yo. Mi mente va a mil por hora y la ansiedad se va acumulando en el cuello. «Estará hablando con otra persona, Olimpia, no pasa nada, aunque también puede ser otra chica. Bueno, si es otra chica tampoco tiene por qué haber ningún problema, puede tener más amigas, hermanas, primas, tías, tendrá madre también. Quizás esté hablando con su madre. No nos alteremos, mira, ya sale escribiendo». «Perdona, Olimpia, me estaba hablando mi compañera sobre un asunto urgente». «¿En serio? ¿Qué puede haber tan urgente en un gimnasio? Ni que fuera la planta de paliativos del hospital». Escribo: «Nada, cielo. No hay problema». Qué falsa me siento cada vez que miento sobre mis sentimientos, y todo esto para quedar bien y evitar discusiones. Sí, en este caso es cierto que está mal sentir celos porque solo esté hablando con su compañera. Sin embargo, hablar lo que sientes con la persona a la que quieres es importante y, por la otra parte, tu pareja debe ser capaz de escucharte y comprenderte, aunque no esté de acuerdo. Si una conversación así no es posible, es que no estáis hechos el uno para el otro. Qué expresión tan poco acertada: «Hechos el uno para el otro». Nadie está hecho para nadie pues la relación, sea la que sea, se va haciendo con el tiempo. Tiempo que hay que invertir de forma

sabía para no perderlo, pues una persona que no lo merece, te hará creer que es dueño de lo más valioso que tienes. Es como decir que hay una persona específica para ti según tu perfil o, lo que es lo mismo, te clasifican según tus características y te adjudican la persona «perfecta» según un criterio social. Depende de tu nivel económico y social, de tu apariencia, tu trabajo o incluso tu inteligencia, se te empareja con alguien que encaje también en ese perfil. Nos hemos dedicado a etiquetar y tratar de encajar a las personas como si fuéramos productos, nos hemos obligado a seguir un patrón y castigar a aquellos que no querían seguir dicho patrón. Los hombres son así y las mujeres así, y de esa manera nos clasificamos para que una persona sea perfecta con otra: una persona negra no puede estar con una blanca. Una gorda no puede estar con alguien que tenga un cuerpo normativo, tiene que estar con un gordo o una gorda. Los altos con los altos, los bajos con los bajos, los feos con los feos y los guapos con los guapos, y por supuesto, los chicos con las chicas. Todo aquel que se escape de esto y no lo acepte ni se adapte, se le tortura socialmente, se le expulsa de la comunidad. Se le podría llamar «Síndrome blonde», que caracteriza a todas las rubias como tontas por solo el hecho de ser rubias, pero en este caso, caracteriza a hombres y mujeres por sus rasgos.

Maricones, bolleras, gordos y gente de todas las partes del mundo; amo mi sociedad con todo ello porque eso es mi sociedad. No, lo de toda la vida no ha sido de toda la vida, ha sido según la vida de algunos y según han querido unos pocos. Hemos andado en la búsqueda de la «sociedad perfecta» tirando de ella y presionándola, cuando lo único que había que hacer era soltarla y dejarla libre.

Sergio aparece en el estado como en línea y de pronto, «escribiendo».

«Me parece perfecto. A las ocho estaré allí». Me gusta la idea de una cita y conocer a un chico nuevo. Me siento como en una canción y las mariposas se me amontonan en el estómago. Sergio continúa escribiendo: «Bueno, amor, tengo que seguir trabajando. Luego nos vemos». «Amor, me ha dicho amor. Le digo te quiero o será muy pronto». «Te quiero, princesa». «Buff, ya está, todo dicho. Yo con este hombre me caso». Siento como mis pinguetas se caldean y empiezan a humedecerse. «Olimpia, contrólate, solo son las... No sé ni qué hora es». Miro el teléfono: «¿Es la una ya? ¿Qué le pasa al tiempo? Le han metido el turbo y yo no me he enterado». Debería pensar qué hacer de comer, aunque no tengo nada de hambre. En la pantalla del ordenador siguen las cámaras de fotos carísimas, ya se me había olvidado lo que estaba haciendo y para qué las estaba buscando. Apago el pc y voy a buscar uno de los tupperes de mamá que todavía me quedan en la nevera. No abandono la idea de conseguir mi sueño. Sin embargo, es difícil. Sí, ya sé, nada que merezca la pena es fácil, pero esta solo es otra frase motivadora que solo desmotiva más. Odio las frases motivadoras que te dicen lo que necesitas oír, pero solo causan estrés porque parece que, en el fondo, te están diciendo que tú eres la culpable de tu fracaso. No todo lo que te sucede en la vida es culpa tuya porque no puedes controlarlo todo. Tu éxito a veces depende de terceras partes; si tienes amigos dentro de tu mundo, si tus padres te han pagado la carrera, si has conseguido unas prácticas decentes. Pequeños impulsos que te garantizarán mayor porcentaje de éxito. Ahora, si estás solo/a, ¿quién te avala? Tú y solo tú estás para impulsarte, ayudarte, consolarte... Como un ratoncillo suelto en una selva llena de arañas venenosas, jaguares y cocodrilos. Tristemente no todo depende de ti y muchas veces es cuestión de sobrevivir a los elementos y a todo lo que la vida te va a tirar a la cabeza. Muchas veces tendrás el control de lo que sucede a tu alrededor y otras tendrás que dejarte guiar con solo la fe de que un día todo llegará.

Damos los últimos toques de pintura y ya estoy lista y arreglada para la cita con Sergio. Lo cierto es que todavía no sé a dónde vamos porque no concretamos nada; me dejaré llevar, muchas

veces los planes improvisados son los que mejor salen. Son las ocho y diez y todavía no ha dado signos de vida. No soporto la impuntualidad; pocos son los motivos por lo que se puedan justificar una impuntualidad. Si vas a llegar tarde por el motivo que sea, avisa. Lllaman a la puerta: «Joder, espero que sea él». Abro la puerta y efectivamente es él, pero lejos de estar arreglado para una cita sigue con la ropa de deporte del gimnasio.

—Perdona, Olimpia, es que a la gente le cuesta irse del gimnasio y entre que limpias y recoges todo, se me ha hecho tarde. Me cambio en un momentito y nos vamos.

Mi cara, en vez de estar enfadada, hay pintada una sonrisa tonta aceptando todo lo que dice sin pensar.

—No te preocupes, corazón. Es comprensible.

De nuevo, la falsedad para no espantarle por mi carácter. Sí, en algún sitio de este cuerpecito hay una fiera capaz de poner a cualquier león en su sitio, pero ahora no, ahora solo sonrío y me quedo inmóvil pues este león le está devorando el corazón y, al parecer, el sentido común.

—Si quieres vamos a mi casa, me ducho, me cambio en un segundo y nos vamos. ¿Te parece?

Voy a entrar a la casa de mi futuro churri, empiezo a estar nerviosa y excitada al mismo tiempo. Ya el enfado por la impuntualidad se ha esfumado y solo me aparecen frases de lo que puede haber dentro.

—Venga, vamos. Yo te espero.

«Ya te digo si te espero, y si al final no vamos a ningún sitio y nos quedamos en tu casa, tampoco me parece mal plan». Nos acercamos a su puerta y Sergio saca el manojito de llaves de su pantalón. Yo estoy detrás de él y es inevitable que le mire el culo que nada tiene que envidiar al de Chris Evans. Una parte de mí se siente mal por cosificarle, algo por lo que las mujeres luchamos a diario. Le cuesta abrir la puerta; no sé si está nervioso o es una puerta de seguridad del banco de Gringotts. Ya por fin consigue abrirla y me deja pasar primero. «Muy caballeroso por tu parte, pero las mujeres del siglo XXI sabemos que es para mirarnos el culo». Algo por lo que no me puedo sentir mal pues yo le acabo de hacer lo mismo. Emprendo la marcha. «Voy a entrar a la cueva del león». Sigo por el pasillo a oscuras, apenas puedo ver nada.

—Espera, que levanto las persianas.

Pasa por delante de mí en el pasillo, mi cara se queda a la altura de su barbilla, su aroma, mitad sudor mitad perfume, hacen que su fragancia sea el reactivo perfecto para que me alinee los chachas a un solo punto. «Madre mía, las pinguetas están en su salsa». Sergio está en el salón subiendo las persianas; apenas entra luz, ya casi es de noche. Se agradece que llegue el verano y los días sean más largos, es muy triste que en invierno a las seis ya sea casi de noche.

La casa de Sergio tiene todo lo que se espera de un tío: una tele de trocientas pulgadas con unos altavoces del estilo, la play no puede faltar para jugar en el televisor gigante y un sofá con cheslong, para estar horas jugando a la play. Todo en tonos oscuros, rojos y blancos, bien conjuntado y decorado, se nota que tiene dinero, pero solo para vivir cómodo. Sin duda tiene mejor decoración que yo; mi casa está vestida con armarios de mi abuela y el suelo original de hace cincuenta años. Su casa es como la mía, pero al revés, algo que siempre me ha parecido raro pues es igual pero no la siento igual. Su cocina queda a la izquierda del pasillo, llegas al salón y el pasillo que lleva al cuarto queda a la misma dirección que la cocina, su baño está a la derecha justo detrás del salón y la habitación al fondo, lo único que está igual que en mi piso. Es como estar en un multiverso, pero en este multiverso la vida te ha tratado mejor.

—Está muy chula tu casa.

Mis habilidades de experta rompiendo el hielo se manifiestan.

—Gracias, lo he ido decorando poco a poco.

—Vaya, qué modestillo».

—Ahora estoy pensando en abrir la cocina y hacerla tipo americana.

«Sin duda está montado en el taco, el tío».

—Qué chulo, seguro que quedará genial, pero eso costará una pasta, ¿no?

—Sí, ya tengo el presupuesto y la verdad que es un buen bocado a mi cuenta, por suerte me va bien el gimnasio y me lo puedo permitir... Venga, me ducho y nos vamos.

«¿Y no necesitas compañía en la ducha?... Olimpia, contrólate, tía».

—Venga, aquí te espero.

La ducha deja de sonar, ha tardado diez minutos de reloj en ducharse. Es increíble cómo los tíos se duchan tan rápido, bueno, no es de extrañar cuando se lavan el pelo y los huevos con el mismo jabón. La puerta del baño se abre y se oye cómo va al cuarto, entiendo que a vestirse. Una parte de mí quiere levantarse del sofá, dirigirse a su cuarto y pillarle con una camisa medio abierta, y los boxers marcando el culo a lo Evans, lanzarme a sus labios y no salir del cuarto jamás. Sin embargo, aquí estoy más caliente que el queso de un sanjacobo, esperando a que salga de una vez para irnos a la calle y que me dé un poco el aire.

—Bueno, pues ya estoy.

Poco se aleja de mi imaginación, la camisa la lleva, es blanca y de la marca Polo, pantalones chinos color marrón con un cinturón trenzado de color gris oscuro y los zapatos, espera... ¿me lleva unos náuticos? En la mano trae otra cosa... De pronto se está poniendo lo que parece un abrigo, pero sin mangas. ¿Un chaleco? Es de la misma marca que la camisa, aunque el caballo le ocupa casi una cuarta parte del pecho, para que se vea bien que hay billetes. Mi cara tiene que ser todo un cuadro. De pronto siento una fuerte punzada en la espalda, como si se me clavara algo. Me toco donde me duele y noto un palo muy largo, me lo arranco y resulta que es un mástil con una bandera roja. «¿En serio? Más cosas raras no, por favor».

—Olimpia, ¿estás bien? —me pregunta Sergio preocupado.

—Sí, es que me ha dado un pequeño tirón en la espalda. —«Bien improvisado».

—Si quieres nos quedamos en casa.

—No, no te preocupes. —«Olimpia, qué tonta eres a veces, hija».

—Venga, pues nos vamos.

Coge sus llaves de casa, el móvil, la cartera y nos disponemos a irnos. Siempre pienso en cómo los tíos pueden ir con solo eso. Yo necesito: pañuelos, taxpax, cacao, móvil, llaves de casa, colonia y la cartera como mínimo. Y hablando de cartera, su cartera minúscula que le cabe en un bolsillo, yo si no llevo un pseudobolso capaz de almacenar hasta las tarjetas de visita de todos los comercios que hay en Gran Vía no me siento cómoda. En verdad, no sé para qué, si tampoco tengo mucho dinero que almacenar.

Salimos del edificio y nos disponemos a caminar hacia ninguna parte, pues no tenemos destino alguno.

—¿Y qué te apetece cenar? —le pregunto con la intención de romper el hielo y, ya de paso, encontrar un sitio para comer; el hambre me está matando.

—Me da igual, Olimpia. Cualquier sitio estando contigo me parece bien.

Acto seguido me da la mano. Vamos los dos cogidos de la mano como dos niños que aman por primera vez. Yo le miro y mis ojos se enternecen brillando como los ojos de una Barbie, él me mira intercalando su mirada entre mis ojos y mis labios con la intención de querer besarme. Mariposas revolotean en mi estómago. Mamihlapinatapai.

Casi sin darnos cuenta llegamos a una estación de metro correspondiente con la línea dos. —Oye, Olimpia, se me ha ocurrido un sitio al que podemos ir y está aquí al lado. ¿Te parece?

—Venga, me fío de ti. Yo te sigo.

Me quedo con ganas de ese beso, mas me invade la curiosidad por ese sitio al que me quiere llevar Sergio.

Después de treinta minutos en el metro y dos transbordos, llegamos al centro de Madrid. Madrid tiene muchas cosas y una de ellas es gente. Nunca me ha gustado la aglomeración de gente, el bullicio y la gente corriendo a todos lados, ahora eso sí, Madrid tiene vida, tiene cultura y si recorres bien sus calles (no para ir de compras), te encuentras con rinconcitos ocultos llenos de magia. Sus calles han albergado multitud de artistas, escritores, científicos, gente de todo el mundo que lo ha cambiado todo. Madrid ha sobrevivido a guerras, a la decadencia, ha visto el auge y la caída de reyes. Tiene un alma que se conecta a ti en cuanto la pisas y te lleva a los lugares que necesitas estar.

Decidimos que es pronto, así que nos dedicamos a pasear por la ciudad hasta la hora de cenar. Subimos a un mirador donde se puede ver Gran Vía desde lo alto, preciosa con sus luces. Nos vamos al Callejón del Gato, famosa por sus espejos. Le hablo de Valle— Inclán y la relación de Luces de Bohemia con el callejón. Sin embargo, a él poco o nada le interesa la historia. Algo vuelve a sacudirme en la espalda clavándose en ella como un aguijón, haciendo que cualquier posibilidad de un beso se nublase, seguido de un dolor intenso. Me toco la espalda y, de nuevo, un palo el cual arranco sin pensar. «¡Otra vez la bandera roja! ¿Qué es esto?».

—Olimpia, ¿estás bien?

La bandera sigue en mi mano. «¿Sergio no puede verla?».

—Sí, solo es un tirón en la espalda.

La misma excusa, pero ahora mismo no se me ocurre otra cosa.

—Creo que vas a tener que ir al médico. Estas cosas es mejor no dejarlas.

«Sí, el médico. Si le cuento al médico lo que me pasa de verdad me mandan al psiquiátrico de cabeza».

—No te preocupes, no es nada —digo con el objetivo de cambiar de tema.

Seguimos con nuestra excursión, yo apenas le doy importancia a lo sucedido. En el mismo callejón, paramos y nos comemos unas bravas para hacer bocado. Nos dejamos envolver por las calles de Madrid, a cada cual más curiosa. Pasamos por la plaza de Santa Ana, hogar del antiguo Corral de Comedias del Príncipe, ahora, lleno de tiendas, restaurantes, tabernas, pubs y terrazas de bares. Nos perdemos entre los edificios emblemáticos e historia; lejos quedan ya las ganas de cenar. Llegamos a la que fue el hogar de famosos poetas y escritores, y bautizada con el nombre del Nobel de literatura, la calle de Echegaray. Bares y restaurantes por todos los lados y de entre todos, uno de ellos nos llama exclusivamente la atención. Está adornado como en los bares de pueblo de antaño, a la izquierda, una barra de bar ocupa todo el largo de la primera planta y, a su espalda, una estantería con botellas de a saber cuándo con barriles de lo mismo. Nos fascina la decoración que parece que no ha cambiado en siglos. Nos acercamos a la barra y pedimos una cerveza, a lo que el camarero nos señala que no tienen cerveza, solo vino de Jerez, Manzanilla, entre otros. Nos señala la carta; yo me decanto por una copa de Fino y Sergio una de Amontillado. Para acompañarlo, nos pedimos una tapa de queso y otra de mojama. El camarero anota la cuenta con una tiza en la barra y pagamos. Nos encanta la experiencia, a lo que nos van cayendo varias rondas. Vamos notando cómo el vino poco a poco hace su efecto.

—Olimpia, eres una chica increíble.

Es inevitable que me salgan los colores y el «ñoño» que llevo dentro.

—Gracias, cielo —respondo como puedo con una mezcla de timidez y embriaguez.

—En serio, de todas las chicas que he conocido, tú eres la mejor. —No sé si será el vino que ya

ha subido demasiado, pero noto de nuevo el profundo dolor clavándose en mi espalda—. Mis ex no te llegan ni a la suela del zapato, todas estaban locas. En serio, creo que eres la chica que siempre he estado buscando. —El dolor vuelve a mi espalda, esta vez un par de veces más. Me toco la espalda y saco de ella no una, sino tres banderines rojos. «¿Qué es esto? ¿Son las famosas “Red Flags”? No sabía que eran literalmente»—. Olimpia, el vino te está subiendo demasiado —dice Sergio sin pronunciar una palabra a derechas—. Creo que deberíamos irnos a casa.

Dicen que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad y esta es una de esas ocasiones. Sergio tiene razón, ya hemos bebido demasiado y deberíamos volvernos a casa. El camarero nos avisa de que van a cerrar pronto. Miramos a nuestro alrededor y solo quedamos nosotros y un gato subido a la mesa. Son las doce y el metro cerrará pronto, así que tenemos que andar (con toda la borrachera) ligeros para llegar a casa. Salimos del bar y en cuanto pisamos la calle, nos echan el cierre. «Pues sí que tenían ganas de que nos fuéramos».

—Olimpia, voy muy pedo. Podríamos mirar algún sitio para dormir por aquí.

Lo cierto es que llegar a casa ahora puede ser una odisea, por lo que no me parece tan mala idea. No sé qué me pesa más, si el bocado que me pueden pegar a la tarjeta por dormir una noche de hotel en el centro de Madrid o la idea del paseo en metro yendo los dos borrachísimos. Caminamos un poco por la misma calle y nos encontramos con un pequeño hotel de dos estrellas. No buscamos lujo sino sobrevivir a esta noche, así que entramos. Mientras atravesamos la puerta, voy suplicando a todos los dioses que conozco que no me pequen un sablazo. Llegamos a recepción y preguntamos por habitaciones libres, la más barata y normalita que tenga.

—Nos queda una a 75 euros la noche —nos sugiere la recepcionista.

Los dos nos quedamos mirando y la aceptamos casi sin dudar. No es que esté tirado, pero es asumible, además solo es una noche. Sergio insiste en pagar, no sé si porque va muy borracho o porque es caballeroso; también pueden ser las ganas de echarse a dormir la mona. Yo no le insisto, mañana arreglamos cuentas y le hago un bizum con mi parte. Llegamos a la habitación y la decoración me choca un poco. Sergio ni se lo piensa, se tira a la cama y se queda dormido al instante. Yo me fijo en el papel de pared, con motivos de biblioteca antigua. Cortinas de terciopelo amarillas y un ventanal al fondo. Para ser 75 euros no está nada mal. En el medio de la habitación está la cama de 150, la cual Sergio ocupa el 70 por ciento de esta. Ahora no me preocupa dónde dormir, solo quiero relajarme. Me quito los zapatos y siento el mayor placer que una persona puede sentir; ni el sexo es tan bueno como quitarse los zapatos después de todo un día caminando por ahí. Me sigo desvistiendo; me quito el pantalón y el sujetador, y me quedo con la camiseta. Qué sensación tan maravillosa el estar con solo una camiseta y las tetas liberadas. Abro las ventanas para que se ventile y me emboba la vista de la Madrid noctámbula. Otra de las ciudades que nunca duermen pues los coches y el gentío siguen siendo la banda sonora de esta hermosa ciudad. Me paro a pensar en quién estará ahora en esos edificios; un escritor frustrado, un cineasta desconocido trabajando en la mejor obra de su vida, actores y actrices nerviosos por un casting. Y aquí estoy yo, fotógrafa frustrada, administrativa fracasada. No hay nadie que lo describa mejor como un poeta anónimo que escribía frases en los cubos de basura: «Welcome to Madrid, la ciudad sin mar con mayor número de naufragos»^[1]. No sé qué tendrá la corriente que todos acabamos en Madrid, para naufragar juntos e ir a la deriva hasta que alguien se apiade y nos rescate.

Empiezo a tener sueño con la fresca brisita que entra por la ventana, me acaricia la cara anunciando la pronta llegada de la primavera. Sería imposible meterme en la cama pues Sergio está durmiendo en diagonal, por lo que decido echarme en un sofá de tres plazas que hay cerca

de la ventana. Es imposible no dormirme sin pensar antes en los banderines rojos que me atacaron por la espalda. No identifico el momento exacto en el que aparecieron y su significado. El sueño se apodera de mí y mi mente deja de divagar. Desconecto.

Entre el plácido sueño, un rayo de sol entra por los ojos y me despierta. Todavía no soy ni consciente de mi propia existencia, sin embargo, un delicioso y agradable olor entra por mis fosas nasales, acariciándolas y mimándolas como si estuvieran en una ruta de spa. Instantáneamente mis ojos se abren y Sergio está preparándose el desayuno que hace unos instantes trajo el camarero. Mis movimientos hacen que se percate de que me estoy despertando. —¡Ay! Perdona, princesa, no quería despertarte.

—Tranquilo, no has sido tú. —Mi estómago me pide que me lance al desayuno, pero la señorita que llevo dentro me dice que me contenga—. Qué bien huele —añado con la intención de que se dé cuenta de que tengo hambre.

1 Frase del poeta anónimo Neorrabioso.

—¿Tienes hambre, pequeña?

«Para no tenerla. Tengo un bufete de desayuno en la habitación». Sergio trae en una bandeja con un croissant abierto, un plato lleno de tortitas, mantequilla, mermelada de fresa y melocotón, sirope de arce y todo acompañado por un café y un vaso de zumo de naranja. Es todo muy cliché, pero tiene una pinta increíble y yo mucha hambre. «Lo que engordaré hoy no me lo quito en un mes».

—No sabía que te gustaba, así que te traje un poco de todo. Espero que te guste.

—Es perfecto, Sergio. Gracias —digo con la boca llena de croissant e instantes antes de darle un sorbo al café. Con el hambre se me había olvidado echarle azúcar, cosa que mis papilas gustativas me recuerdan al segundo.

—Vaya, sí que tenías hambre.

«Si le sigo gustando después de verme comer como estoy comiendo ahora, es que es el indicado».

—Una poquita, sí. ¿Tú no comes nada?

—La dieta, ¿recuerdas? Además, yo me desayuno esto y es suficiente. —De la bandeja saca un yogur natural sin azúcar y unas nueces. «¿En serio espera que me coma sola todo esto?».

—¿Tú nunca tienes hambre? ¿En serio con solo eso es suficiente?

—Totalmente. Yo siempre me desayuno esto, una pieza de fruta o un té.

«Ahora entiendo por qué él tiene ese físico y yo no».

—Pues muchas gracias, pero yo no me voy a poder acabar todo esto.

—No pasa nada, lo que no quieras se queda ahí y ya está.

Evidentemente se tendrá que quedar ahí, pero no me agrada la idea de tirar la comida. Solo en este desayuno se va a tirar harina, huevos, mantequilla, levadura y todo el trabajo de personas que se han dedicado solo para producir y hacer este desayuno. Nunca me ha gustado que se desperdicie la comida porque esté fea o no sea bonita a la vista. Otro de los grandes problemas de esta sociedad es la cantidad de comida que desperdiciamos al día. Consumimos mucho, mejor dicho, compramos mucho, pero tiramos la mayoría. La gente compra kilos de carne que no necesita y mucha de ella se va a la basura. Mientras, los ganaderos, los pescadores y los agricultores producen, producen y producen en masa, a unos ritmos inasumibles para la naturaleza. Las plantas y los animales son tratados como productos, mueren como productos para luego tirarlo porque lo vemos feo. No comemos por necesidad sino por comer. Gastamos por

gastar.

Sergio ya se ha terminado su yogur y yo sigo tragando lo que queda de mi desayuno.

—Bueno, ¿y qué plan hay para hoy? —digo con la boca llena de comida.

—Pues tendría que ir luego al gimnasio, he dejado a mi compañera sola toda la mañana. Esto no me lo perdona.

«Otra vez su compañera. Parece que no tiene otra cosa de la que hablar».

—Me hablas mucho de tu compañera, algún día me la vas a tener que presentar. —«Muy sutil, Olimpia».

—Cuando quieras, es una tía genial. Es trabajadora, fuerte, humilde y no aparenta tener cuarenta y pico, además tiene un tipazo- —«Vaya... La perfección con patas»—. ¿Has acabado ya?

—Sí, ya he terminado.

Lo cierto es que podría acabarme toda la bandeja yo sola, pero no quiero que me juzgue ni que piense que soy una «zampabollos». En el fondo lo soy, ahora tengo este tipo, pero años atrás, por mi adolescencia, era la chica gorda. Ser la chica gorda del grupo, de la clase, del pueblo, es muy distinto a ser la guapa y la que todos quieren. Quien diga que el físico no lo cambia todo, miente o no conoce lo que es estar en ambas partes. Hace falta mucha empatía para entender lo que sienten las personas que no cumplen unos cánones. Una parte de mí sigue siendo esa niña gorda con aparato, blanco de todas las burlas. En aquella época que se fijara en mí un chico como Sergio era impensable. Si yo le contase esto a la niña que fui, ni se lo cree. Lejos queda ya esa imagen de mí y la que era, claro que trabajé mucho para conseguir cambiar y encajar en este mundo. No fue fácil, pero conseguí caber en una treinta y ocho, uso top con escote y las faldas me quedan de lujo. También mis dientes son blancos y perfectos gracias al dinal que mi madre se dejó en el dentista. Una vez estuve a gusto con mi cuerpo, aunque creo que, en el fondo, nunca me he querido tal y como soy. No importa el físico que tenga, siempre me veo defectos por aquí y por allá. Qué castigo esto de la falta de amor propio. Ahora estoy volviendo a coger peso y de nuevo me siento como aquella niña. Siento cómo la sociedad me va excluyendo de un tipo de mujer a otro de la que hay que escapar porque no cumple un canon de belleza. Ahora soy la mujer zampabollos que engorda por comer, y la sociedad me culpa de la obesidad infantil por normalizar mi cuerpo y pedir respeto. Ahora, al parecer, soy una mujer enferma, pero no una enferma a la que hay que cuidar para que se cure, una enferma de la que te puedes reír, oprimir, mirar con cara de asco y juzgar, porque claramente soy gorda por ser vaga. Ahora, si voy al McDonald, bebo Coca Cola o me como un dulce, hago apología de la obesidad, y todo porque me he escapado del cliché de mujer bonita y sexy a la que un hombre se puede follar. Los michelines van acumulándose en mi tripita y los pantalones que antes me hacían culo, ya no me entran. No me importa ser atractiva para los hombres. «A quién quiero engañar, en el fondo tengo la necesidad de gustar». Y es que a las mujeres nos han enseñado que tenemos que validarnos gustando a un hombre. Los hombres se piensan siempre que nos vestimos para ellos, actuamos para ellos, bailamos para ellos. Si salimos a la calle bien arregladas sintiéndonos diosas es por ellos. De ahí que luego se justifiquen con frases casposas como: «luego dirán que las violan», «claramente va provocando».

Lo que me ha fascinado siempre del cambio físico es lo experta que se cree la gente. Te dicen cosas como: «es mejor perder peso por tu salud», «ahora estás más guapa», «cómo me alegro de que hayas decidido perder peso». Como si fuera decisión tuya o algo que se deba hacer, como si la salud tenga relación con el peso. No importa la salud, lo que importa es que te veas delgada. La realidad es que tu salud no le importa a nadie y solo quieren verte como a ellos les sea más

fácil verte. Si les importara tu salud, les importaría también tu salud mental, presente en todas las fases de tu vida. ¿Quién es nadie para decidir sobre si estás saludable o no? Tanto si se está bien o mal de salud, en ningún momento se hace apología de un tipo de belleza, al contrario, se le pide al mundo respeto y libertad. Que todos tengamos la libertad de ponernos un top sin importar la talla, que todos podamos disfrutar de nuestros cuerpos y de lucirlos cuando vamos a la playa. Que nadie se sienta avergonzado por su cuerpo es la auténtica salud.

—Olimpia, ¿estás bien? —interrumpe Sergio mi soliloquio, devolviéndome al mundo real.

—¿Eh?

—¿Que si estás bien? Has estado callada casi todo el camino.

—¿Cómo? —repito confundida al no saber dónde estamos.

—Ya hemos llegado a casa.

Estamos en el descansillo, enfrente de nuestras respectivas puertas. «¿En qué momento hemos llegado a casa? Siento como un vacío en el espacio tiempo. ¿Hemos venido en metro, taxi o andando? ¿Cuándo hemos salido del hotel?».

—Lo siento, tengo muchas cosas en la cabeza.

—Ya veo ya. Entonces no te has enterado de mi proposición.

—¿Proposición? No me habrá pedido...».

—Me temo que no, lo siento.

—Vaya cabecita, a veces me gustaría meterme ahí dentro. —«No creo, Sergio. Si te metes aquí te volverías loco»—. Te decía que he pensado que como no tienes trabajo, podrías venir de recepcionista a mi gimnasio. «¿Me está dando trabajo? ¿Esto es un sueño?».

—¿En serio?

—Claro, nos vendrías muy bien a Sara y a mí. Estamos hasta arriba de trabajo.

—¿Sara?

—Mi compañera de gimnasio.

—Estoy en shock, Sergio.

—¿Eso es un sí?

—Claro. ¿Cuándo empiezo?

—Podrías venir en el turno de tarde. Mi compañera sale a las cuatro y me quedaría yo solo. Así me haces compañía. «Uff... cómo me alegro de que estemos él y yo solos».

—Genial. A las cuatro estaré allí.

—Guay. Será genial, Olimpia. Así te meto poco a poco en el mundillo del gym y el fitness. Puedes ser mi gym bro.

—¿El qué? —Sergio suelta una carcajada riéndose de mi ignorancia.

—Te queda mucho por aprender, pequeña. Ya nos vemos. —Sergio se mete en su casa. —¿En serio se ha ido sin darme un beso de despedida?». La puerta de Sergio se abre—: Perdona, cielo, se me olvidaba una cosa.

Se acerca a mí decidido, con la mano derecha me coge de la cintura, con la izquierda me sujeta la cara y me da uno de los mejores besos que me han dado nunca. Lo cierto es que Sergio besa muy bien, tiene los labios perfectos para ello. El calor se me acumula en mis pantalones y un escalofrío me recorre desde la rabadilla hasta el cuello. Le agarro fuerte y le sigo el beso. Beso que parece durar un lustro pero que, en tiempo mortal, dura solo un minuto. A la mente me viene una canción: «Un beso de esos», de Zenet. De pronto, el momento tiene banda sonora. Las caricias, el calor, el contacto se engrandecen, las energías fluyen y se intercambian en un tráfico incesante de feromonas. Nos descomponemos para unirnos en uno solo como un puzle que encaja a la perfección. No sabemos cuándo parar, o mejor dicho, no podemos parar. Sergio es el

que da el primer paso y junta nuestros labios dándole así el ultimátum a nuestro beso. Yo abro los ojos lentamente, aterrizando poco a poco en la tierra; el viaje ha sido largo y movidito. Inevitablemente me sale un suspiro que parece recomponerme y devolver el alma a mi cuerpo.

—Nos vemos esta tarde, Olimpia —sentencia Sergio volviéndose a casa y cerrando la puerta, esta vez para no volver. Con las llaves en la mano, abro la puerta de mi casa como puedo y entro dentro. Gordi está alegre por mi llegada.

Según la ubicación del google maps, estoy frente a las puertas del gimnasio de Sergio. Tengo ante mí unas puertas acristaladas donde se puede ver a la gente desde fuera. Entro y solo me cruzo con cuerpos esculturales como si el mismísimo Gian Lorenzo Bernini los hubiera esculpido. Abdominales, oblicuos, bíceps y tríceps resaltan entre camisetas de tirantes, tops y mallas de esas que te hacen un culo perfecto. Y yo voy con una camiseta térmica de manga corta del decatlón y unos leggins negros de lo mismo, ambos serigrafiados con el logotipo de «quechua». Todas las inseguridades afloran, la incomodidad que siento se hace con el control de mi cuerpo; es inevitable sentirme chiquitita entre tanta gente que parece tener toda su vida solucionada con cada serie realizada. Una chica me asalta por la izquierda:

—Buenos días, corazón. ¿En qué puedo ayudar?

Me asusta por la efusividad de sus gestos y su alegría vivaz. Tiene un cuerpo escultural bien definido por el gimnasio. Porta unas mayas en tonos rosáceos y negros con un top a juego. Sus deportivas son totalmente técnicas y específicas para el gimnasio; parecen caras.

—Hola, vengo por...

—Ven conmigo, que te enseñe las tarifas.

Apenas me deja terminar de hablar, y me indica que me acerque con ella al mostrador para sugerirme técnicas de entreno y ofertas.

—No, yo soy la amiga de Sergio.

—Ah vale, tú eres Olimpia, ¿verdad?

—La misma.

—Sí, Sergio me ha hablado de ti. Yo soy Sara. —«¿Sergio te ha hablado de mí? Espero que te haya dicho que nos estamos conociendo y así sepas tus límites»—. Vale, pues acércate que te enseñe el software y el funcionamiento del gimnasio.

Parece mentira, pero un gimnasio tiene más trabajo del que parece. La verdad que empiezo a pensar que sí les hacía falta una recepcionista. El gimnasio está hasta arriba de gente y solo están ellos dos para atenderlos a todos. Sin duda debe ser una locura gestionarlo.

La chica me explica el funcionamiento del ordenador, las ofertas y cómo se afilian los nuevos clientes. El programa no me resulta difícil; el tiempo que estuve en la oficina ha servido para algo. El gimnasio les va muy bien, tienen clientes de todas las edades y niveles. Me doy cuenta de que Sergio se acerca desde el fondo, yo me hago la loca y disimulo para hacerme la interesante.

—Buenas, chicas, veo que ya os estáis poniendo al día.

—Sí, Olimpia aprende muy rápido. Va a encajar muy bien.

—Me alegro. Pues te la secuestro, Sara, le voy a enseñar el gimnasio.

Salgo del mostrador, me despido de Sara y nos adentramos en el gimnasio y el mundo fitness. Un mundo totalmente nuevo para mí, pero que me causa cierta curiosidad.

—Sí que era genial tu compañera.

—Os vais a llevar genial, ya lo verás.

Sergio me lleva por todas las salas del gimnasio. Me enseña máquinas que bien podrían ser parte de una sala de torturas, si es que no lo son ya. En algunas de ellas hay chicos con increíbles

cuerpos sudorosos; resulta imposible no fijarse en cómo a algunos les brilla la piel por la tersidad de la misma. Llegamos a una sala con muchas bicicletas, una de ellas presidiéndola con un monitor encima que anima al resto a que pedaleen con energía. —Esta es la sala de Spinning. —«Y más nombrecitos raros»—. El profe les mete caña.

—Y tanto, este tío es una máquina. Da clases dos horas todos los días de lunes a domingo. Ojalá llegar a su edad con la misma energía y fuerza.

—¿Qué años tiene?

—Sesenta y cinco.

La edad de ese hombre me deja en silencio y pensativa. Me resulta increíble cómo hay personas con sesenta años que estén tan enérgicas y llenas de vida, y cómo yo apenas puedo correr un kilómetro. Siento que no me cuido lo suficiente y que, cuando llegue a esa edad, no llegaré con la misma salud. No sé si es una llamada de atención del universo o quizás sea uno de los efectos de los gimnasios, la ansiedad. Sin duda es un sitio que te hace pensar.

—Y hasta aquí la visitilla. ¿Cómo lo ves?

—Pues de momento son muchas cosas que interiorizar, pero creo que podré con ello.

—Esa es la actitud. No hace falta decir que puedes disponer de las máquinas cuando quieras. Yo y Sara te podemos hacer una pauta de entreno totalmente personalizada, y que lo puedes compaginar con el trabajo. —«El burro delante para que no se espante».

—Me gustaría probar. Nunca he estado en el gimnasio.

—Decidido, la semana que viene empieza tu entreno. Esta tarde trabajaré en tu tabla... Te dejo, que tengo gente. Cualquier duda me avisas va.

—Vale.

«Anda que me da un besito». Vuelvo al mostrador, el que será mi puesto de trabajo espero que para mucho tiempo. Los clientes no paran de entrar y salir; algunos son nuevos y procedo a su registro, otros son veteranos con años de experiencia en gimnasio. Desde mi sitio veo a Sergio hablando con los clientes y cómo el carisma le rebosa por todos los costados. Al otro lado está Sara, con las mismas habilidades sociales que Sergio. Pienso en cómo ella es la chica ideal para Sergio, me cuesta entender que Sergio se haya fijado en mí. ¿Por qué? Sara es segura de sí misma, no parece cargar con ningún trauma infantil y se nota que trabaja su cuerpo y su mente. Es una chica que parece que se ha reconstruido varias veces. Me siento muy pequeña a su lado y siento cómo su brillo eclipsa el mío. No es mi enemiga, pero la veo como tal; la envidia y las inseguridades dominan mi cuerpo casi por completo. Sigo atendiendo a los clientes, sin embargo, mi mente no está centrada y solo tengo un pensamiento en mi cabeza: «Tengo que deshacerme de ella».

Pasan las horas y mi jornada se va terminando. La hora de comer se acerca y solo quedan los adictos a la adrenalina y los vigoréticos. Estoy recogiendo y Sergio se acerca al mostrador, se le nota cansado, pero lo disimula muy bien. Como a buen hombre, le han enseñado que no debe mostrar ningún signo de debilidad.

—Ya te puedes ir, Olimpia. Ya me quedo yo con los que faltan.

—Genial, pues recojo mis cosas.

—¿Qué tal tu primer día?

—Bien, estoy bastante cómoda.

—Me alegro.

Siempre hay gente que se beneficia de las inseguridades de la gente: las operaciones estéticas, las cremas... los gimnasios. Está bien eso de «*mens sana y corpore sano*», pero de nada sirve «*corpore sano*» en *mens* hecha una mierda. Hasta que los psicólogos no sean tan accesibles

como los gimnasios, no creo que la mente pueda ser entrenada como el cuerpo. Antes de irme, Sergio saca un papel y un bolígrafo:

—Olimpia, este es tu contrato de trabajo. No tienes que firmarlo ahora si no quieres, léelo con calma y ya me lo traes mañana firmado.

No sé si será el amor o la ignorancia la que me dé confianza, sin embargo, ciega por el momento, firmo sin dudar el documento. Me siento como Ariel firmando el contrato con Úrsula. Una parte de mí me advierte de la amenaza de firmar un contrato vinculante con otra persona.

—Te lo dejo ya firmado. Me fío de ti.

Sergio me da una copia que me guardo en el bolso. Me despido y cuando voy a darle un beso en los labios, me retira la cara y me lo da en la mejilla.

«¿Le da vergüenza darme un beso en público o qué?». Esta vez no siento la bandera roja en la espalda, lo mismo tiene razón y no estaría bien visto que me diera un beso en el trabajo. Yo me siento mal, porque siento que no estoy recibiendo lo mismo que doy. Me da igual si es correcto o no, no hay nada de malo en un beso en público entre dos personas que se aman.

Salgo del gimnasio contenta por tener un nuevo trabajo. No es lo que esperaba de la vida para mí, pero estoy tranquila porque por lo menos podré pagar mi casa este mes. Siempre le estaré agradecida a mi abuela por su herencia; ella trabajó muy duro para tener la casa que ahora yo habito. Una parte de mí siente que no se la merece por no trabajar lo suficiente. Nunca me gustaron las cosas regaladas y solo aquello que te has ganado con tu esfuerzo es lo único que debes disfrutar y presumir. Llego a casa cansada y realizada: ahora sí que siento que me merezca los tupperes de mi madre. No tengo mucha hambre, así que recorro a la vieja confiable, un vaso de leche con cereales. Echo los cereales y después la leche, no admito otro orden sin sentido. Es como la tortilla de patata: con cebolla y poco hecha, y no hay más que hablar.

Me aseguro de que Gordi tiene su cena y me siento a comerme la mía. Ya sé que no es muy de dieta, pero me apetecía muchísimo unos crispis de chocolate, de esos que chocolatean la leche. En la mesa está mi bolso con el contrato firmado. Cojo el contrato firmado sin leerme lo previamente y, ahora que estoy tranquila, se me vienen a la cabeza mil inseguridades. He firmado un contrato con alguien a quien apenas conozco. Me he dejado llevar por mi corazón sin haber escuchado a la razón. Empiezo a leer el contrato y lo primero que veo es el texto reglamentario con los datos de ambos. Ahora sé los apellidos de Sergio y pienso cómo quedarían sus apellidos con los míos cuando tengamos hijos. Yo soy Garrido Germán y él Gutiérrez Castro, así que nuestros hijos serían Gutiérrez Garrido. Suena bonito y parecen de alguien importante, me gusta la combinación. También pienso en lo injusto que es que socialmente hayamos escogido los apellidos de ellos para poner primero. Qué habría de malo en poner Garrido Gutiérrez, aunque, si lo pensamos bien, mi primer apellido también es de un hombre, así como el segundo. Un apellido de un hombre que no estuvo en mi vida. ¿Cuál fue el primer apellido exclusivamente de una mujer? A lo largo de la historia, la mujer ha estado eclipsada siempre por los hombres, por lo que es difícil, si no imposible, averiguar el apellido de una mujer por excelencia. Así que voto por inventarlo, elegir el primer apellido exclusivo de una mujer. Nunca he sido una gran estudiante. Sin embargo, algo que sí que me ha gustado siempre es la literatura. En concreto me ha fascinado la poesía y así como Neruda se bautizó con tal apellido, yo voy a elegir el apellido de la primera mujer como Kleosgyni, compuesto del griego kleos (Gloria) y gyní (Mujer), en español sería Cleosgini. Así que decidido, de ahora en adelante, mi nombre será Olimpia Cleosgini.

Me salgo del letargo al que mi cabeza me ha sometido sin voluntad y sigo leyendo el documento. Leo cada página detenidamente, incluso algunas de ellas varias veces. Tras esto, puedo

comprobar que no hay ninguna trampa y que todo está en orden. Me consuela saber que Sergio no me quiere estafar ni esclavizar. Estoy contenta por mi nuevo trabajo, pero me reconcome la cabeza no poder dedicarme a lo que me gusta. Es posible que pueda comprarme una cámara con lo que gane trabajando con Sergio y, quizás, conseguir cumplir mi sueño. De pronto siento como el móvil vibra en alguna parte de la casa. Meto la mano en el bolso, ese bolso infinito que me cabe medio brazo. Por fin lo consigo coger antes de que cuelgue, ni me he fijado quien es.

—¿Sí?

—Oli, cariño, ¿qué tal?

—Hola, mami. Bien, acabo de llegar del trabajo. —«Mierda, no le he dicho a mi madre que tengo un nuevo trabajo».

—¿Has conseguido trabajo? ¡Ay, qué alegría! ¿Y de qué es?

—Soy recepcionista en un gimnasio.

—Qué bien, cariño. Bueno, para ir tirando te vale.

A mi madre cualquier trabajo le vale. Pero para que se considere trabajo tiene que tener los derechos laborales justos y un sueldo normalito, pues eso, para ir tirando hasta cumplir cuarenta años de cotización.

—Sí, no está mal. —Cruzo los dedos. «Por favor, que no me pregunte por Sergio».

—¿Y qué tal todo por casa? ¿Alguna novedad? —Pregunta trampa de madre para sacarte información que ya sospecha.

—Pues todo bien, mami. Sin novedad.

—¿No? ¿Con el chico de la otra vez nada?

—Qué va, mamá. Él solo es mi vecino.

—Vale. Es que ya sabes que me haría mucha ilusión ser abuela. —«Ay, por dios, otra vez lo de ser abuela». Es increíble la presión que le cae siempre a la mujer el ser madre. Como si fuera lo único para lo que estamos hechas.

—Pues creo que se va a complicar la cosa, mamá.

—Bueno, tiempo al tiempo.

«Si puedo evitarlo, no seré madre jamás. Dios me libre».

—¿Mañana tienes algo que hacer? ¿Quedamos para hacer algo madre e hija? Hace tiempo que no lo hacemos.

—Por la mañana trabajo en el gimnasio, pero por la tarde sin problema. ¿Qué se te ocurre?

—Hay un sitio por el centro que me gustaría probar y una vecina me ha regalado entradas para el teatro.

—Me apetece muchísimo, mami. Me parece un planazo.

—Genial, pues quedamos sobre las cinco. A las seis es el teatro.

—Vale, mami.

—Te dejo que empiece mi programa. Un besito, cariño. Te quiero.

—Adiós, mami. Te quiero.

Cuelgo el teléfono y me dejo llevar por la ilusión de quedar con mi madre. Los planes con mi madre siempre han sido legendarios. Con el paso de los años, estos planes han ido disminuyendo hasta que un día desaparecieron. Le echo la culpa a la estupidez de la adolescencia y a esa incomprensible vergüenza por que los padres nos acompañen a sitios. Cómo echo de menos los planes con mi madre. Lo más común es que fuéramos al cine o al teatro, otras veces de compras y cuando el dinero nos lo permitía, nos hacíamos algún viaje. Todavía me acuerdo del viaje a Roma cuando tenía doce años y lo mala que me puse comiendo pasta una semana. Ese fue el último viaje y el último plan que hicimos juntas. Después vinieron las hormonas, las amigas, los

chicos, y mi madre y yo nos distanciamos. Además, ella perdió su trabajo y estuvimos mal de dinero durante cuatro años. Cuando por fin encontró trabajo, apenas daba para mantenernos y tuvimos que vender nuestra casa. Nos fuimos a vivir con mi abuela, casa en la que ahora vivo. El tiempo pasó y yo me fui haciendo mayor, mi abuela falleció y mi madre consiguió la merecida jubilación. A pesar de todo lo que pasamos, me alegra saber que la relación con mi madre siempre ha estado bien. Solo la tengo a ella y le debo todo.

Se oye el ascensor; cómo se nota que el edificio es viejo. Unas llaves retumban por el descansillo y una cerradura parece abrirse. Creo que Sergio ya ha llegado a casa. Miro el reloj, han pasado casi dos horas desde que yo salí del gimnasio. Espero que no haya tenido ningún percance.

«Espero que no haya quedado con Sara». Otra vez Sara se entromete en mis pensamientos. No tengo nada contra ella, pero mi mente me hace odiarla.

Debe ser cosa de cómo la sociedad ha impulsado a las mujeres a odiarse unas contra otras, compitiendo para conseguir al mejor hombre. Me consuela saber que hemos aprendido que no hace falta apagar la luz de nadie y que hay espacio para brillar todas y, sobre todo, que no hay que luchar por ningún hombre. «Repite conmigo, Olimpia, Sergio está conmigo y confío en él. Sergio no es de mi propiedad y puede hacer lo que le dé la gana. No somos uno, sino que somos dos personas independientes que han decidido hacer una vida juntos, pero ambos tenemos vidas separadas con amistades separadas». Mis palabras, aunque suenan muy convincentes dentro de mi cabeza, a mí no me terminan de gustar, porque eso para mí significa que Sergio puede abandonarme cuando le venga en gana.

Suena el timbre de la puerta. Estoy en la cocina limpiando la cena y, con las manos mojadas y llenas de jabón, miro el reloj del teléfono: son las doce y media. De pronto todos mis sentidos de supervivencia se despliegan, pues cualquiera puede estar tras la puerta: un violador, un ladrón o uno de esos ocupas que tanto anuncian en las televisiones como si fuera el mayor peligro de la historia.

—¿Quién es? —pregunto temerosa.

No sé si ha sido una buena idea responder o es mejor que piensen que no hay nadie. Cojo un trapo y mientras me voy secando las manos, me acerco sigilosamente a la puerta. Miro por la mirilla: allí no hay nadie. Fuese quien fuese, ya se ha ido. Con el seguro echado, abro la puerta poco a poco esperando cualquier asaltante; de todo te puedes esperar en el Madrid nocturno. Quito el seguro despacio y abro la puerta del todo, saco la cabeza y miro a todos lados, allí no hay nadie. Me vuelvo para entrar de nuevo en casa y al girar, había una nota pegada en la puerta. La arranco y entro rápido, no me siento segura allí afuera a esas horas. Voy por el pasillo a oscuras y abro el papel, llego al salón, me siento en el sofá y empiezo a leer la nota. «Hola, princesa, perdona las horas». «¿¡Es Sergio!? ¿En serio Sergio me ha escrito una carta? ¡Qué romántico!». Mi corazón va a mil y me siento de nuevo una niña que ha recibido una notita de amor en la mochila. «Sé que es tarde, espero no haberte asustado». «Qué bien me conoce». «Te he escrito esta carta para sorprenderte y cambiar la costumbre de hablar por WhatsApp. Quería tener un detalle romántico y especial contigo. No te lo he comentado en el gimnasio, pero he reservado mesa para cenar mañana juntos a las ocho. Ponte guapa que es un sitio lujoso. Mañana nos vemos, princesa. Te quiero».

Me vuelvo literalmente loca. No me cabe el corazón en el pecho de lo emocionada que estoy por la cita con Sergio, así que voy corriendo al armario para ver que me pongo. No tengo ningún vestido elegante, ni ropa cara, así que eso significa que mañana es día de *shopping*. Sigo mirando en el armario con la intención de encontrar algo que pueda valer para la cena y poder ahorrarme un dinerillo. De entre todas las camisas, blusas, pantalones y chaquetas, tuve que dar con una que

estaba en el fondo de armario, una camiseta olvidada en el tiempo y que no me ponía desde hacía años. Saco la camiseta y en el dorso viene serigrafiados «ROMA» en la fuente Times New Roman. Le doy la vuelta y otra serigrafía, esta vez de un dibujo caricaturizado del coliseo romano. A mi memoria se vienen cientos de recuerdos. Despliego del todo la camiseta. «Qué pequeña era». Era la camiseta que compramos mi madre y yo cuando hicimos el viaje a Roma. Recuerdo que después del viaje nos la pusimos durante una semana para ir conjuntadas. Se me había olvidado por completo que la tenía, ni siquiera me acordaba de haberla guardado en la mudanza. De pronto me viene a la cabeza que había quedado con mi madre mañana para ir al teatro. El mundo se me echa encima, todavía no he confirmado a Sergio, pero sí que había quedado con mi madre. Por otro lado, Sergio ya tiene cogida la mesa para el restaurante. En este momento solo me sale tirarme a la cama boca arriba con la camiseta de Roma en la mano. Yo, que voy vestida con una camiseta ancha, dejo al descubierto mis braguitas con un gatito negro por delante. Siento cómo la cama da vueltas, no veo la hora de que pare. Me apetece mucho la cena con Sergio, sin embargo, echo mucho de menos a mi madre. Hace mucho tiempo que no quedamos y tiene mucha ilusión. Vaya tesitura, no quiero rechazar a mi madre ni desilusionarla, pero tampoco quiero perder la oportunidad de una cita romántica con Sergio en un restaurante.

Suena la alarma de mi teléfono. Sin embargo, no suena fuerte sino que suena lejos, como si estuviera en otra habitación. Me levanto de la cama de un salto y corro hacia el teléfono, me lo dejé anoche en el salón. De nuevo, suena el despertador de las seis. Estoy agradecida porque no había puesto la alarma para ir a trabajar hoy. Estoy agradecida de eso y de que tenga el sueño tan ligero por haber escuchado el teléfono. Tengo el móvil en la mano derecha y en la mano izquierda todavía la camiseta de Roma. Anoche me quedé dormida en la cama con la camiseta en la mano. Quizás sea uno de esos momentos en los que el destino te está diciendo algo. Hasta las nueve no abre el gimnasio, por lo que todavía tengo tiempo para echarme un rato. Me tumbo en la cama, con la camiseta en la mano. Decididamente tengo que rechazar la invitación de Sergio. Cojo el teléfono y empiezo a redactar el mensaje que posiblemente sea el que más me cueste escribir: «Hola, Sergio, perdona las horas». Lo borro. «Somos novios, debería escribirle algo más cariñoso». «Hola, amor, perdona las horas». «Sí, esto mejor». «Anoche vi que me dejaste tu carta en la puerta, pero no te respondí porque era tarde». «En realidad me quedé dormida, pero bueno, una mentira piadosa que no le hace daño a nadie». «Me parece un planazo, pero justo he quedado esta tarde con mi madre y no voy a poder ir a cenar contigo». «Sí, es lo quiero». Dejo el teléfono en la mesilla y me tumbo para dormir un poco más. Cojo de nuevo el teléfono y vuelvo a escribir: «Un besito. Te quiero». «Ahora sí, ya me puedo dormir tranquila». Noto cómo los párpados me pesan, todavía es pronto para iniciar el día. Compruebo medio dormida que he puesto la alarma para ir al gimnasio luego y me dejo llevar por el sueño.

El teléfono suena, suena tan alto que me despierta de un salto. Agarro el móvil arrancándolo del cable que está enchufado a la pared, y me doy cuenta de que no es la alarma. Es Sergio que me está llamando. Miro la hora, son las siete de la mañana. Contesto:

—Hola, Sergio. ¿Qué pasa?

«¿Qué querrá a esta hora?».

—¿Cómo qué no puedes quedar? Ya tengo la reserva hecha.

—Lo siento mucho, Sergio. Es que había quedado antes con mi madre y no puedo decirle que no.

—¿Y a mí sí que me puedes decir que no?

—Lo siento, es que hace mucho que no la veo. Mil perdones de verdad. Te compensaré.

—Pues ya me dirás tú cómo me compensarás.

—Bueno... —empiezo a poner voz sexy, dando un indicio con ese «bueno» a lo que puede venir

a continuación—. Quizás luego podrías venir a mi casa y podemos ver Netflix.

Hoy en día todo el mundo sabe que ir a ver Netflix es ir a ver «Netflix», es decir, hacer de todo menos ver Netflix. Es increíble cómo ha evolucionado el vocabulario adaptándose a las nuevas tecnologías, antes era invitar a tomar un café a las tres de la mañana, ahora, ver una película en cualquier plataforma de *streaming*.

—No sé si me apetece, Olimpia. Ya lo voy viendo según vaya pasando el día.

—Vale, como quieras. —Olimpia se queda en silencio, en su cabeza retumba la idea de cancelar el plan con su madre—. Sergio, olvídalo, cambio el plan con mi madre, no pasa nada. Lo entenderá. —No obtiene respuesta alguna por parte de Sergio—. ¿Sergio, estás ahí?

Sergio no estaba, había colgado. Una pregunta que no obtuvo respuesta y un silencio incómodo que jamás se pudo romper. «¿Me ha colgado sin despedirse? Está enfadado conmigo y ha sido por mi culpa. Tenía que haber aceptado la invitación sin dudar. Le habrá costado mucho conseguir esa mesa». El autocastigo es la opción que más me llena cuando pienso que me he equivocado. De nuevo, esa punzada en la espalda, pero esta vez es mucho más profunda y dolorosa. Me la arranco y el mástil es mucho más gordo y grande que las otras banderas rojas. Sé lo que quiere decir, es un completo «ADC» (Amiga Date Cuenta). Sin embargo, lo ignoro. Lo ignoro porque, aunque sé que en el fondo Sergio no es para mí, mi corazón, las mariposas en el estómago y mi vagina, me dicen que sí. Son tres contra uno; mayoría gana. Luego decimos que los hombres piensan con esa cosita que tienen colgando, pero a nosotras cuando nos calienta un tío y se nos mete entre ceja y ceja, no hay amiga ni nadie que nos haga cambiar de opinión.

Llego al gimnasio y la primera a la que me encuentro es a Sara, que ya está trabajando. Busco a Sergio con la cabeza, serpenteando con la vista entre todas las personas que ya hay haciendo ejercicio a las diez de la mañana. Consigo divisarle a lo lejos; está andando por el gimnasio, me parece que no me ha visto. Veo cómo se acerca a Sara y la ira vuelve a recorrer mi cuerpo. Es que no la soporto siendo tan perfecta a todas horas. Pelo rubio, tetas y culo bien puestos en su sitio, piernas largas, abdominales marcados y cero michelines. El conjunto de gimnasio de top y mallas en color rosa acentúa todo lo anterior. Me doy la vuelta para sentarme en mi puesto de trabajo. Allí es un sitio seguro, alejado de cuerpos perfectos, celos y Saras.

—¡Olimpia! —Una voz femenina se oye a lo lejos y se entromete en mi amargamiento. Sara se acerca a mi mesa agitada y jadeando—. Olimpia, ¿qué tal?

«Deja de chutarte cosas, nena, que te va a dar algo».

—¿Qué te pasa que vienes tan alterada? —Intento hacerme la simpática. Desde luego que fingir alguien que no soy, es mi punto fuerte.

—Es que te he visto y quería pedirte un favorcito.

—Tú dirás.

Saca su teléfono y por supuesto no iba a ser otro que el de la manzanita. «Anda, si tiene la funda rosa y todo».

—Mira, es que ya voy a llegar a los cien mil seguidores en Instagram y me gustaría que me siguieras a ver si llegamos.

«Anda, que también es influencer de éxito». A mí me siguen los del instituto, los del pueblo y mis tías, y con todo eso da gracias si supero los quinientos.

—Increíble, cien mil seguidores. Enhorabuena. —Mi cara y el tono con el que me expreso no reflejan ilusión alguna, pero como soy invisible para ella, apenas se ha dado cuenta.

—Es genial, me ha contactado una promotora de influencers y estamos trabajando. Ya tengo mi primer patrocinador de ropa deportiva; me han regalado este conjunto para promocionarlo en las redes. —Echa unos pasos para atrás y me enseña (restriega) su cuerpo escultural y su conjunto

patrocinado.

—Wow, me alegro mucho por ti. Ahora te sigo. —Saco mi teléfono, no es de la manzanita ni es caro, pero me sirve para llamar y bichear en las redes sociales de vez en cuando.

—Mira, mi insta es: Sara.fit. —Entro en Instagram y me meto en su perfil. Efectivamente tiene casi cien mil seguidores—. Ahí tienes que darle a «seguir» —me indica Sara con el dedo. «Ya lo sé, bonita». Se debe pensar que acabo de salir de una cueva. Evidentemente no tengo ninguna otra opción y le doy al botón de «seguir»—. Muchas gracias, guapa.

Me agradece con una sonrisa de oreja a oreja por haber conseguido su seguidor noventa y nueve mil novecientos noventa y ocho. Por detrás de Sara llega Sergio. Una parte de mí se alegra por verle, pero otra muy en el fondo le teme por la discusión de antes.

—Hola, Sergio —le saludo sin obtener contestación.

—¡Ay, Sergio! Qué susto. —«Uy, sí, Sergio, qué susto, Sergio»—. Por cierto, gracias por la invitación a la cena de hoy. —«Cómo?»—. Me han hablado mucho de ese sitio, pero conseguir mesa es casi imposible. —«¿En serio le ha invitado a la cena que me había invitado a mí?».

—No me las des, habrá que celebrar esos cien mil seguidores.

—Bueno, todavía no los tengo.

—Pero es cuestión de tiempo. Todo el trabajo tiene su recompensa. —Sara suelta una risita tonta que me pone nerviosa de solo oírla.

—Uy, Olimpia, hola. No me había dado cuenta de que estabas. —«¿En serio ahora te das cuenta de que estoy aquí? Si me hiciste tú el horario, sabes perfectamente que tendría que estar aquí a esta hora».

—Oye, Sergio, lo del entrenamiento.

—Ah, sí, pero hoy tengo mucho trabajo y me va a ser imposible. Lo dejamos mejor para otro día, va. Ponte con las nuevas matrículas, tenemos muchas incorporaciones.

—Vale. —Sergio echa el brazo por encima de Sara y se van al fondo del gimnasio.

Mi cara debe de ser un cuadro parecido al de la Mona Lisa que, sin expresión alguna, lo dice todo. De pronto, una señora de mediana edad se acerca a mí sigilosamente, como si ocultara algo:

—Uy, estos dos, anda que no se ve a la legua que están enamorados. La verdad que hacen una pareja monísima —me dice por lo bajini.

Vaya asco que le acabo de coger a esta señora. Me enciendo y lo que siento ahora no tiene parangón.

Mi jornada de trabajo por fin termina. Ha sido agotadora y no por el trabajo en sí, sino por la tensión con Sergio. Apenas se dirigía a mí y, cuando lo hacía, era meramente por trabajo. Cojo el bolso, el teléfono y me dispongo a salir del gimnasio. Algo me detiene en frente de la puerta, me quiero ir, pero tengo algo pendiente. Entro dentro del gimnasio y me encuentro con Sergio y Sara hablando. Están juntos, para variar. Me acerco decidida y con cara de mala leche, y cuando estoy cerca de Sergio digo:

—Sergio, por si te interesa, me voy.

Me doy la vuelta y salgo por la puerta del gimnasio. Estoy algo lejos y una voz grita mi nombre detrás de mí.

—¡Olimpia!

Me doy la vuelta y efectivamente es Sergio. Ha tenido justo el efecto que deseaba.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así?

—Como que «¿qué me pasa?». Llevas toda la mañana ignorándome, qué esperas.

—No te he ignorado, estaba trabajando.

—Claro que me ignorabas, e intentabas ponerme celosa con Sara.

—¿Así que es por eso? Ahora lo entiendo todo.

—¿Qué? Oye, esto no es por Sara, es por ti.

—Di lo que quieras, Olimpia. Estás celosa por Sara.

—No estoy celosa. —«Bueno, posiblemente un poco»—. Es que no paras de estar con ella y a mí no me dices ni «Hola».

—Sabes que la relación que tengo con ella solo es de trabajo.

—Mira, da igual. Quería decirte antes que iba a ir contigo a lo de la cena, pero como ya la has invitado a ella.

—Bueno, lo puedo cancelar y decirle que al final vienes conmigo.

—Déjalo, ya la has invitado, así que ve con ella.

—Siento que te sintieras ignorada.

—No me siento ignorada, he sido ignorada, que es distinto.

—Te aseguro que no, cielo. —Sergio se acerca a mí y pasa sus musculosos brazos alrededor mío. No me siento arropada ni en un lugar seguro—. Ya sabes que tú eres mi chica favorita. —No sé por qué, pero sus palabras no me consuelan del todo, sin embargo, las mariposillas del estómago me vuelven a decir que le perdone. «Dichosas mariposas. No son mariposas, es ardor de estómago»—. Además, no se me ha olvidado la invitación de esta noche de ver Netflix. —Levanto la mirada hacia él y no puedo evitar seguir enamorada de su sonrisa perfecta. —Sí, definitivamente le perdono».

—Vale, pero no vuelvas a hacerme esto.

—Te lo prometo. —Sergio me enseña las dos manos con los dedos muy separados. Es como cuando éramos niños que para jurar algo que duraría para siempre (como mucho una semana), nos cruzábamos los dedos y así sabíamos que nuestro amigo o amiga decía la verdad. Con mi madre siempre levantábamos el dedo meñique y lo entrelazábamos, después lo sellábamos con un beso y así sabíamos que era un juramento inquebrantable. Me alegra saber que detrás de ese fortachón, sigue habiendo un niño—. Además, posiblemente mañana tenga un hueco y podamos empezar el entrenamiento. Te vas a poner más buena que Sara, ya verás.

—Bueno, yo con coger una rutina de ejercicio me vale. No necesito estar más buena que nadie.

—Una parte de mí sí que quiere hacer competencia a Sara, pero no es algo que desee, al contrario, preferiría no sentir que Sara es mi enemiga.

—El caso es hacer ejercicio, Olimpia y bajar esos kilillos. No veas cómo te has puesto con los desayunos que te pegas. «¿En serio me está juzgando por dos desayunos que encima me dio él?».

—¿Desayunos? Pero si yo apenas desayuno.

—Pues no veas cómo zampabas el otro día en el hotel. —Sergio hace la broma, pero la verdad que a mí no me hace ni puta gracia.

—Porque me lo trajiste tú.

—Eso es cierto. Es que, en verdad, cuando te vi por primera vez por los rellanos, pensé en lo guapa que eras y cómo tendrías a todos los tíos detrás. Solo quería tratarte como te mereces y ya de paso, darte un poco más de chichilla. A mí es que me gustas más así, con carne, pero quizás así sea demasiado.

—¿Me estabas engordando, Sergio?

—No, solo quería darte cosas ricas que pensé que te gustarían.

—Claro que me gustan, pero eso no significa que me las tenga que comer para engordar.

—Bueno, no pasa nada, Olimpia, porque mañana empieza tu entreno y ya verás cómo dentro de nada lo pierdes.

—Yo flipo, Sergio. Me voy a mi casa. Ya nos vemos mañana. —Me doy la vuelta sin mirar atrás y me voy alejando poco a poco de Sergio. No puedo creer que atentara contra mí de esa manera. ¿En serio hay tíos que engordan a sus parejas para que no las miren otros?

—¡Oye, Olimpia! —grita Sergio detrás de mí. Me giro para ver qué quiere.

—Pero entre nosotros todo bien, ¿no?

Me paro a pensar un momento. «Ahora sí hay un “nosotros”. Ahora sí que le importa nuestra relación». ¿Qué ha cambiado? Quizás en cuanto me ha visto segura de mí misma es cuando se le ha bajado el orgullo masculino. Quizás, cuando ha visto que lo «nuestro» peligraba, es cuando ha decidido moverse él, en lugar de que lo hiciera yo.

—Sí, todo bien, tranquilo.

—Vale, princesa. Te quiero.

Ahora sí quiere que se entere todo el mundo de nuestra relación. Ya no le importa la «relación laboral». Sigo caminando, pero algo sí que ha cambiado. Algo dentro de mí tiene otra perspectiva. No sé si es el despertar, el amor propio o ambas, solo sé que me gusta, me empodera, me siento viva. Ahora soy más yo que nunca.

Pitan debajo de mi puerta, me asomo por la ventana de mi habitación y es el taxi, ya ha llegado mi madre. Como de costumbre, voy tarde. Me he arreglado como he podido; un rabillo del eyeliner está más gordo que el otro; espero que nadie se dé cuenta. Bajo corriendo por las escaleras. El tobillo parece que me odia y ha decidido torcerse en el último escalón. Casi me meto una buena castaña, pero puedo seguir andando.

—Venga, Oli, date prisa, que el contador sigue girando. —«Mamá, por favor, no me metas prisa».

—Ya voy mamá, tranquila.

—A la calle Alcalá, por favor —ordena mi madre al taxista.

El coche se pone en movimiento. Miro a mi madre y tiene una sonrisa de oreja a oreja, parece una niña pequeña en Navidad. A ella también le hará ilusión volver a quedar con su hija.

El taxi llega al centro y mi madre me empieza a contar historias de cuando era joven. Me señala lugares a donde iba con sus amigas: bares, pubs y discotecas. Cada uno de ellos tiene una anécdota que le sucedió dentro. Muchos de esos clubs ya no existen o tienen otro nombre. Supongo que esa es la verdadera esencia de Madrid; tú envejeces, pero la ciudad permanece intacta, año tras año. Me acuerdo de cuando era pequeña que me enseñaba sus fotos de aquellos años. Pelo cardado a lo Cindy Lauper, pantalón campana de tiro alto y crop tops que yo diría que ahora se llevan. Paseamos por la calle Alcalá, preciosa e imponente como siempre. La puerta de Alcalá sigue en su sitio como bien dice la canción: «Ahí está viendo pasar el tiempo». Sigo a mi madre para no perderme; ella es la única que sabe a dónde vamos.

—Aquí es.

Llegamos al teatro con un letrero rojo cuyas letras, excesivamente grandes a mi parecer, pone: «TEATRO BELLAS ARTES». La fachada tiene un estilo años setenta. Parece que haya visto años mejores, pero se conserva bien.

—¿Y qué vamos a ver? —pregunto curiosa.

Hace mucho que no voy al teatro y no estoy muy puesta en la cartelera.

—Vamos a ver *El beso de la mujer araña*^[2] con Eusebio Poncela —dice mi madre muy emocionada. Mi cara lo dice todo. Me he quedado igual o incluso más perdida de antes—. Eusebio Poncela... —reitera mi madre—. De *Arrebato*.

—¿El cantante? —respondo dubitativamente. Mi madre suspira mientras hace un gesto de derrota. Ahora mismo se preguntará qué ha hecho mal y en qué se ha equivocado conmigo.

—No, hija, la película de *Arrebato* de Iván Zulueta.
—Mami, eso es cine del friki. No lo conoce nadie.
—Me acuerdo cuando la estrenaron; no vino nadie. Yo por entonces iba con mi grupo. Teníamos todos entre dieciocho y veinte años.
—Vamos, unos niñatos todos —añado, incluyendo una risa burlona.
—Déjame contarte la historia —me regaña mi madre—. Los botellones todavía no se llevaban, así que decidimos colarnos en el cine.
—¡¿Os colasteis en el cine?! Joder, mamá, qué rebelde.

2. *El beso de la mujer araña* es una novela del escritor argentino Manuel Puig, publicada en 1976. En este caso hace referencia a la obra de teatro estrenada en el Teatro Bellas Artes dirigida por Carlota Ferrer.

—Bueno, Oli, eran otros tiempos. Se estrenó en el antiguo cine azul y uno del grupo conocía al taquillero, así que nos coló a todos.
—¿En serio? Cómo mola, eso ahora es impensable.
—Al principio solo nos colamos por hacer la travesura, pero poco a poco los personajes te atrapan y, al final, te quedas por la historia. Yo quedé enamorada de Eusebio casi al instante.
—Vaya historia, mami.
—Claro, yo también fui joven.
Mi madre se queda pensativa, añorando aquellos momentos. Algunas veces pienso si se arrepiente de haber conocido a ese hombre y de haberse quedado embarazada de mí. ¿Mi padre será alguno de ese grupo? Quizás yo también fui un acto de rebeldía, una travesura que no salió como esperaba.
—Parece que ya están abriendo las puertas —interrumpe mi madre mientras me dejo llevar por mis pensamientos.
—Venga, vamos a ver a tu *crush*.
—¿A mi qué?
—Nada, déjalo, *boomer*.
—Anda, hija, hablas con unos palabros más raros.

Mi madre y yo entramos al teatro. Nos dejamos llevar por el tapizado rojo de la alfombra, una escalera doble con un pasa manos en acabados dorados. Te sientes como si fueras alguien importante y te invita a volver solo por la experiencia de sentir que eres alguien. Una acomodadora nos guía hasta el patio de butacas. Los asientos son del mismo color y tapizado que la alfombra. Nos sentamos en nuestros asientos y esperamos a que empiece la función. Sinceramente no sé qué nos espera, hace mucho que perdí el interés por el teatro y estoy perdida en las obras, autores y actores. Una parte de mí lo echa de menos; la última obra que fui a ver fue el *Rey León* y de eso hace ya casi diez años. Por entonces yo era una niña y juntas nos divertíamos mucho. De ella añoro muchas cosas que teníamos cuando yo era pequeña: que me cogiera de la mano para cruzar el paso de cebra, que me arropara en la camita con las sábanas y el pijama limpio, y despertarme de forma mágica en la cama los domingos, después de haberme quedado dormida el sábado por la noche. De alguna manera siento que eso volverá, pero de otra manera. Algún día yo seré quien le coja de la mano a mi madre para cruzar, yo la arroparé en la cama y le lavaré el pijama y las sábanas, y tendré que despertarla para que se vaya a la cama porque se ha quedado dormida viendo el telediario de las nueve. Ahora vuelvo a mi infancia y a lo que era pasar tiempo con mi madre. Ella sigue joven o así la veo yo y me pone triste el pensar que algún día ya no estará.

Termina la obra y nos vamos al restaurante donde mi madre tiene la reserva. Recorremos la Gran Vía hasta la puerta del local.

—Es aquí.

—¿Aquí? Pero si cuesta la vida reservar una mesa.

—No para tu madre.

Y ya está, todo dicho. Este debe ser el poder supremo de una madre, algo así cuando dicen eso de «cuando seas madre, comerás huevos», bueno pues esto debe de ser parecido. Al parecer, cuando eres madre adquieres poderes místicos. Estás buscando algo por toda la casa, has mirado en el mismo sitio hasta ocho veces y no aparece, entonces tu madre suelta la famosa frase: «a que voy yo y lo encuentro», entonces oyes a tu madre caminar, va al primer sitio que se le ocurre e instantáneamente aparece con ello en la mano. También te vuelves inmune a las quemaduras de aceite; eso debe de ser cosa de la edad, porque yo recuerdo a mi abuela darles la vuelta a los filetes de pollo empanados cogidos con las uñas como si fueran pinzas. Me temo que esos poderes se perderán en mí, porque al paso que voy no seré madre, ni mucho menos abuela.

Estamos terminando el segundo plato, estoy llenísima, pero mi estómago de los postres me dice que se va a comer la tarta de zanahoria, acompañado con un café con leche fría (fría temperatura restaurante, vamos, lo que viene siendo templada). La cena ha estado riquísima y la compañía de mi madre estupenda, hemos podido hablar de todo. Me está empezando a sentar mal la comida al ver que entran por la puerta Sergio y Sara. No sé la cara que tengo que tener porque hasta mi madre se ha dado cuenta.

—¿Oli, estás bien? Te has quedado blanca.

—Nada, mamá, es que he comido mucho y estoy muy llena.

—De siempre te ha pasado. Llenas antes el ojo que la tripa.

Por suerte, ellos no me han visto y espero que así siga siendo. El camarero los acompaña al fondo del restaurante hasta una mesa redonda, con un asiento alrededor de casi toda la mesa. Parece una zona VIP. Sergio está muy guapo con los pantalones de traje y una camisa blanca con el cuello desabrochado. Sara también está espectacular con un vestido que le sienta como un guante y sus sandalias de tacón alto que dan vértigo. En la vida podría llevar esos zapatos, no aguanto con ellos ni el trayecto de la puerta a la mesa. Los miro a los dos juntos y parecen la pareja perfecta. Incluso, por la forma en la que se miran, parecen que están acaramelados el uno por el otro. Ella se acerca poco a poco a Sergio y le pasa el brazo por detrás del suyo. Posa ligeramente su cara a su hombro disimuladamente, como si estuviera viendo la carta con él. Me está poniendo enferma. Cuando me quiero dar cuenta, estoy de pie acercándome a su mesa. «¿Olimpia, qué estás haciendo?—. Voy directa, ellos todavía no me han visto. Llego a su mesa y sin quitar ojo de la carta, Sergio empieza a pedir la comanda.

—Trae una botella de vino de su mejor cosecha, y para compartir, unos raviolis rellenos de pera y queso, y unos tallarines en salsa roquefort.

—Y que sea vegano, por favor —añade Sara mientras alza la vista—. ¡Olimpia!

«Sí, creo que ya me ha visto». Sergio la mira, después me mira y su cara de sorpresa lo dice todo. «No sé qué haces aquí, pero me has jodido la cita con Sara y no me hace gracia que estés aquí».

—Olimpia, qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

—Fíjate, qué casualidad, he venido aquí a cenar con mi madre. No sabía que era el mismo sitio.

—Pues sí, mucha casualidad —dice Sara entre dientes.

Ahora mismo estoy viendo una imagen de Sara totalmente distinta a la del gimnasio. Ahora la veo como una víbora de piernas largas y con cuatro capas de maquillaje. La Sara simpática y amable se la debe de dejar en el trabajo.

—¡Olimpia! —grita mi madre desde el fondo, llamando la atención de todo el restaurante. La vergüenza se apodera de mí como cuando me vino a recoger en mi primer día de instituto.

—Bueno, me alegro de haberos visto. Que aproveche la cena y disfrutéis de la velada.

—Igualmente, Olimpia.

No parece que las palabras de Sara vayan con mala intención, pero las siento como si fueran cargadas de veneno directamente de su aguijón.

Me vuelvo a la mesa con mi madre.

—¿Qué pasa, hija?

—¿Te acuerdas de mi vecino Sergio?

—Sí.

—Es que he ido a saludarle, está sentado en esa mesa.

—¿Ah sí? Voy a saludarle.

Agarro a mi madre del brazo para que no se mueva de donde está. Lo hago tan rápido que siento como si mi sentido arácnido se hubiera activado.

—¡No! Déjale que está con una chica —digo para disimular mi ataque de pánico. Lo que me faltaba, que mi madre fuera a su mesa también. Sara se pensará que estoy loca del todo.

—Vale, Oli, pero suéltame que me estás haciendo daño.

—Venga, nos comemos el postre y nos vamos. Hacemos como si no estuvieran y listo.

Apenas me doy cuenta de lo que estoy diciendo y ya veo la cara de mi madre. Es una mezcla de preocupación y un «aquí está pasando algo». Otro poder de madre: leer mentes.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada, mamá, no pasa nada. —Levanto la mano para que el camarero venga a atendernos. Le pido el café con leche fría, la tarta de queso y mi madre un *coulant*.

—Hija, es que desde que han entrado Sergio y su novia estás muy inquieta.

—¡No es su novia, mamá! —«Su novia soy yo, joder».

—Vale, cariño, vale.

Se queda callada, sin embargo, puedo oír cómo en su mente hay mil voces retumbando por toda su cabeza, tratando de entender lo que me pasa. Nos traen el postre y nos lo tomamos en silencio, un silencio sepulcral. Veo a mi madre disfrutar de su *coulant* de chocolate. Siempre le ha gustado mucho el chocolate; ahora entiendo de dónde sale mi adicción. Yo no fumo, no bebo (bueno, alguna copita que otra) y no tomo drogas, pero el chocolate sin duda es uno de mis vicios.

—¿Y qué tal el trabajo, cariño? No me has hablado de cómo te va en el gimnasio.

Mi madre es una experta en romper silencios incómodos, tensos como una tela de araña y frágiles como la misma. Lo agradezco.

—Me va bien. Es un trabajo bastante sencillo y me lo paso bien.

—Pues eso es lo importante, que estés a gusto, y si encima te pagan por ello, mejor que mejor. Me alegro mucho.

—Gracias, mami. ¿Qué tal tu postre?

—Riquísimo. ¿Qué tal el tuyo?

Acto seguido, cojo una cucharada de la tarta y le doy a mi madre para que la pruebe.

—Pruébala, ya verás qué rica.

Mi madre la prueba y, en un instante, los ojos se le ponen vidriosos. Veo en ella una cara de auténtico placer.

—¿Qué te parece? —le preguntó retóricamente, pues en su expresión, veo perfectamente que le ha encantado.

—Está buenísima. Me recuerda a la tarta de queso que hacía la abuela.

Los postres de la abuela eran increíbles. Todos los veranos los pasaba con ella en su casa del pueblo. Cuando era pequeña pensaba que me abandonaba allí porque la molestaba, con el tiempo entendí el motivo real. El caso es que recuerdo que mi abuela siempre preparaba postres de todo tipo: tarta de manzana, natillas, arroz con leche, bizcocho de chocolate, pero uno de sus mejores postres siempre ha sido la tarta de queso. Tenía una textura de *mousse* que se mantenía firme, pero cuando la partías, hacía un sonido digno de ASMR; y entonces te la metías en la boca y notabas cómo ese ligero sabor avainillado explotaba en tu boca porque las microburbujas que componían la tarta se deshacían y bailaban al son con tus papilas gustativas. A mí me encantaba comérmela con las manos y sentir cómo sus fibras se partían. Ponía la oreja para escuchar ese crujido armonioso. Luego me la metía en la boca y no la masticaba, apretaba la lengua con el paladar para sentir las burbujas explotando contra el mismo. Recuerdo cómo la boca se me hacía agua. Lejos quedan aquellos tiempos, ahora mi abuela no está, y la receta se perdió con ella pues nunca nos la dejó en herencia. Uno de los objetivos que tuvimos mi madre y yo cuando mi abuela falleció era encontrar un local que la hiciera igual, pero jamás pasó hasta ahora. Es verdad que no es igual, no tiene la misma textura, sin embargo, el sabor es muy parecido y eso es algo que mi madre no ha pasado por alto. De pronto, alza la mano para llamar la atención del camarero.

—Perdona, me puedes traer otro trozo de tarta de queso.

¿En serio, mamá? Pues sí que te ha gustado. «Cómo se nota que a ella no le preocupan los michelines». El camarero le trae la tarta casi al instante, como si la tuviera preparada para ella.

—Venga, cariño, coge.

—No, mami, ya me he comido la mía.

—Venga, que solo es un día.

Me mira porque sabe perfectamente que no me la como no porque no quiera o no me guste, sino porque a mí sí que me preocupan los michelines. Le hago caso y disfruto con ella de la tarta. Seguimos un buen rato hablando y riendo de nuestras historias. La compañía de mi madre siempre me renueva y me abstrae de los problemas de mi vida. Ya se me ha olvidado que Sergio y Sara estaban el fondo del restaurante. Al rato terminamos y decidimos que nos vamos a ir. Viene el camarero con la cuenta y ambas ya vemos lo que se avecina, una lucha por ver quién paga la cena. Me lo imagino como en las películas de acción: primer plano de los ojos de mi madre mirándome fijamente y luego el mismo plano de mis ojos mirándole a ella. Después, en una coreografía muy preparada con música de fondo, nos cambiamos la ropa de la calle por un traje de superheroína y sacamos nuestras armas listas para luchar. En este caso nuestras armas son las tarjetas de crédito.

—Yo invito, mami.

—Estate quieta, Oli. Pago yo.

—Que no, mamá, si tengo dinerito ahorrado. —El camarero está de pie esperando a que alguien pague, para limpiar la mesa de una vez y seguir con su trabajo.

—No le hagas caso. Toma, cóbrame a mí.

El camarero tiene una expresión de: «que alguien pague ya, por favor». Mi madre vence esta batalla, pero la guerra no ha acabado (o eso se dice), así que se lo dejo a deber.

—Pues a la siguiente invito yo —digo, admitiendo mi derrota.

Mi madre guarda su tarjeta con cara de orgullosa vencedora y nos levantamos para irnos. Echo un vistazo hacia atrás, a la mesa de Sergio... Ya no hay nadie. No me he dado cuenta de cuándo se han ido, tampoco me ha dicho nada para despedirse. Sin duda, esto es una *red flag* como un campanario de alto y no se me ha tenido que clavar en la espalda para que me diera cuenta. Me

replantea la idea de si le quiero de verdad o solo me gusta porque es el «hombre perfecto» según la sociedad. Ni siquiera sé qué somos realmente porque en el fondo ni yo misma sé lo que quiero.

Ya es un nuevo día, las copas de vino de la noche anterior (aunque no fueron muchas), siguen notándose. La música del gimnasio retumba en mi cabeza como una pelota de goma. Solo quiero sentarme en mi escritorio hasta que llegue la hora de irme a casa.

—¡Olimpia!

Miro por encima del mostrador.

—Hola, Sergio. Dime. —«A ver si así se entera de que estoy molesta».

—¿Qué te pasa?

—Nada. —«Pues tú me pasas, hijo, tú me pasas».

—Bueno, venía a decirte que los lunes y los miércoles no trabajes por la tarde, y así nos podemos poner en marcha con tu entreno.

—Ah sí, me acuerdo. Respecto a eso, creo que voy a pasar. No me apetece mucho matarme en las máquinas, al menos de momento. Muchas gracias de todas formas.

—A ver, no tienes que pasar, es que te lo estoy aconsejando como novio. No me seas vaga, que ya te he hecho la tabla.

—Que no, Sergio de verdad, muchas gracias.

—Olimpia, ¿tú irías a un dentista con los dientes sin arreglar?

—¿Cómo?

—Pues eso, hay que dar ejemplo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que dar ejemplo?

—Cariño, yo te quiero mucho, pero es que estás un poco gordita. Mira estos michelines —me dice con una voz tonta mientras Sergio me agarra de los michelines con dos dedos.

—¿Qué dices? No estaré en forma, pero tampoco estoy gorda. Además, lo dices como si eso fuera un problema.

—Hombre, claro que lo es. Yo soy un atleta con un cuerpo atlético, me gustaría que mi compañera de vida sea igual.

—Esto es el colmo. Tengo que seguir borracha de la cena de anoche —digo para mí misma debido a la incredulidad de las palabras de Sergio.

—Es que por eso te lo digo, ayer vi que te comiste tu postre y después pediste otro. Sara no pidió ni uno solo. —«¿Me está comparando con Sara?».

—Holi, chicos, ¿qué pasa? —«La que faltaba». Sara coge mi tabla y la inspecciona por si hay algún error—. ¿Esta es tu tabla, Olimpia? Me alegro mucho que pienses en ponerte fitness.

—No, no me voy a poner fitness porque ya estoy perfecta tal y como estoy.

—¿Le has hecho tú la tabla, Sergio? Está superbién, pero yo le pondría más de tren inferior y menos del superior. Tiene que trabajar mucho los glúteos —«Ni siquiera me ha escuchado. ¿Y qué es eso de que tengo que trabajar los glúteos? Tengo un culo precioso»—. Bueno, sigo con el trabajo. ¡Dale duro, Oli! —«Aaah... no la soporto. Y no me llames “Oli”, solo mi madre me puede llamar “Oli”».

—Sergio... ¿En serio me has comparado con ella? ¿Qué pasa si ayer me comí postre o no?

—Pues que tienes que ponerte a dieta.

—Flipo. Mira, no tengo que ponerme a nada. Mi cuerpo no afecta al trabajo. Y la verdad es que sí, sí que me pasa algo, ayer te fuiste y ni te despediste.

—Es que te lo estabas pasando tan bien con tu madre que no quería molestar.

—¿En serio? Ni las excusas te las curras. Es que no sé de qué vas. ¿Somos o no somos pareja? Porque yo ya lo estoy empezando a dudar.

—¿De qué voy? Solo te aconsejo, nada más.

—No me aconsejas, me ordenas que adelgace, como si fuera algo que hay que hacer. Además, ya no hablo de la puta tabla ni de la cena de ayer, hablo de nosotros.

—Olimpia, me gustas.

—No me digas eso mirándome a los ojos como si fuera verdad. A ti no te gusto, ni me quieres, ni quieres estar conmigo, quieres construir a una persona en base a mí. Yo no soy Sara ni la chica «fitness» que esperas tener.

—Eso es porque jamás serás Sara.

—Ni quiero serlo, porque soy tal cual quiero ser... Yo misma. Con mis defectos y mis virtudes, pero soy yo, libre e independiente.

—Olimpia, deberías calmarte. Nos está mirando todo el gimnasio. Estás montando un número por nada.

—Solo te importa el gimnasio y tú mismo.

Acto seguido cojo mi bolso, el teléfono y salgo del gimnasio. Sergio me sigue detrás como en aquellas películas románticas americanas en las que el chico la ha cagado y va a recuperar al amor de su vida.

—Tú también me importas, Olimpia. Hasta te he dado trabajo.

—Y yo agradezco lo del trabajo, pero no justifica que me pidieras adelgazar de esa manera.

—Vale, tienes razón, Olimpia. Yo solo lo hago por ti.

—No quiero que me des la razón, quiero que me quieras tal y como soy, y si quiero adelgazar que sea por mi cuenta y no porque tenga que ir a juego con alguien. —Guardo un minuto de silencio, Sergio está callado también, creo que no sabe qué decir—. Por eso no querías que nos vieran juntos, ¿verdad?

—No, Olimpia...

—Ahora lo entiendo todo —interrumpo a Sergio. Noto cómo poco a poco se va poniendo más nervioso—. Ahora entiendo por qué no me saludas en público ni me das muestras de afecto en el gimnasio.

—No es eso.

—¿Entonces qué? —La pregunta de la cual espero una respuesta se acaba de convertir en retórica, pues Sergio guarda un tímido silencio—. Me voy.

Creo que es el adiós que con más seguridad he dicho en mi vida.

—Espera, Olimpia.

—No, ya basta. Eres un cobarde y un superficial.

—¿Y qué vas a hacer sin el trabajo? No eres nada sin mí.

—Soy yo misma y no mereces a alguien como yo.

—Jamás encontrarás a alguien como yo.

—Esa es la idea, imbécil.

Me doy la vuelta sin echar la vista atrás y me voy de la prisión en la que yo solita me había metido. No sé si Sergio se ha quedado ahí mirando o se ha ido a su universo de la superficialidad. De pronto noto cómo algo se acerca hacia a mí por la espalda, ya sé lo que es porque ya se me han clavado en varias ocasiones. Esta vez, la agarro antes de que toque mi espalda para evitar la punzada. Noto cómo el mástil es más gordo que las otras, me la llevo hacia delante y la bandera en vez de ser roja es verde. Sin duda es la señal de que la decisión que estoy tomando es la correcta. Me voy directamente a casa y por el camino llamo a mi madre. Tras tres tonos de llamada, su voz se oye desde el otro lado.

—Hola, cariño, ¿qué pasa?

—Lo he dejado.

—¿El qué, cielo?

—El trabajo en el gimnasio. Creo que no era mi lugar.

—Vale, no pasa nada, ¿y qué vas a hacer ahora?

—Mami, creo voy a apostar por mí y por mi sueño.

Mi madre guarda un breve silencio, un silencio que puede ser de preocupación o bien el tiempo justo en el que se esté pensando qué hizo para que le saliera tan loca. Yo ya estoy esperando el discursito de madre típico de asienta la cabeza, cástate, ya tienes una edad...

—No pidas permiso para volar, las alas son tuyas y el cielo no es de nadie. —Me quedo en silencio, no sé qué decir. Jamás esperaría una frase tan profunda de mi madre—. Oli, si es lo que te va a hacer feliz, no lo dudes y hazlo. Siempre puedes encontrar otro trabajo, pero vida solo hay una... Podríamos vender el piso de la abuela.

—¿El piso de la abuela? Pero si es lo único que nos queda.

—Pero eso son solo cosas, allí afuera tienes todo un mundo esperándote.

—Gracias, mami. —Intento que no se me note la lagrimilla que cae por mi mejilla.

—Sabes que siempre me vas a tener ahí, cariño. Eres mi hija y aunque estés en el sitio más recóndito del mundo, siempre lo serás. —Noto la voz entrecortada de mi madre por la emoción del momento; ella no lo disimula tan bien como yo.

—Te quiero, mami.

—Y yo, Oli... Bueno, te dejo que empiece mi novela turca. Un besito, hija.

—Otro para ti, mami.

Llego a mi casa y enciendo el portátil. Voy a las páginas guardadas y ahí está, la tienda con la cámara de mis sueños. Miro lo que tengo en el banco y es casi todo lo que tengo ahorrado. Este es el momento más decisivo de toda mi vida: si acepto conseguiré empezar a trabajar en mi sueño; si me echo atrás, tendré que volver con el rabo entre las piernas al gimnasio de Sergio. Creo que estas cosas es mejor no pensarlas en exceso, así que cojo la tarjeta y encargo la cámara. Es como tirarte a la piscina, una vez dentro te acostumbras a la temperatura. No puedo evitar pensar en la frase que me dijo mi madre: «No pidas permiso para volar, las alas son tuyas y el cielo no es de nadie». Una frase muy revolucionaria para venir de ella, pero decisiva y dicha en el momento más oportuno. Creo que es la frase más acertada que he escuchado jamás, también el mejor consejo y proviene de la persona más importante de mi vida. Cómo me gustaría rebobinar y volver a ser una niña; volver a hacer esos viajes con mi madre, ir al colegio, que mis únicas preocupaciones fueran rasparme las rodillas, jugar con mis muñecas y merendar Nocilla. Quiero dejar de contar calorías, ahorros y facturas, no quiero que mi vida se base en trabajar de lunes a viernes durante cuarenta años y los sábados pasármelos en el Mercadona. Tengo muy claro lo que quiero y más aun lo que no quiero para mí.

Ahora puedo volver a ser una niña de nuevo; puedo planificar mis viajes, jugar con el tiempo y hacer de mi vida un largometraje. Yo me guionizo y decido que mis veranos, ahora, sean de carretera, natura y lozanos. Contaré kilómetros y mi única preocupación será el depósito. Visitaré mil ciudades, saborearé mil labios, recorreré mil pieles. Encontraré el sentido de mi existencia y buscaré la respuesta a las preguntas, cuya respuesta serán más preguntas. Como me dijo mi madre, volaré, pero no alto sino lejos, planearé entre el viento buscaré el encuadre. Viviré mi *raison d'être*, mi *ikigai*, y si algún día dejo de hacerlo que sea solo para decir adiós. Hasta que la vida me entregue a la muerte.

EPÍLOGO

«Bajo el cobijo de esta encina, hoy puedo escribirle al viento y darle las gracias por soplar a mi favor. Ahora vivo en el mar y en las nubes, escalo montañas y atravieso desiertos. Capturo la fuerza de la naturaleza y el alma del ser humano, lo plasmo en papeles que quedarán a merced del destino. A esta encina, con tan oportuna situación, también le doy las gracias, por darme la sombra que ahuyenta el calor del verano sureño y la inspiración con la que a veces ni sueño». Cierro el diario de viaje y vuelvo a la furgoneta. Mi amada furgoneta, mi vehículo y mi hogar. Está todo el exterior pintado por unos artistas alemanes que me encontré en las costas de Francia. Estoy aparcada en una carretera de algún punto del sur de Italia. Me hallo al borde de un acantilado; creo que desde aquí puedo ver todo el mar Mediterráneo. Hay veces que no tengo destino, simplemente me dejo llevar a ver dónde me caigo. Abro la nevera y me cojo algo para comer, también le doy a Gordi su comida. Por supuesto que este viaje no lo podía emprender sin mi compañero. Hace ya seis meses que decidí finalizar una vida y comenzar otra. No siempre termina una vida cuando mueres, hay muchas vidas dentro de una. También puedes morir estando vivo. Uno muere mientras respira, cuando te olvidas, cuando te escapas de ti mismo. Elegí volver a nacer y ser otra yo más actualizada, se podría decir que incluso mejorada. Ahora elijo elegirme, y no, no es egoísta, es priorizar lo importante. No hay nada más importante que tú mismo en el día de hoy. Celebro la vida y agradezco; me baño desnuda en los mares y bebo del agua del río. Me despierto en primera línea de playa día tras día y me acuesto viendo las estrellas cada noche. La riqueza que hoy tengo es fruto de mi trabajo, mi sudor, mis lágrimas y mi sangre. Mi naturaleza inquieta me hace perderme por el mundo y por mi mente, mi maravillosa mente.

Mientras como, termino de editar la última sesión de fotos que he hecho. Una preciosa postboda de dos chicos majísimos. Cuando veo sus fotos, pienso en todo lo que ha tenido que pasar la humanidad para que dos hombres o dos mujeres puedan estar juntos. Creo que cuando el odio se quiere imponer, es importante amar más alto. Malditos aquellos que condenan el amor usando la iglesia, la decencia o la enfermedad para justificar su mayor pecado, la sumisión del hombre. El amor, que siempre lo puede todo, hará que suenen al unísono los besos de todas las almas unidas por los colores. Al fin y al cabo, el tesoro se encontraba al final del arcoíris. Qué fuerza muestra un ser que, sabiendo que se escapa de los convencionalismos, las normas y las etiquetas, decide ser quien es y revelarse ante aquellos dispuestos a condenarle por querer ser libre. Orgullo siento cuando veo a dos mujeres besarse por la calle y no sentir miedo, cuando veo a un hombre ser más hombre y vestir con faldas y pintarse las uñas, cuando veo a una persona decidir por su cuerpo y no amoldarse al sistema que le quiere encajar en un género. Muchos dicen enorgullecerse de su país, pero no saben que su país es la suma de todo aquello que odian o temen.

Yo solo celebro la libertad como la que hoy disfruto. No sé cuántos kilómetros llevo recorridos ni cuántos países he visitado. Me cruzo con muchas almas tan perdidas como yo, algunas de ellas, amanecen conmigo en el colchón de mi furgo. Mi «Olineta», como así la he bautizado. Su nombre está grafiteado en el lateral izquierdo del vehículo. Ahora me voy a Grecia a fotografiar todo su precioso paisaje, su historia; voy a caminar por su pasado. Quién sabe dónde me llevará mi furgo; cruzaré Bulgaria hasta Estambul. Bajaré por Siria, Líbano, Israel

y llegaré hasta Egipto. Me recorreré toda la costa del norte de África hasta llegar de nuevo a España. Todavía me queda mucho camino, muchas aventuras y no sé lo que me deparará el viaje, solo sé que no seré la misma que la que lo empezó.

Una de las cosas que más me gusta de mi viaje es probar la gastronomía local. Os sorprendería lo deliciosa que es la cultura de cada país, sobre todo, los postres. Cuanto más distinta es una región a mí, más unida me siento a su gente. Cómo de inteligente podría ser la sociedad si viéramos la realidad que hay en cada rincón del mundo. Qué idílico suena conectar todas las diferencias para hacer un conjunto de seres.

Lo reconozco, a veces esta vida tampoco es fácil. Hay ocasiones en las que me gustaría dar media vuelta y volver a la otra vida. Una vida más fácil, si lo pensamos; me levanto para ir a trabajar, salgo de trabajar, duermo temprano para volver a levantarme para ir a trabajar. Una rutina que durará hasta casi el fin de mis días. No es fácil porque para tener lo que ahora disfruto he tenido que hacer sacrificios, empezando por vender la casa de mi abuela. Me he alejado de mi madre, me he tenido que deconstruir y construir de nuevo en varias ocasiones. Tengo que afrontar la soledad... La soledad no es fácil si no sabes estar solo. No es lo mismo estar solo que sentirse solo. Estás solo cuando estás acompañado, pero no tienes con quién hablar. Estás solo cuando tus pensamientos te inundan y no hay quien te tire un salvavidas. La soledad no es buena si no sabes estar solo. Quien diga que le gusta estar solo es que no está solo realmente. Ahora, no hay mayor éxito en la vida que disfrutar de tu soledad, disfrutar de ti mismo. Conocerte, saber estar contigo, soportarte, cuidarte, mimarte, darte todos y cada uno de los caprichos que te brinda la vida. Al fin y al cabo, ese es el sentido de la vida: vivirla.

«Ser mujer es dejarse literalmente la sangre para ser libre»